Fray Mocho



—¡Adelante, señores! ¡Va a empezar la función!
—¿Entramos?
—Esperaremos al último acto...



ESTUDIO DE PERSPECTIVA, por Gibson



Una nube en el horizonte.

FRAY MOCHO

Año IX — Buenos Aires, 30 de noviembre de 1920 — Núm. 449

Vacaciones

El mundo estudiantil, aunque todavía presa en no pequeño número de las horcas caudinas, es decir, de los exámenes, empieza a liar sus petates. Las vacaciones, período ideal de la existencia, están ahí, al alcance de la mano, y es cosa de gozarlas con amplitud, con intensidad, con júbilo, como corresponde a quienes se han pasado el año entre los odiosos textos que no hablan de cabalgatas, de playas de mar, de idilios ni de otras sanas locuras...

Las muchachas pimpantes, las mamás apuradas, los hombres graves del comercio y de la política vacilan entre Mar del Plata, "demasiado concurrido", y los restantes balnearios, incluyendo en primer término a Montevideo, cuya municipalidad hace esfuerzos desesperados por atraerse a los turistas argentinos con solemne ceño de los hoteleros bonaerenses.

Si fuéramos a dar crédito a todos los proyectos que ruedan por esos círculos, nadie más que nosotros los trabajadores, a despecho de las iniciativas de Nelson pro veraneo de los porteños natos, es decir, de los pobres, se quedaría esta vez en la capital.

Es inútil pensar en la crisis, en el precio del pan, en el costo de los pasajes en las tarifas de los hoteles.

Todas esas son paparruchas, las vacaciones se han hecho para divertirse, y los que no las tienen deben inventarlas... La cuestión es vivir y vivir bien...

Pero ¡ay! la realidad se encarga de desvanecer estas ilusiones, y contra el número reducido de los felices que en el verano "cambian de aburrimiento" dejando el de la calle Florida para tomar el de la rambla de Mar del Plata, sigue y seguirá predominando el ejército de los que no se mueven mientras musitan:

—El pan... la carne... los pasajes... ¡los diablos coronados!

¿Qué es del Congreso?

Nadie sabe donde están los diputados, ni de que se ocupan los senadores. Dan ganas de decir, como en los anuncios de los diarios: "se dará una buena gratificación a los que den noticia de su paradero"...

Aunque, pensándolo bien, mejor sería no arriesgar un centavo. Porque ¿qué sacaríamos en limpio con saber que tanto los jóvenes representantes del pueblo como los solemnes padres conscriptos, están gordos y satisfechos de no ocuparse del tedio parlamentario?

Es cierto que a pesar de todo, el momento sería muy oportuno para reunirse. Anda por ahí cierto proyecto de ley de presupuesto para 1921, por ejemplo, que no debe seguir, en vísperas de iniciarse el nuevo año, sin estudiarse ni sancionarse.

Pero esto, a juicio de quien debe convocar el congreso, no debe preocuparnos.

Y, en realidad, no nos preocupamos. Nadie dice una palabra sobre el particular...

Vendrá enero y llegará junio, y cuando ya no podamos más, aturullados por los duodécimos en el presupuesto y aplastados por lo restante por el clamor público que pide leyes nuevas y salvadoras, gritaremos todos juntos... y nada, nos quedamos roncos...

EN EL GRAN HOTEL DE CALAMUCHITA



—¡Lo que es la ducha, yo no la pago! ¡Yo no la he encargado!

Si tú quieres..

A mí me da lo mismo. Si tú quieres,
romperemos los íntimos contratos;
tus ansias febricientes nuevos ratos
de pasión buscarán; yo, otras mujeres.

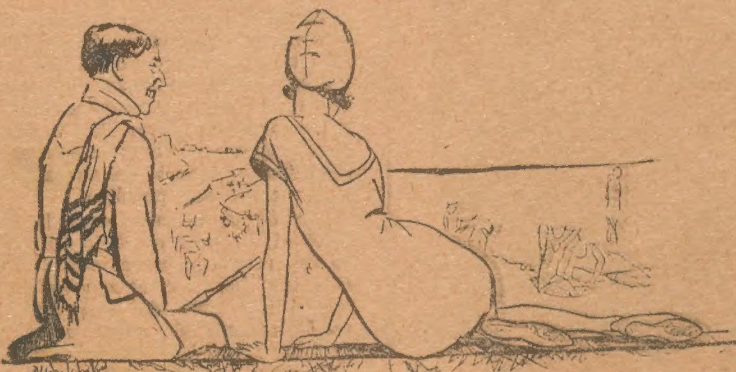
Consumirás tu vida en la constante
lucha de amor que vence poco a poco,
e irás hacia tu ocaso sobre el loco
corcel del desenfreno, deslumbrante.

Y si en algún recodo de la vida
tu alma y la mía se hallan de pasada,
sin recordar nuestra ilusión huída,

podremos conferir a una mirada
el encargo de hablarse, y, en seguida,
proseguir cada cual nuestra jornada.

N. HERNANDEZ LUQUERO.

LA MODA ACTUAL



—Tu traje de baño no es de moda. ¡Es lástima que no puedas aprovecharlo!
—No importa, querido. Con la tela me haré dos trajes de baile.

Aventuras del doctor Crotto con una motocicleta

En una información perdida entre otras noticias de la prensa diaria, se registró hace poco el hecho de que el doctor Camilo B. Crotto, gobernador de la provincia de Buenos Aires, había sido favorecido en cierta rifa de beneficencia con el premio mayor consistente... ¡en una motocicleta!

La suerte es así... ¿Para qué sonreía al ya maduro huésped de La Plata tan luego con un vehículo característico de los deportes juveniles?

Nos explicamos la confusión del grave político ante el presente griego de la rifa. ¿Qué hacer con él? ¿Guardarlo?... ¡Horror! ¿No serían capaces los senadores opositores de decir que la ciega fortuna le había dado lo único que le faltaba: el medio más expeditivo de tomar las de Villadiego?...

Y ante la inminencia del peligro, llena por lo demás el alma de ancestrales supersticiones, experimentó la suprema necesidad de desprenderse de aquel objeto peligroso, dando al mismo tiempo una prueba de gran estabilidad gubernativa:

¡Devolvió la motocicleta!...

Crotto es así... ¡no piensa en fugarse!...

Cincuentenario de la constitución del Paraguay

La histórica fecha que el simpático país hermano ha conmemorado el 25 del corriente, en que cumplió medio siglo de existencia la moderna era constitucional, encuentra a la república paraguaya en plena prosperidad.

Hasta a nosotros llegan los ecos jubilosos de los festejos celebrados en la Asunción con el concurso del pueblo y del gobierno, habiendo sobresalido como nota resaltante de las funciones patrióticas el Congreso pleno reunido ese día con asistencia de los miembros sobre vivientes de la famosa Convención.

El acontecimiento ha dado una vez más motivos en Buenos Aires para estrechar los lazos de la confraternidad argentino-paraguaya.

LAS REINAS DEL JARDÍN

por Clarisa GAVIOLA DE DIEGO ARBÓ

Entre el divino conjunto de esencias y colores que ostenta la naturaleza en sus galas primaverales, se destacan, por su arrogancia de jóvenes reinas, las rosas.

Con qué gallardía mecen los rosales sus magníficas guirnaldas floridas sobre el balcón de las bellas!

Y ¡cómo embellecen las rejas y el interior de los elegantes jardines que circundan la señorial mansión de los elegidos de la fortuna!

¡Cuánta poesía y galanura ostentan con su traviesa actitud de coquetas triunfadoras! ¡Oh las rosas!

Con gracia infantil, con donosura sin igual, pósanse atrevidas sobre el seno palpitante de las jóvenes, disputando a sus mejillas, la frescura y delicado colorido que tanto las embellece.

Sus perfumes tan sutiles y embriagantes parecen haber robado todo su mágico encanto al exquisito perfume de violetas que emana de los labios virginales...

Y qué encanto, qué extraña sugestión ejercen en el espíritu que las ama, cuando sus pétalos de seda se marchitan temblorosos, confundidos entre la gentil azucena de unas manos suaves y perfumadas que nerviosas las deshojan!...

Ellas tienen, a no dudarlo, su alma buena: un alma blanca y grandiosa que no todos la comprenden...

Si las rosas pudieran hablar, ¡qué de cosas interesantes y primorosas oiríamos; ellas que son las exquisitas, generosas y sutiles como ningunas!

¡Cuántos sueños truncados, cuántas ilusiones, cuántos idilios misteriosos se ocultarán en el purísimo terciopelo de sus hojas, y que, como ellas, fueron también bruscamente deshojados después de haber reinado soberanos en el vergel del alma!

Confidencias íntimas, dulcísimos secretos, hondos misterios de amor, ansias infinitas, vuelos espirituales, añoranzas y ternuras incomprendidas!...

¡Cuánto dulce misterio oculta el cáliz de las rosas blancas, símbolo de fe! Y las rojas y rosadas, símbolo de vida con alma de volcán, ¡qué bellas son!

Tengo ante mis ojos, en mi mesa de trabajo dos floreros que amo mucho y ante los cuales mi alma se extasía a menudo.

Ellos contienen dos frescos y preciosos ramilletes de rosas blancas, rojas, rosadas y mosquetas. ¡Qué embriaguez deliciosa experimento al aspirar sus perfumes y cómo se extasía mi alma al contemplarlas tan variadas y exquisitas!

Son las reinas del jardín.

Son las suaves mensajeras del amor y la esperanza.

El orgullo del vergel primaveral; el adorno más gracioso en los salones, y en el seno de las bellas, son las dulces y discretas confidentes de sus triunfos y derrotas, de sus afanes y alegrías... ¡Cuánta poesía sonríen las traviesas, sobre el ensortijado cabello de las rubias y las morenas! ¡Qué deliciosos contrastes ofrecen sus colores! ¡Qué encanto sublime, indefinible, se desprende de los frescos rosales cuando ponen su alegre nota de color sobre la humilde casita del obrero, donde fueron cultivadas por las rústicas manos ennoblecidas por el trabajo, cuya virtud ellas premian embelleciendo con sus perfumadas guirnaldas el nido donde reina el trabajo y el amor!

Y hasta en las tumbas de los seres que nos fueron queridos y viven en el mundo de nuestros recuerdos, ¡qué consuelo, qué infinito perfume de paz y de dulzura emana de sus pétalos!

¡Oh las rosas! Las reinas del jardín, símbolos graciosos del eterno femenino, ¡cuánto las amo!

CAMBIO DE OPINION



—¿Cree usted en sueños?
—Creía en ellos; mi novia era un sueño. Pero ahora estoy casado, y, por desgracia, mi mujer es una realidad: una realidad terrible.

El aeroplano incombustible

Hace ya tiempo se efectuaron en los Estados Unidos ensayos con un aeroplano revestido de una materia incombustible, al cual se roció de sustancias inflamables y se las prendió fuego cuando el aparato se hallaba en el aire, sin que éste experimentase los efectos del incendio.

Ahora anuncian desde Nueva York que en Hazelhurstfield (Long Island) se elevó un aeroplano Curtiss, cuyos materiales se hallaban impregnados de esa sustancia incombustible. En el extremo de las aletas llevaba depósitos de magnesio unidos a varios hilos eléctricos, y el resto del aparato había sido rociado con petróleo.

Cuando la máquina ascendió hasta 5.000 pies, el piloto, Pablo Collins, puso en contacto, por medio de los hilos, la electricidad con el magnesio, y comenzó una serie de peligrosos rizos en el espacio. En aquel momento el aeroplano empezó a arder semejando un astro que descendía lentamente con enorme cabellera de llamas.

El aparato aterrizó suave y felizmente en el punto requerido, sin que hubiese experimentado el menor desperfecto ni el piloto sufriese la más leve quemadura.

Varios oficiales ingleses y americanos del servicio de aviación declararon que las pruebas eran concluyentes y demostrativas de la facilidad de aterrizar de noche con este aparato y de ser indemnes al fuego lo mismo la máquina que los pilotos.

El nuevo invento se debe al químico Mr. W. Parker Bradley.

París, sin mendigos

Anuncia la prensa de París que en aquella capital han desaparecido totalmente los mendigos.

Y han desaparecido porque los pobres ni ganaban un céntimo en el ejercicio de la en un tiempo lucrativa industria.

Sólo quedaba alguno que otro ciego o lisiado, en muy escaso número, de esos que se conservan, como excrecencias de las piedras, adheridos a las puertas de los templos.

La crisis de la moneda y la carestía de la vida en Francia han dado al traste con la mendicidad.

Esto que parece contrasentido o paradoja, se explica de una manera muy sencilla.

Las gentes no pueden, por las causas indicadas, mostrarse generosas, como en otros tiempos, porque la dureza de la vida impone la más estrecha administración de los recursos personales.

Chiste alemán

Frik está sentado en un café de la Avenida de Mayo.

Frik está muy aburrido.

Al cabo de media hora, Frik ve pasar a Frank por la otra vereda.

—¿Saben ustedes lo que dice Frik, después?

—¿Qué?

—"Yo te he visto pasar por la acera..."

CHICA SIN PRETENSIONES



El.—¿Qué vida vamos a llevar cuandos nos casemos?
Ella.—¡Oh, yo me conformo con poca cosa! Un departamento de seis piezas en la Avenida de Mayo, abono al Colón y auto particular.

LA VOCACIÓN DE ERMETE ZACCONI

Qué verdad es, que quien tiene la fortuna de dedicarse a aquello para que ha nacido, logra subir al Himalaya de la fama. Ahora que nosotros creemos que quien habiendo nacido para torero — Belmonte, por ejemplo — a matar toros se dedica, no lo hace por pura casualidad, sino porque un demoniejo chiquitín que todos llevamos dentro, le dice a todas horas: Tienes que ser torero; tú has nacido para ser fenómeno; tira la pala; no hinques el pico; torea, Juanito, torea, y ante tantos y tantos requerimientos, Juanito, sin fuerzas, sin chicha ni limoná, deja la corta de Tablada, "corre la mano", "templa", "manda" y junta media docena de millones al par que labra el pedestal de su popularidad.

Una cosa parecida debió pasarle al fenómeno de los trágicos italianos: a Ermete Zacconi.

El diablejo de la afición debió hablarle al oído muy joven y decidir en él lo que debía de hacer, despertando lo que llamamos vocación.

Hace muchos años un carretero que desde Castel San Pietro conducía a Bologna un carro de harina, encontró tendido en un foso de la carretera a un muchacho rubio, que debía tener unos doce años; conmovido porque aquel ser estaba rendido, medio muerto, agotado por la fatiga, lo recogió en su prehistórico carruaje...

El chiquillo no pudo de momento ni dar las gracias a su salvador; el carrero, le dió vino y comida; en cuanto el muchacho recobró las perdidas fuerzas, comenzó a hablar por los codos, como vulgarmente se dice.

En el camino, el carretero se moría de risa al oír a aquel niño rubio decir que se había escapado de su casa y había hecho cuarenta kilómetros a pie para ver en Bologna el "Hamlet" de Shakespeare.

¡¡Cuarenta kilómetros para ver una obra dramática!! Cuarenta kilómetros, a pie y con un pedazo enorme de pan "bajo el brazo" y en el bolsillo una lira (todos sus ahorros) ¡el importe mínimo para asistir a la función!

El dueño de la carroza en que esta escena se desarrollaba, preguntó al niño: ¿Quieres ser cómico?

Ya lo soy respondió el muchachito con seguridad.

Llegaron a Bologna; el carretero se despidió del muchachito diciendo: "Si quieres, mañana, a las diez, me encontrarás en este mismo punto y te llevaré a tu casa."

El chiquillo no volvió, porque marchó con la compañía de cómicos...

Pasaron muchos años, el chiquillo se hizo hombre y el hombre artista...

Un día se vistió de gala el pueblo de Castel San Pietro, para recibir como se merecía a su hijo más preclaro, al que había paseado por todo el mundo el arte dramático italiano, el arte dramático universal. Por orden de la municipalidad se había construído un teatrito que lleva su nombre; arcos de follaje engalanaban las entradas de las pocas calles con que cuenta el pueblecito; el ayuntamiento lucía una bellísima, por lo pobre y sencilla, iluminación.

Hubo trenes especiales. A Castel San Pietro fué todo el mundo literario, artístico y político de Italia. El alcalde recibió en la entrada del pueblo al artista y todos, todos, ovacionaron a la casa en que nació el más grande actor trágico latino, al insuperable intérprete de Shakespeare, Ibsen, Erchillo, Giacosa... a Ermete Zacconi, que no otro era el niño rubio que un día se escapó de su casa con un "cacho de pan" y una lira para ver a una compañía de cómicos de la legua el "Hamlet".

Por fortuna para el arte a este muchachito le "habló al oído" el diablejo que todos llevamos dentro.

Juan de la CHACENA.

Nervios injertados

El Consejo de Investigaciones Médicas de Londres, está dando a conocer los adelantos que se han realizado en los últimos años, y muy especialmente con motivo de la guerra, en la restauración de los miembros inutilizados del cuerpo humano.

Entre las curiosidades expuestas por los profesores que toman parte en esta asamblea de sabios, figura principalmente el injerto de nervios vivos en nervios completamente o casi completamente atrofiados, bien por efecto de lesiones recibidas, bien por defecto del paciente no utilizando determinados miembros a causa de heridas ya curadas, pero que han producido una inamovilidad absoluta que pudo ser corregida si con el tiempo se hubiese recurrido a estimulantes enérgicos en el ánimo del lesionado.

El doctor Henry Head, cuyos trabajos sobre la sensibilidad le han hecho famoso en todo el mundo, dió cuenta de numerosos casos en que los injertos de un trozo de nervio vivo en el nervio lesionado y sin función habían producido efectos maravillosos, lográndose el restablecimiento de la función. Uno de los casos consiste en lograr el movimiento del brazo de un lesionado por medio del injerto de un trozo del nervio ciático de la pierna derecha del mismo sujeto.

Los médicos han reconocido, en general, la extrema dificultad de estas operaciones, que, a su juicio, no deben llevarse a cabo más que en casos en que haya sido imposible por otros procedimientos la obtención de contacto entre los dos límites del nervio seccionado.

El bloqueo del castillo de Catapún

(Cuento infantil)

por Magda DONATO

El noble señor de Catapún estaba muy fastidiado. Desde hacía algún tiempo veía que las cosechas guardadas en sus graneros menguaban; que sus provisiones de boca desaparecían de los armarios de la despensa, y que sus pasteles huían de los aparadores. ¿Quiénes podían ser los culpables? El castillo estaba bien guardado, y el señor conde de Catapún tenía plena confianza en la honradez de sus criados; la condesita Gumersinda estaba tan fastidiada como su señor padre, porque era muy golosa, y al encontrar vacía la caja de las galletas se desesperaba.

Una noche, el noble señor de Catapún se levantó decidido a averiguar el misterio de aquellos hurtos continuos. Entró de puntillas en el comedor y, ¡qué es lo que vió?, vió que tres enormes ratones sacaban del aparador tortas de miel, aquellas exquisitas tortas de miel que eran golosina favorita de la condesita Gumersinda.

Al verle, los tres ratones huyeron por la ventana, llevándose las tortas, naturalmente.

El señor conde se dirigió entonces al granero y vió tres ratones tan gordos como los primeros vaciando un saco de trigo; como los primeros también desaparecieron al ver al terrible castellano.

Esta vez el señor conde se prometió obrar con más cautela, y entró en la despensa con tal sigilo que tres ratones que había allí, ocupados en llenar un saquito de harina, un saquito de azúcar y un saquito de arroz, no le oyeron llegar hasta que tuvieron su enorme tizona casi sobre la espalda.

Entonces los tres ratoncitos, muy apurados al ver que no les daba lugar a huir, cayeron de rodillas, y con unas vocecitas agudas y temblorosas le suplicaron que les diese cuartel.

—No tenemos la culpa—decían los ratoncitos;—nosotros no hacemos más que obedecer.

—¡Y quién os manda robar mis cosechas, mis pasteles y mis comestibles?—preguntó el señor conde con su voz más severa.

—¡Nuestro rey!—respondieron fieramente los tres ladronzuelos.

Entonces el noble señor les dejó marchar y juró que al día siguiente iría él en persona a arreglarle las cuentas a aquel rey sinvergüenza que alimentaba a su corte a expensas del castillo de Catapún.

El rey de los ratones vivía en un palacio de mazapán y daba audiencia sentado sobre un trono de queso de Gruyère, adornado con ricas incrustaciones de almendras tostadas y avellanas acarameladas. Se llamaba Pérez XVIII, y era un ratón la mar de pizpireto, con unos bigotes tan fieros, que más que rey parecía emperador.

El noble señor de Catapún entró en la sala de audiencias en actitud resuelta y enérgica; pero los bigotes de su majestad el ratoncito Pérez XVIII le impusieron tal respeto que hizo una gran reverencia y sólo pudo suplicar al soberano se dignase cesar en sus saqueos en el castillo de Catapún.

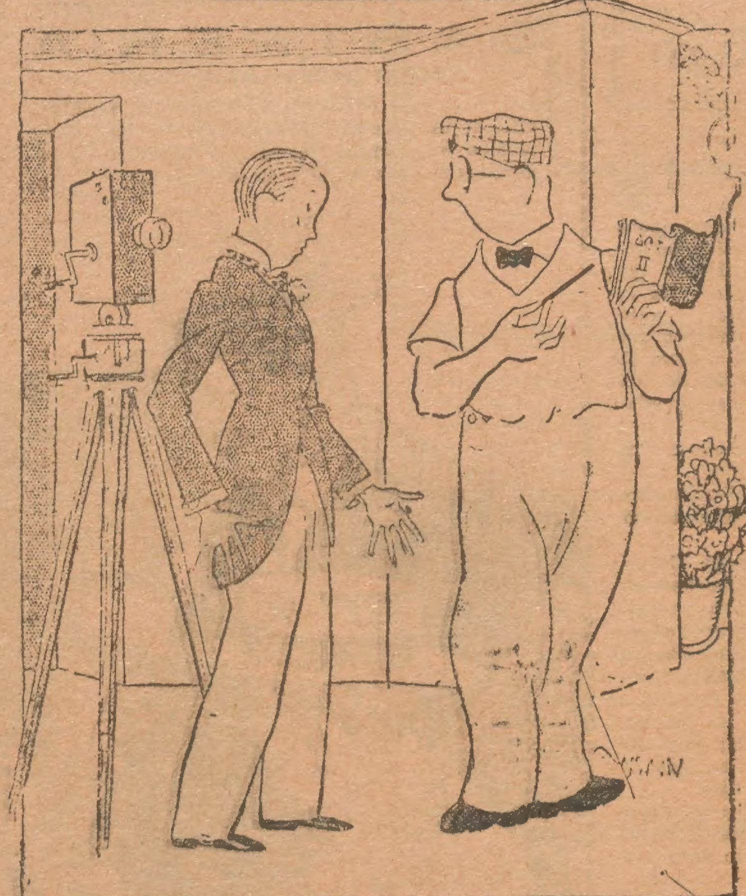
Pero XVIII levantó el hociquito con su aire más impertinente, y contestó:

—Cesarán mis saqueos en el castillo de Catapún cuando a mí me de la realísima gana. Pero si me puedes probar que eres más listo que yo cesarán en seguida.

—Deme vuestra majestad ocasión de medir mi inteligencia con la suya —dijo el noble señor con arrogancia.

—Pues es muy sencillo—declaró el rey sonriendo bajo sus bigotes.—Voy a bloquear tu castillo con todo mi ejército. Si a los tres días puedes ofrecerme una comida en la que figuren un pan bien dorado, un pastel bien dulce y un queso sabroso, sin que yo haya visto o husmeado la entrada de comestible de ninguna clase, ni carbón para hacer lumbre, me declararé vencido y me marcharé en unión de mi pueblo, con la música a otra parte. ¿Aceptas la apuesta?

El noble señor de Catapún no contestó; se inclinó y volvió a su castillo. Pero estaba más preocupado que nunca; perder la apuesta le parecía, además de peligroso para sus cosechas, sus comestibles y los pateles de Gumersindita, denigrante para él; ganarla, se le antojaba punto menos que imposible. En tan serio conflicto mandó llamar a su señora hija y le expuso la situación.



El director. — Ahora irán al puente y usted se echa al río.
El actor. — ¡Pero, señor; yo no sé nadar!
Director.—¡Bueno estaría que supiera! ¡Iba a estropearnos la cinta!

La señorita Gumersinda era tan avispada como bella; sólo un momento necesitó de reflexión; luego se inclinó hacia su padre y le habló al oído tan quedo, tan quedo, que nos fué imposible oir lo que le dijo.

El señor conde se echó a reir encantado, se frotó las manos y envió un mensajero a su majestad Pérez XVIII para comunicarle que aceptaba la apuesta.

Antes de dar comienzo al bloqueo, y como primera providencia, trescientos súbditos del rey Pérez recorrieron el castillo de arriba abajo, registrando y husmeándolo todo para cerciorarse de que no quedaba nada comestible, ni un pedacito de carbón para hacer lumbre, en el castillo de Catapún.

Luego, los trescientos ratoncitos formaron alrededor del castillo un cordón militar, con la espalda contra la pared y la orden terminante de permanecer durante tres días inmóviles y sin cerrar los ojos un segundo. (Gracias a que estaban admirablemente disciplinados, que si no, hubiera resultado la cosa un tanto difícil).

Delante de cada puerta (había catorce y un postigo) se colocaron ocho soldaditos ratoniles, al mando de un teniente, un coronel y un general.

Y el rey en persona se colocó a la entrada del puente levadizo en compañía de cinco generalísimos. (Cinco, ni uno menos).

En una palabra, las disposiciones estaban tan admirable y minuciosamente tomadas, que hubiera sido imposible que penetrase en el castillo... ni un ratón.

Su majestad el ratoncito Pérez XVIII estaba encantado. ¡Obligar a que el altivo castellano de Catapún y la golosa condesita Gumersinda se viesen reducidos a alimentarse, durante tres días, con las frutas del huerto! ¡Humillarles luego, ganando la apuesta! ¡Y, finalmente, seguir con toda frescura alimentando su pueblo a expensas del castillo de Catapún! ¡No estaba mal la idea, no estaba mal!

El primer día ocurrió un ligero incidente, al cual el rey Pérez no dió ninguna importancia: una partida de soldados—sin duda a las órdenes de algún castellano enemigo de Catapún—pasó por las inmediaciones del castillo y, emplazando un enorme cañón, disparó unas cuantas granadas, que fueron a caer en el patio, sin causar destrozos. Pero como los habitantes del castillo no respondieron al ataque, aquellos soldados se alejaron con su cañón.

El segundo día se presentaron ante el castillo unos caballeros de melena rizada y bigote retorcido que llevaban tenacillas, peines y "bigudís".

—Somos los peluqueros—dijeron;—venimos a rizar el pelo al noble señor de Catapún para la comida que se propone ofrecer mañana a su majestad Pérez XVIII.

—Su majestad soy yo—respondió fieramente el rey.—Pasad, buenas gentes, pasad. Pero me parece—añadió riendo—que el conde no padecerá indigestión por la comida de mañana.

El tercer día se presentaron unas damas que llevaban toda clase de afeites y de frascos de esencia.

—Venimos—dijeron—a traer los polvos de arroz y las pomadas y coloretes para que la condesa Gumersinda esté muy bella esta noche en la comida que su señor padre ofrece a su majestad Pérez XVIII.

—Pasad, buenas mujeres, pasad—dijo el rey con tono protector.

Y añadió despectivamente:

—Pocas ocasiones tendrá la condesita de lucir sus galas como no tenga más que la de la cena de esta noche.

Al caer el día, un mayordomo salió del castillo; vestía uniforme de gala, con profusión de galones de oro y botones de plata.

—Dígnese vuestra majestad pasar al comedor—dijo inclinándose respetuosamente.—La cena está servida.

—Esta gente está loca—pensó el soberano de los ratones, estupefacto.

Y entró en el castillo con una sonrisita de incredulidad.

El noble señor de Catapún y la linda condesita le esperaban en el comedor; sobre la mesa había un hermoso pan, un pastel cubierto de azúcar y un queso de bola, tan brillante y tan colorado que hubiera parecido de cera pintada, de no ser su aroma tan apetitoso.

La naricilla del ratoncito Pérez palpitaba de emoción ante tan buenas cosas; pero su orgullo fué más fuerte que su golosina y no aceptó la invitación del conde, que le hacía señas de que se sentara y comiese.

—Habéis ganado la apuesta — dijo un poco amoscado;—ahora os suplico me digáis cómo lo hacéis conseguido.

Y añadió con amargura:

—Nunca creí que un hombre pudiese ser más listo que un ratón.

—Un hombre, no,—contestó el señor de Catapún;—pero una mujer, sí.

Y le contó cómo había seguido las instrucciones de la bella condesita Gumersinda; cómo las granadas lanzadas por aquellos enemigos—buenas gentes a sueldo del conde—eran, en realidad, quesos de bola; cómo las maquinillas de los peluqueros habían suplido la lumbre y el carbón, y cómo los polvos de arroz de las perfumistas eran harina y azúcar. En el momento en que el ratoncito Pérez XVIII oyó estas explicaciones, su manto de corte cayó al suelo y él se tornó en un joven guapísimo, suntuosamente ataviado.

—Soy el rey de las islas de Coral—dijo,—y siempre tuve fama de listo. Un día llegó a mi corte un ajedrecista de mucha fama; yo no había aprendido en mi vida a jugar al ajedrez; sin embargo, le desafié, y ¿sabéis lo que ocurrió? Pues ocurrió que perdí el partido. Pero lo más gracioso, o mejor dicho, lo más terrible, fué que aquel jugador de ajedrez era brujo, y para castigarme por mi orgullo nos transformó a mí y a todos mis súbditos en ratones, condenándonos a permanecer en esta forma hasta que encontrase alguien que fuese más listo que yo.

El rey de las islas de Coral se acercó al balcón, sacó de su bolsillo un silbato de oro y dió un silbido agudo; en el acto los trescientos ratoncitos se tornaron en otros tantos apuestos guerreros.

Luego volvió junto a los castellanos de Catapún que le escuchaban y le contemplaban boquiabiertos y babeando casi de sorpresa; puso rodilla en tierra ante la condesita y prosiguió:

—Habéis deshecho el hechizo, bella Gumersinda. ¿Queréis ser mi esposa? Os ofrezco la mitad de mi reino, la mitad de mi corona y mi corazón entero.

Gumersindita se llevó a la boca el índice de la mano derecha y se puso a chuparle silenciosamente; esta era su actitud predilecta para meditar. Luego miró atentamente a su pretendiente, un poco recelosa acaso; pero

no, no le quedaba ya de su estado de ratón más que un bigote algo tieso y que a ella le pareció de lo más grandioso del mundo; y como un rey era un buen partido en aquella época, y como al fin y al cabo la linda condesita estaba harta de comer frutas, aceptó la proposición.

Un pan, un pastel y un queso resultan escasos cuando se tiene mucha hambre; para agasajar a su novia, el rey de las islas de Coral mandó traer de su palacio todos los comestibles y pasteles que había robado a su futuro suegro; con lo que se hicieron una cena opípara y se la comieron en un dos por tres para celebrar el noviazgo.

FUROR TRÁGICO

por Tristán BERNARD

El día en que el célebre actor inglés Harvey Shavenchin, interpretando el papel de Hamlet y arrastrado por un movimiento trágico, mató realmente a Polonius (interpretado por David Skabby) a través del tapiz, se produjo una fuerte emoción en Londres.

Shavenchin debió comparecer ante el "coroner". Pero se probó que había obrado en una especie de fiebre, fuera de toda responsabilidad, y fué absuelto.

El día que reapareció en escena, precisamente en el papel de Hamlet, le hicieron una ovación extraordinaria. Representó los primeros actos con más ardor que nunca y, llegado a la escena del tapiz, mató otra vez a Polonius, interpretado por Cercy Moanful.

Shavenchin debió comparecer de nuevo ante el "coroner". El asunto fué más difícil de arreglar. Lo absolvierón, no obstante, pero se le prohibió representar el papel de Hamlet en lo sucesivo.

Representó, por lo tanto, papeles muy tranquilos durante seis meses. Pero al cabo de los seis meses, como su aspecto era tranquilo, se firmaron numerosas solicitudes pidiendo se le dejara interpretar su papel favorito.

Esta vez el director contrató para el papel de Polonius un hombre cansado de la vida y le aseguró, para su viuda, una indemnización razonable.

Luego, el día de la representación, el director mandó a los periódicos notas por este estilo:

"Creemos que tal vez han obrado ligeramente al fiarse demasiado del aspecto tranquilo de Harvey Shavenchin. Según parece, desde hace dos días el simpático actor da inquietantes señales de agitación."

Por la noche hubo muchedumbre en el teatro. Las localidades se vendieron de dos a cinco guineas cada una.

El director llamó aparte a Shavenchin algunos instantes antes de la escena del asesinato:

—Harvey, le recomiendo la tranquilidad. Pero, la verdad, me obliga a confesarle que Joe Bamboo, que interpreta el papel de Polonius, es un hombre cansado de la vida. Ya sé que no se producirá ningún accidente, pero, por lo que pudiera suceder, he asegurado una indemnización a la señora de Bamboo.

El caso fué que el pensamiento de que tenía casi el derecho de matar a Bamboo tranquilizó completamente a Harvey Shavenchin.

No pareció, cuando entró en escena, que tuviera todo su ardor acostumbrado. En el momento de gritar: "¡Un ratón! ¡Un ratón!" atravesó el tapiz con cierto abandono, y no debió hacer a Bamboo más que un rasguño sin emportancia.

A pesar del tapiz, el público comprendió por la languidez del gesto de Shavenchin que no había que deplorar ningún accidente. Una tempestad de gritos y silbidos obligó a Harvey a abandonar la escena. No pudo terminar el último acto, y los días siguientes el tumulto era tan grande desde que aparecía en escena que la policía intervino y le prohibió representar más, por lo menos el papel de Hamlet.

PUNTOS DE VISTA



El.—¡Veinte pesos esta corona!
Ella.—Todo ha aumentado, señor...
El.—Está usted en un error... mi pena ha disminuído.

Nuestro amor es secular

(Del libro de poesías "Guijarros", con prólogo del señor Emilio Alonso Criado, recientemente aparecido.)

¡Esta llama triunfadora
de nuestro amor venerando,
es muy antigua, señora!
¿Dónde nació?, ¿cómo?, ¿cuándo?
¡No sé, pero no es de ahora!

¿Fué acaso en la India lejana,
donde el piadoso gurú
nos leía el Ramayana,
que te aclamé soberana
ante el altar de Vichnú?

¿O nació esta enorme sed
de amarnos en Jorasán,
y en el valle de Meshed
estuvimos a merced
del dulce Omar-al-Khayyám?

¿O fué en el lejano Kioto,
bajo el reinado remoto
del noble Jeyasú, que
cantó mi afinado koto
tus encantos de musmé?

¿O acaso Grecia arrulló
nuestros sueños vencedores,
y siendo los dos pastores
en Arcadia, mis amores
la flauta frigia glosó?

¿O arrastrados de Israel
por Nabucodonosor,
en Babilonia la infiel
vino a nacer nuestro amor
con la torre de Babel?

¿O sobre el Nilo, señora,
siendo un noble faraón
voló mi barca avizora,
y oyó el Ibis la sonora
plegaria de mi pasión?

¿O en el extraño Pekín
de Confucio en tiempo fué
que nació este amor, en fin,
comentando el Tao-te-King?...
del filósofo Lao-Tsé?...
... ...

¡Quién sabe!... No he de encontrar
jamás su genealogía;
pero a fuerza de ignorar
yo sé bien, señora mía,
que es nuestro amor secular!

Jacinto J. PARRAL.

El niño Jesús, comediante

Hace poco más de medio siglo, el actual "societaire" de la Comedia Francesa, M. Falconnier, que en aquel tiempo era un niño de pocos años, sirvió de modelo a su padre, reputado escultor, para tallar un Niño Jesús en los brazos de la Virgen...

Ese niño, andando el tiempo, ha ido a parar a una iglesia de El Havre.

Días pasados, el cómico, de regreso de una excursión teatral, pasó por la ciudad marítima, y sintió la curiosidad de volver a verse en la figura del divino niño, creado por el cincel paternal.

Cuando estuvo delante de la piadosa efigie, se quedó asombrado. Una mano, herética sin duda, había embadurnado de un modo bárbaro con ocre, azul y bermellón al santo niño.

El comediante expresó su indignación en tal forma, que, atraído por las voces, acudió el bedel.

—¿Pero por qué gritáis de esa manera?—le preguntó.

—¿Pues no veis—replicó el aludido—¿cómo han puesto de pintura a ese niño?

El bedel se encogió de hombros, exclamando:

—¿Y qué os importa a vos?

El buen cómico—suponemos que lo sea, puesto que ocupa lugar preferente en la Comedia Francesa—alzó los brazos al cielo, y rojo de cólera declamó:

—¡Qué ño me importa! ¿Pero de dónde salís? ¿No ha de importarme, si el "niño Jesús" soy yo?

El bedel creyó habérselas con un loco poseído del demonio, y se retiró más que de prisa, haciendo la señal de la cruz.

UNA TENTATIVA FRUSTRADA

por H. R. WOESTYN

I

El señor de Fontenailles viajaba continuamente.

Pasaba el invierno en Biarritz, en Pau o en la Costa Azul; el verano en Trouville o en Dieppe, y, cuando en primavera y otoño, pasaba por París, alojábase en el hotel de la Opera, de modo que estaba cerca del centro, en medio de la vida del boulevard, que tanto le agradaba.

La última vez que estuvo en París, había muchos extranjeros en el hotel, y el dueño no pudo ofrecerle su cuarto habitual, sino una reducida habitación del cuarto piso.

—¿Usted pretende burlarse de mí? —le dijo el señor de Fontenailles.— Lo que yo he pedido es una habitación, y no tal zaquizamí.

—Pues esto es lo único que tengo; el hotel está lleno, rebosando. Ya sabe usted que es la época en que vienen más extranjeros a París.

—Pero, ¡esta habitación que da al patio! ¿No puede usted facilitarme una exterior? Yo necesito mucho aire.

—¡Ah! Sí, por lo menos, hubiera usted venido ayer, hubiera podido complacerle; pero la última habitación que tenía, acabo de comprometerla para la señorita Arlette de Nyón, para la próxima quincena, pues comienza a trabajar en el teatro Olimpia.

—¿Arlette de Nyón? Esa artista está todavía en Londres, y su contrata termina el sábado, lo que quiere decir que no podrá llegar a París antes del domingo próximo. En estas circunstancias puede usted dejarme dicha habitación hasta entonces.

El dueño le dijo que la habitación había sido encargada por telégrafo, que dicha señorita iba siempre a su hotel y que era una de sus mejores clientes; pero el señor de Fontenailles insistió de tal manera, que hubo que dejarle instalarse en la dicha habitación, a lo menos por dos días, hasta que llegase la señorita de Nyón.

Esta llegó el domingo por la mañana, y el señor de Fontenailles, prevenido por el dueño del hotel, no tuvo más remedio que aceptar el aposento al que había calificado de zaquizamí, en espera de que se desocupase otra habitación.

Arlette de Nyón no sólo era célebre por su talento de actriz, sino por ser íntima amiga de un millonario americano, y sus alhajas eran magníficas y de gran valor. Entre otras, la gente se hacía lenguas de un zafiro de incomparable belleza, tallado en forma de corazón, que valía toda una fortuna.

Era un dije que llevaba al cuello, pendiente de una finísima cadena de oro.

La actriz cenó aquella noche en el mismo hotel, y quiso la casualidad que el señor de Fontenailles fuese su vecino, pues cenaba en una mesita próxima a la suya; y, como en otro tiempo se habían conocido, renovaron su amistad.

Dijo la actriz que acababa de llegar de Londres y que durante una quincena trabajaría en el Olimpia, para irse luego a Niza y después a América, que pensaba recorrer durante varios meses.

En el curso de la conversación, el señor de Fontenailles se fijó en el dije de la artista.

—¡Qué hermosa joya tiene usted, señorita! —le dijo.

—¿Verdad? Es un ejemplar muy raro, casi podría decir que único.

—Es un magnífico zafiro. Pero ¿no teme usted perderle? Veo que no le sujeta sino con un finísimo hilo de oro que podría romperse fácilmente.

—No temo nada...

—Pero podrían robárselo a usted...

—Bueno; pero si acaso me lo robasen, ¿no sería un reclamo enorme para una actriz?

El señor de Fontenailles sonrió, y le dijo:

—Tal vez no sea usted prudente, jugando con fuego...

Ella lanzó una carcajada.

—Le he dicho que no temo nada. Además, tengo a mi servicio una doncella que custodia mis joyas mejor que yo misma, una bretona cuya honradez está a cubierto de toda sospecha, y por adelantado compadezco a los que intentaran robarme mis alhajas.

—No juegue usted con fuego —repitió Fontenailles.

Nyón se contentó con encogerse de hombros, y cuando hubo acabado de comer, se despidió de él, con un apretón de manos.

A pesar de la seguridad que tenía la señorita de Nyón, a la noche siguiente le robaron algunas de sus joyas figurando entre ellas el dije en forma de corazón, el zafiro que tanto estimaba. Tenía, pues, razón el señor de Fontenailles; no se puede jugar con fuego.

Ana, su doncella, fué quien primero advirtió el robo cometido, y dió la voz de alarma; dijo que su ama la llamó por teléfono, diciéndole que bajara un instante al salón del hotel; y, al volver a las habitaciones, para cerrarlas con llave, vió que un caballero salía de ellas.

Como era natural, le preguntó qué hacía allí, a lo que respondió excusándose cortésmente por haberse equivocado de habitación, lo que explicaba manifestando que antes había ocupado aquella misma habitación, y entró maquinalmente en ella.

La excusa era, por lo menos, aceptable.

Júzguese de la emoción de Arlette de Nyón al enterarse. Ella misma subió en seguida a su piso y pudo comprobar que le habían robado tres alhajas de gran valor, entre ellas, el corazón de zafiro. Luego llamó al dueño del hotel a su cuarto y dió un monumental escándalo.

Horrorizado por lo que acababa de ocurrir, el dueño le prometió hacer lo posible por descubrir al autor del robo.

—¿Cómo era la persona a quien vió usted salir de la habitación de su ama? —preguntó a la doncella.

—Era un señor muy bien vestido, alto, rubio, con largos bigotes.

—¿Le reconocería usted si volviese a verle?

—Seguramente.

Por las señas que dió la criada, sospechó del señor Fontenailles.

Hizo bajar a Ana y la llevó hasta la puerta de cristales del fumadero, donde se hallaba el señor de Fontenailles, el cual, sentado en un sillón, leía un periódico.

—Es él —dijo la doncella al verlo, —no me cabe la menor duda.

—Bueno. Suba usted a la habitación de su señora y estése allí hasta que la llame yo.

Inmediatamente escribió una carta y la envió, con un criado del hotel, a la prefectura de policía.

—Tomas un automóvil y vas a la prefectura. Preguntas por el señor Pinsón, y le das esta carta. Insiste para que venga contigo, y, en cuanto regreses, me avisas.

Apenas transcurrida media hora Pinsón estaba ya en el hotel de la Opera, cuyo dueño le puso al corriente de todo.

—¿Dónde está el señor de Fontenailles?

—Sigue en el fumadero.

¿QUÉ ES MEJOR?



Un día de trabajo.



Un día de placer.

—Lléveme a él.

La entrevista fué breve, y durante ella, en voz baja, después de hacerle saber quién era, le acusó de ser el autor del robo cometido a la señorita de Nyón.

El señor de Fontenailles no se molestó, como esperaba el policía, sino que, con gran calma y sonriendo, dijo:

—Comprendo, en efecto, que todas las sospechas pueden caer sobre mí, pues he cometido la imperdonable torpeza de equivocarme y entrar en la habitación de esa señorita, habitación que había ocupado hace poco. Pero yo no soy un ladrón. Por lo demás, el dueño del hotel sabe que no he salido del fumadero desde que se ha cometido el robo, por lo que le suplico que me registre para que se cerciore de que las joyas de la señorita de Nyón no se hallan en mi poder.

Por cumplir con su deber, el policía registró, en una habitación inmediata, al señor de Fontenailles, y, como era natural, las joyas no estaban en su poder.

Se excusó de haber llevado a cabo tal requisito que le imponía su deber profesional, y se retiró al despacho del dueño.

—No me cabe duda de que ha sido él —le dijo.

—¿Cree usted?

—Estoy completamente seguro. Si no, ¿cree usted que habría insistido en que lo registrase? Es un malhechor muy astuto.

—Pero ¿qué ha podido hacer de las alhajas?

—Ha debido esconderlas. ¿Dónde? Todavía no lo sé. Pero cuando la señorita de Nyón no esté ya en este hotel, algún cómplice suyo vendrá a alquilar su habitación; entonces tomará las joyas del sitio en que se hallen, y se marchará al extranjero, para tratar de venderlas.

"Le propongo lo siguiente—añadió el policía después de un momento de reflexión: — la víspera de la partida de la señorita de Nyón, entraré como criado en el hotel, y le garantizo que he de descubrir las joyas y capturar al ladrón.

—Perfectamente

II

Diez días después, había un criado más en el hotel de la Opera.

—José — que fué el nombre adoptado por el policía — era un criado modelo, cumplía admirablemente con su obligación.

Arlette de Nyón, terminada su contrata en el Olimpia, y teniendo otra en Niza, se marchó, rogando al dueño que la tuviese al corriente de lo que ocurriera con sus joyas.

Una noche, José entró en el despacho del dueño, sentóse familiarmente en una butaca, con las manos en los bolsillos de su delantal, y le dijo:

—Ya sé quién es el ladrón, o mejor dicho los ladrones, porque son dos.

—¿Dónde están?

—Vamos por partes. Por lo pronto ha de darme usted una llave maestra que me permita entrar en el cuarto de míster Darlington, el viajero que acaba de alquilar, hoy mismo, la habitación de la señorita de Nyón.

—¡Eso, nunca!

—Debe usted hacerlo.

—Pero ¿sospecha usted de él?

—Como autor del robo, no; pero sí como cómplice del señor de Fontenailles. ¿Me da usted esa llave, o no? Porque supongo que no querrá que penetre con fractura en la habitación de míster Darlington.

—¿Pero está usted seguro, señor Pinsón, de lo que me dice? Mire que se trata del renombre de mi casa.

—Déjeme hacer. Además, venga conmigo, y personalmente se convencerá usted.

—¿Yo? ¿Entrar yo en las habitaciones de mis clientes? Imposible.

—Venga, que tengo la absoluta seguridad de que no me equivoco.

Gran trabajo le costó, pero, al fin,

el policía convenció al dueño de que debía seguirle. Con la llave maestra abrió la cerradura, pero Pinsón notó que detrás de la puerta algo oponía resistencia a abrirla.

—Ha puesto sillas—dijo,—en previsión de lo que pudiera ocurrir.

—¿Qué dice usted?

—Mire. Ha comido mucho esta noche y, cansado como estaba, se ha dormido profundamente.

Con pasos apagados atravesó el policía, primero el salón y luego la alcoba.

Darlington estaba, en efecto, durmiendo; Pinsón se adelantó hasta él, y empapando un pañuelo en cloroformo, que había llevado, lo aplicó a la nariz del huésped.

—Bueno—dijo;—ahora estamos seguros de que no nos molestará.

—Pero ¿qué le ha hecho usted?

—Nada; impedirle que nos moleste. Ahora dormirá hasta mañana, mientras nosotros registramos sus papeles.

El traje de Darlington estaba sobre una silla, y Pinsón cogió la cartera del durmiente, de la cual extrajo varios papeles.

—Mire, mire—dijo mientras le mostraba un papel que contenía un dibujo.—Mire: ¿comprende ahora?

El dueño del hotel confesó que no comprendía nada.

—Compare—siguió diciéndole el policía—este dibujo con el de la alfombra de esta habitación. Mire estas grandes rosas. ¿Ve usted estas cifras? Pues las joyas de la señorita de Nyón están aquí, escondidas bajo la alfombra, en un punto que dista tantos metros de la puerta, de la chimenea y de la ventana. Este es el plano que Fontenailles ha dado a su cómplice, míster Darlington.

—En ese caso, no tenemos sino buscar el escondite y recuperar las joyas.

—¡Ah, no! Pues ya comprenderá usted, que no me he puesto a la obra solamente por el placer de devolver sus joyas a esa señorita. Dejémoslas ahí. Yo tomaré de nuevo mi pañuelo cloroformado, y mañana por la mañana, cuando despierte míster Darlington, como yo le espiaré por el agujero de la cerradura, le advertiré a usted para que suba, y le cogeremos en flagrante delito.

III

A la mañana siguiente, desde primera hora, estaba José barriendo el corredor delante de la habitación de míster Darlington, y hacia las diez llamó por el teléfono acústico al dueño, quien subió en seguida.

Darlington estaba de rodillas sobre la alfombra, y tenía en las manos las joyas de la actriz.

No podía negar, pero trató de luchar.

Pinsón se echó sobre él y ambos rodaron por el suelo; pero el policía logró triunfar y sujetarle, mientras el dueño pedía auxilio.

Hábilmente interrogado, Darlington confesó que estaba de acuerdo con Fontenailles, a quien, pocos días más tarde, se detuvo también.

—¡Bueno!—decía Pinsón al dueño del hotel al entregarle su traje de criado.—Yo le había prometido a usted que capturaría al culpable, y lo he cumplido.

EL CENSOR



—¿Fumando a tu edad? ¡Ibas a ver si yo fuera tu padre!
—Puede usted serlo si quiere. Mi mamá es viuda.

Carnicero millonario

Mr. Syman Horosvitz era un honrado industrial poseedor de una diminuta carnicería en la calle San Urbano de Montreal, en el Canadá, y que vivía modestamente con el producto de la venta de reses.

El buen hombre ignoraba que hacía varios años las autoridades americanas practicaban investigaciones con objeto de hallar a las personas que tuvieran derecho a una herencia de 40 millones de dólares, dejada por un obispo católico que falleció abintestato en el hospital del Monte Sinaí, de Nueva York, y que era primo segundo del carnicero.

Por fin, el gobierno americano tuvo noticia de la existencia de Mr. Syman Horosvitz, el único heredero, y, por conducto de las autoridades de Montreal, le ha comunicado que tiene a su disposición cincuenta millones de dólares a que en la actualidad asciende la herencia, por la acumulación de intereses desde que la administra el gobierno de aquel país.

Mr. Syman Horosvitz, para celebrar la fausta nueva, distribuyó entre los pobres de Montreal varias arrobas de carne diciendo: "Es la última que me propongo expender".

De Wáshington a California, es decir, para atravesar todos los Estados Unidos, ha partido una caravana de automóviles y camiones con expedicionarios que van a un Congreso de anunciantes.

Uno de los vehículos no llevaba viajeros, sino una reproducción en pequeño de un arco monumental.

Al pasar por las diferentes ciudades y pueblos, los habitantes, intrigados, preguntaban qué significaba el monumento que iba en la plataforma de un gran camión: era el modelo de un arco monumental que, costeado por suscripción popular entre canadienses y yankis, se elevará en la frontera entre Canadá y los Estados Unidos, como símbolo de la amistad que existe entre los dos países, algo así como el "Cristo de los Andes".

ALFREDO B. BIANCHI

Quienes frecuentan nuestros teatros en las noches de estreno, los acostumbrados contertulios de las redacciones de diarios, los viejos clientes de los cafés, más o menos literarios, conocen, sin duda, una silueta nerviosa y movible, en perpetua agitación, que conversa con todos, cambia de grupo en grupo impresiones y críticas, sonríe siempre y parece el hombre más preocupado de la tierra. Es Alfredo A. Bianchi, el director de ''Nosotros'', la valiente revista literaria que mantiene, contra todas las adversidades, la tradición honrosa de de nuestra mejor intelectualidad.

Para todos tiene Bianchi una palabra, a medio Buenos Aires debe ver en una misma hora. A éste solicita un artículo para la revista, a aquél promete la publicación de una poesía original, a un tercero intriga con noticias sabrosas o picantes, y todos, viejos literatos o noveles, tienen que tratar con Bianchi.

Es, acaso, el personaje más conocido y vinculado de nuestros círculos intelectuales. Fundamentalmente bueno y servicial, ha conseguido como nadie la unanimidad de las simpatías. En todas partes se le quiere, es el confidente obligado de todas las empresas intelectuales y más de un autor encuentra en una negativa suya mayor inconveniente que en la adversidad de un juicio público.



Señor Alfredo A. Bianchi.

Bianchi es un revistero nato. Siendo alumno del colegio secundario, fundó dos publicaciones: ''Rinconete y Cortadillo'', primero, y ''Preludios'', después. Reveló entonces la profundidad de su juicio, ya que no hay uno de los desconocidos colaboradores de ayer que no gocen hoy de prestigio bien fundado. Recuerda Bianchi con cariño esos primeros entusiasmos, francos y sinceros, que más tarde le darían experiencia en la dirección de ''Nosotros''.

En 1907 nació esta revista. Desaparecida ''La Biblioteca'', ''El Mercurio de América'', ''Ideas'', nuestros círculos intelectuales no tenían orientación ni rumbo. El Ateneo había cerrado sus puertas, la briosa bohemia de Rubén Darío ''y sus cómplices'' había tomado mejor camino y las célebres tertulias en lo de Luzio o en Aue's Keller habíanse disuelto por falta de concurrencia. Entonces se publicó ''Nosotros''. Elegante en su formato y juvenil en sus ideas, lanzó su programa y declaró ser la revista de todos, ''de las viejas firmas consagradas, de las nuevas ya conocidas y de los que surgen o han de surgir''. Los elementos dispersos reuniéronse en torno a ella, y Obligado, Oyuela, Lugones, Payró, Ingenieros, Estrada, Sánchez, Becher, Gerchunoff, Rojas, Chiappori; los últimos surgidos: Giusti, Banchs, Carriego, y tanto más, dieron prestigio a ''Nosotros'', impulsada por la labor constante de Alfredo A. Bianchi.

Las dificultades de su publicación no han debilitado su entusiasmo en ningún momento, y ahora que su situación es próspera, Bianchi gusta recordar sus esfuerzos en las malas horas, la lucha contra la indiferencia o la adversidad y hasta su suspensión durante un año. ''Nosotros'' es, casi exclusivamente, obra suya, trabajó por su sostenimiento sin interés personal alguno, sólo por levantar el ambiente, por dar sabor intelectual a nuestra preocupación materialista, y ha sabido, para tal fin, unir en su revista todas las tendencias y aunar todos los entusiasmos.

Cuando se escriba, en épocas mejores, la historia de nuestra vida literaria y de nuestros primitivos esfuerzos, la obra desinteresada y eficaz de Bianchi, ocupará las mejores páginas.

PACARÁ.

Cosas del teléfono

¡Hola! ¿eh? ¡hola! ¿eh? ¡hola!

Suena la campanilla del teléfono.

—¿Hablo con el 850.000?

—¡Sí! ¿Qué desea usted?

—¿Eh? ¡Hola!

—¡Sí, hombre!, con el...

—¿Eh? ¡Hola!

—¿Qué desea?

—¿Eh? ¿Hablo con el...?

—¡Sí! ¿No oye?

—¿Eh? ¡Hola!

—¿Qué desea? ¿No oye?

—¿Eh? ¡Ola! ¿Hablo con el...?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sííí!

—¡Hola! ¿Hablo con...?

—¡Váyase al diablo!

Y el tubo se apoya en el plutoniano bidente, que suena con más intensidad que lo habitual.

Pocos segundos después, el impacientado cliente toma de nuevo el tubo.

—¿Qué número?—pregunta la señorita.

—El número de usted, señorita.

—No estoy para bromas, señor.

—Disculpe, señorita; la broma no es para usted, sino para mí. ¿Me hace usted el servicio de decirme si oye bien lo que le digo?

—¡Perfectamente!

—Varias veces me ha llamado una persona que me incomoda bastante por el teléfono. Los diálogos se prolongan sin salir de un número limitado de palabras que no conducen a nada. Y se me ha ocurrido que quizá mi voz no haga vibrar suficientemente el tímpano del receptor.

Se oye una carcajada que viene de la oficina.

—Disculpe, señor. Es un sordo al que los médicos le han dicho que está muy bien, que ya está completamente bien.

—Pero... bien ¿de qué?

—De un tajo en un dedo.

UNA CATASTROFE



Drawn by C. W. Kahles

La actriz cinematográfica (al regente que ha rotó su botella de glicerina).— ¿Qué ha hecho usted? ¡Acaba de derramar todas mis lágrimas!

Un París simulado

Refiere una revista francesa que desde que los aviones germanos comenzaron a arrojar bombas sobre la capital de Francia, circuló el rumor de que el ministerio de guerra había descubierto el medio de proteger a la ciudad de los efectos de los proyectiles; pero nunca se divulgaron los procedimientos empleados por el gobierno con ese fin.

Ahora la revista en cuestión publica detalles minuciosos del recurso a que apelaron los gobernantes franceses para librar a París de la destrucción.

El sistema lo constituyó la construcción, digámoslo así, de un nuevo París en el norte del bosque de San Germán, cerca de Maisons-Laffite, a unos 34 kilómetros próximamente al noroeste del verdadero París.

Al efecto se verificaron obras de canalización del Sena, siguiendo un curso idéntico al que el río tiene en la capital.

Se alzó un nuevo Arco de Triunfo de yeso y cascote y se tendieron las doce avenidas con casas de lienzo pintado.

Igualmente se levantaron las estaciones ferroviarias del Norte, del Este, de San Lázaro, de Orsay, de Austerlitz y de Lyon, cuyos techos eran de brillante papel, y simulóse en ellas el movimiento de trenes por líneas provisionales.

En la formación de esta ciudad teatral fueron empleados miles de obreros y pintores escenógrafos, que trabajaron noche y día y costó al estado una cantidad muy crecida.

PUCHITOS

Recientes experiencias llevadas a cabo en diferentes sitios han demostrado que el 40 por 100 de las semillas empleadas por los labradores y jardineros no germinan y que por consiguientes las cosechas no son lo productivas que debieran ser.

Los hombres más expertos no pueden distinguir a simple vista una semilla buena de una mala; pero la ciencia ha venido en ayuda del agricultor y ha visto que cada semilla, como los hombres y los animales, tiene su temperatura normal. Para tomar ésta se colocan las semillas en agua destilada en un termo. Al cabo de cuarenta y ocho horas se toma la temperatura del agua y ésta varía según la clase de semilla que se quiere examinar.

Si las semillas están enfermas, tienen bacterias o gorgojos, la temperatura que da el agua será mayor que la normal, y si es vieja o muerta para la germinación la temperatura será más baja que la normal.

Con esta prueba se evita, además, si tienen conciencia los harineros, el moler trigo con bacterias, hongos e insectos.

Los nuevos volúmenes anuales del Registro de Lloyd y las estadísticas trimestrales de las construcciones navales, no dan datos muy interesantes sobre la posición actual de la Marina mercante del mundo.

Las estadísticas de las construcciones navales muestran que actualmente se construyen en el mundo 7.721.000 de tonelaje bruto, el cual será lanzado al agua, casi con seguridad, antes de un año. Los libros del Registro de Lloyd muestran que el tonelaje bruto a flote asciende a 53.905.000 toneladas, o sea un aumento de 8.501.000 sobre las cifras de hace seis años. Parece claro que dentro de un año tendremos 16.222.000 toneladas más que antes de la guerra.

El aumento actual del tonelaje a flote se debe principalmente al desarrollo notable de la marina mercante de los Estados Unidos, cuyos vapores de alta mar han aumentado en no menos de 10.379.000 toneladas: de 2.027.000 en 1914 a 12.406.000 en la actualidad. La marina mercante de la Gran Bretaña asciende a 18.111.000 toneladas, o sea 781.000 menos que antes de la guerra. La Marina del Japón ha aumentado su tonelaje en 1.288.000; la de Francia, en 1.041.000, y la de Italia, en 688.000 toneladas. La marina mercante más pequeña que aparece en la tabla del Registro de Lloyd es la de Alemania, que asciende a sólo 419.000 toneladas, lo cual representa una disminución de cuatro millones setecientos diez y seis mil sobre las cifras de 1914.

El daltonismo predomina más entre los músicos que entre ninguna otra profesión.

La sacarina, tan frecuentemente usada para sustituir al azúcar, es una substancia muy nociva para el organismo. En muchos países, su venta sin un permiso especial está severamente prohibida.

Bien poco conocemos aún el país berebere de la época romana, y, sin embargo, el Norte de Africa, el Africa mediterránea, guarda restos curiosos e interesantes de la civilización de Roma. Mucho de que a la mayoría les parece generalmente musulmán, es berebere romanizado.

Las costumbres, los usos, el modo de construcción, siguen siendo poco más o menos como en los tiempos de San Agustín. Si nos fijamos en las ruinas de las antiguas termas romanas, veremos en ellas los modelos de los baños moros de la actualidad; observemos este mosaico, recientemente descubierto, que servía de pavimento al ''triclinium'' o al atrio de un dunnviro o de un flanime de Hipona, y allí encontraremos las pulseras, collares y abanicos de nuestros moros, las chichías, las dalmáticas, los actuales Mzabitas y biskris.

La influencia árabe y turca ha contaminado, a no dudarlo, hasta cierto punto la antigua herencia de la civilización romana de Africa; pero el fondo subsiste aún y pronto lo reconoce así el atento observador.

El Africa mediterránea, país sin unidad étnica, región de paso y de constante emigración, está destinado por su posición geográfica a sentir la influencia del Occidente latino, y fué preciso el oscurecimiento momentáneo de Roma para que el Oriente bizantino, árabe o turco, implantase su dominio. En cuanto el Oriente se debilitó, el Africa del Norte volvió a quedar sumida en su apatía y anarquía congénitas o vuelve a sentir la influencia latina. A Roma y al influjo latino les debe sus siglos de prosperidad.

Se ha dicho que el que inventase la manera de evitar que se formasen rodilleras en los pantalones, haría una fortuna. Todos los pantalones más tarde o más temprano sufren esta deformación por mucho que se les prense, planche o estire; todo se estrella contra las rodilleras, y sin embargo, tienen un remedio sencillísimo, que aquí diremos, desdeñando las fabulosas riquezas que nos esperan en bien del público en general.

Para evitar esas bolsas que tanto afean a los ya de por sí feos pantalones largos, basta coser en la parte interior un pedazo de seda desde bien arriba de la rodilla hasta unos tres centímetros por debajo de ella, la pieza ha de ir bien cosida para que se conserve firmemente en su lugar.

El remedio es sencillísimo y nada se pierde con probarlo.

JUGANDO AL ''GOLF''



Matusalén (al jugador profesional que quiere corregirle).—¡Déjese de embromar, amigo! Hace novecientos ochenta y tres años que juego así, y no voy a cambiar ahora.

Antes de guardar la hoja de una máquina de afeitar, conviene pasársela por el pelo varias veces. La grasa natural del pelo, aun adhiriéndose en pequeña cantidad, impide que el acero se oxide.

En algunos escaparates de Nueva York se ve un ingenioso mecanismo, una especie de tren circular que se mueve delante del curioso, pasando ante su vista diferentes artículos de venta y una serie de lámparas de colores que iluminan el escaparate.

Un pequeño motor eléctrico central pone en movimiento una especie de correa sin fin metálica, en la que van colocados los objetos y las lámparas.

Naturalmente, estos objetos son más caros, pues hay que sacarles, además del doscientos por ciento, que es la módica ganancia con que se contenta el comerciante, con otro tanto para amortizar el precio del aparato, para el consumo de electricidad y para que el parroquiano pague la novedad.

Aunque en Nueva York se ven cosas muy raras, hace poco la gente se detenía curiosa y comentaba el paso de un par de jinetes: un ''cowboy'' y una ''cowgirl'' del lejano Oeste. Cabalgaban en jacos píos. El vaquero con amplios pantalones de cuero, camisa roja y amplio sombrero, seguía a la linda vaquera, tan fermosa como la de la Finojosa, ataviada con pintoresco traje.

Recorrieron buena parte de la gran ciudad y llegaron a un hotel afamado por su lujo: uno de los mejores del mundo, dieron sus nombres, ajustaron habitaciones, y la muchacha, decidida, atravesó el elegante vestíbulo montada en su caballo ''pinto'', se metió en el gran ascensor y se hizo subir con su cabalgadura a la elevadísima azotea, desde donde saludó al pueblo de Nueva York y anunció, no para que la oyesen los que desde la calle admiraban a la decidida vaquera, sino los curiosos que a su alrededor se habían agrupado, que traía cartas de invitación del gobernador del Wyoming, dirigidas a las personalidades más prominentes de los Estados orientales para que asistiesen a las fiestas de Cheyenne, que anualmente celebran los ''cow-boys'' y ''cowgirls'' en las que demuestran sus habilidades de équites, en carreras, concursos, saltos y fantasías hípicos. La pareja ha hecho el largo viaje a caballo, y bien vale la pena de que los invitados al festival acudan a presenciar las proezas de los vaqueros occidentales aunque no sea sino como premio a las fatigas de los decididos y pintorescos mensajeros.

Si las armas tienen poca aplicación cuando reina la paz, no sucede lo mismo con los demás útiles empleados en la guerra. Desde el periscopio al aeroplano, todo tiene un aprovechamiento pacífico. La gigantesca máquina perforadora inventada y construida en Alemania para la construcción de trincheras, no llegó a utilizarse con este objeto por haberse terminado pocos días antes del armisticio, pero ahora está prestando grandes servicios en los trabajos de ampliación del metropolitano de Berlín, en los que ahorra tiempo y mano de obra, haciendo además una labor más perfecta.

El precio que van alcanzando las substancias, y que lo han alcanzado ya, se hace tan fabuloso que no es extraño llegue el día en que tengamos que comer plomo y hasta piedras, pero ahora no se trata de nosotros sino de unos insectos que encuentran en el plomo un manjar delicioso.

En varios sitios se ha visto que de grandes cantidades de alambre recubierto de plomo había sido comida la envoltura por una especie de escarabajo, causando grandes destrozos.

En las cajas de plomo en las que se importa te del Oriente se han encontrado varios ejemplares de estos insectos que si bien el te de China y de India les tenía sin cuidado, se habían dado suculentos banquetes con las paredes de plomo de las cajas abriendo en ellas grandes boquetes.

Aunque uno no tenga profundos conocimientos en el oficio de sastre, puede, con un ligero examen y sin probarse las prendas, decir si el traje que le presentan está hecho como es debido o es una prenda de pacotilla.

Los trajes buenos están siempre cosidos a mano y con seda.

En la chaqueta, lo primero en que hay que fijarse es en la costura que une la manga al cuerpo de la americana. Esta línea ha de ser una curva perfecta, sin entradas y salidas, de pespunte muy uniforme; si no reúne estas condiciones, la prenda es seguramente mala.

El cuello es una importante parte de la chaqueta, que hay que examinar con cuidado, así como las solapas y los ojales. La apariencia general de un traje nuevo es siempre buena; pero el examen de los detalles que acabamos de indicar delatan al traje hecho a la ligera y dan fe de los que tienen una hechura hecha a conciencia.

LA BALSA MISTERIOSA

por Rosa BAZÁN de CÁMARA

El crepúsculo llenaba el bosque en una tarde de octubre. Alegremente paseábamos, y junto a un añoso tronco nos sentamos sobre un monton de nojas secas. ¡Ni un alma viviente! A nuestros pies dormía el lago y el viento se quejaba en el silencio de los árboles. Algunas hojas amarillas corrían asustadas, por el césped.

Había agitación en el fondo de nuestras almas, velada por una aparente tranquilidad del rostro. La conversación se exaltaba a veces, y luego, como el viento, espiraba apenas en los labios; las sombras iban también suavizando el alma y enmudecimos con el silencio de la hora...

—¿Crees tú — díjome de pronto mi compañero — que todos llevamos en el alma reminiscencias de otras vidas, y que sin saber por qué se despiertan como un chispazo en la mente de improviso?

—¡Oh! sí — respondí — ¡cuántas veces al sentir una melodía, al aspirar un perfume o contemplar un paisaje, se estremece el ser, con vago recuerdo de cosas idénticas vistas o sentidas a través de pesado sueño, allá en una remota lejanía, como el niño que al despertar se encuentra en un punto diferente!

—Creo — exclamó de nuevo — que vivimos rodeados de fuerzas desconocidas que nos envuelven y parecemos ciegos marchando en una caverna, en la que, a fuerza de la costumbre, distinguimos algo de lo que nos rodea; pero si de pronto se abrieran los ojos, ¡qué de cosas veríamos! Mira, en muchos seres he notado que llevan en los ojos como reflejos de cosas vistas y jamás expresadas. Tú, por ejemplo, tienes las pupilas siempre fijas allá en otro horizonte; hay un asombro en ellas nunca resuelto, como si quisieran decir cosas, y callan, cosas misteriosas, que no comprenden bien; como esas palabras que no se definen y que, si la naturaleza no hubiera dado ideas semejantes, serían confusas.

Calló pensativo, y como ya la noche decolorase las cosas y la luna encantaba la imaginación, empecé a contarle algo que vi o soñé, que se estampó en los ojos, esta incurable tristeza.

Era en árida y silenciosa ribera donde, en sueños, me hallaba sentada a la orilla del mar.

De vez en cuando bandadas de pájaros nocturnos desplegaban sus alas y cantaba melancólico el alción. De pronto la luna llena, rasgando un nubarrón, dejó caer un reguero de luz sobre el mar; el horizonte apenas se dibujaba huyendo con la luz; y el espanto y la tristeza navegaban en la sombra hacia algún fatal escollo. Del fondo luminoso vi venir hacia mí una gran balsa, hecha de fuertes maderos, con piso de tablas, tan sólida y tan ancha que podía contener cien hombres de pie. Se desliza ligera apenas rizando las olas; su barquero conducíala impasible. A medida que se aproximaba, una sensación de susto escalofriaba mi cuerpo.

Lenta, serena, atracó a la orilla. El barquero parecía una momia. Envuelto en una túnica blanca, flotaban algunas puntas al aire; su rostro tenía la palidez de las hojas de los álamos cuando el viento del otoño las lleva a tierra; su nariz afilada y sus labios finos tendían a caer; sus párpados, rígidos y abiertos, mostraban en el fondo de sus pupilas ese velo blanquecino de los cadáveres; su melena, cana, caía sobre los hombros, lacia, y sólo por la energía con que movía sus remos se sabía que no estaba muerto. Lanzó un gemido, que se prolongó como el eco de una campana en aquellas desoladas orillas; luego calló como esperando, y, dirigiéndose a mí, me habló con voz velada por triste frialdad.

—¿Y qué, no te apresuras a embarcarte? Ven pronto, que llegan las almas y no te dejarán sitio.

—¡Tengo miedo! — grité — ¡piedad! — Pero una fuerza extraña me impelía hacia la balsa.

Dulcificando un poco la voz, me respondió el barquero:

—No temas, una voluntad oculta te permite encontrarte en esta frontera, donde no llegan sino las almas cuyos cuerpos descansan en la tierra; tu alma está aún protegida por los huesos, pero, si así lo quiere tu sino: sea!

Me encontraba ya cerca de la balsa, temblando de miedo, cuando vi, ¡oh asombro!, llenarse las arenas de la playa de sombras movibles, como las que proyectan los cuerpos sobre los caminos en las noches de luna: que se alargan; se afinan, se achican, según el movimiento; ¡y eran tantas como bandadas de aves! Apiñadas en la orilla, pasaban a la balsa, que apenas temblaba sobre las olas. Un ronquido sordo se percibía, como el del viento entre los pinares. — ¡Dios mío, qué es esto! — me dije.

—Ven pronto, que echamos a andar, yo te explicaré todo esto, pobre criatura; tus ojos verán cosas que ningún hombre vió.

Aquietado mi afán, se ahuyentó rápido el miedo de mi corazón. Salté a la balsa; y ésta se hundió de golpe, tanto, que las olas castigaron sus costados y empezó a andar serenamente.

Me quedé inmóvil, como quien duda del camino a seguir. Las sombras, así que advirtieron el calor de mi cuerpo, se agolparon junto a mí, y sentí un hálito helado como si alas rozaran mi rostro, y dedos, yertos, tocaran mi cuerpo; creí morir. Un frío glacial recorría mis huesos, al par que, en el aire, estremecíanse aletazos de murciélagos, y prolongados suspiros agitaban el silencio.

—No desfallezcas, que voy a explicártelo. Estas sombras que ves, son las almas de los que en el mundo murieron de amor; siendo engañados: el infortunio les robó la vida y por haber amado demasiado, fueron destinadas a la isla del Desencanto; y a ella van conducidas por mí, triste barquero, que me llamo Olvido.

Ya ves cómo es correspondido, en esa tierra de donde vienes, el corazón que a fuerza de amar se destruye a sí mismo. Nunca, allí, es compensado un amor verdadero y extremado. Los hombres, ya que "distan tanto de la nada de donde salieron como del infinito donde se sumergen", sólo quieren lo mediano, lo común, lo limitado.

—Entonces — le dije, incrédula — todos los amores grandes, ¿son desgraciados?

—Ya lo ves, criatura. Estos fueron amantes, lo sacrificaron todo a su amor: fortuna, nombre, honor; sin embargo, recibieron por premio ingratitudes, y el olvido los conduce, para siempre, a los "campos llorosos" del desencanto.

Su voz repercutió como una queja en aquella inmensidad, donde no se veía: sino agua, fulgor de brisa y silencio.

Cuando la luna se iba recostando hacia el mar, llegamos a la isla desierta. Atracó la balsa, y las sombras se deslizaron, como arrastradas por el viento, hacia la orilla de donde partían secretos caminos, circundando bosques de cipreses; de los cuales se elevaban, asombrando a la soledad, picos de montañas con grandes bocas circulares como cráteres abiertos, donde la luna enseñaría al ojo cavidades horribles.

Cuando desembarcamos todos, me estremecí hasta la raíz de los cabellos por el frío que calaba; era un frío húmedo, de muertos. Remolineaban las almas, junto a mí, con zumbido de alas como si dieran vuelta en círculo muchos pájaros. El barquero, sonriendo tristemente, me dijo:

—Ya estás en la isla del Desencanto donde dormirán su pena estas almas tristes, hasta que las otras por quienes ellas sufren, vengan con idéntico mal a rescatarlas del dolor. En la vida todo se compensa, el mal con el bien, el dolor con el placer. Pero, ¿cuándo será esto? No lo saben estas pobres desventuradas; y esto aumenta su dolor. Años tras años, tal vez, purificarán su infortunado amor; el desencanto les servirá de patria, mientras yo echaré sobre ellas un manto de bruma. ¿Quieres quedarte con ellos? Serás la única viva, dominarás a los muertos y, sentándote en un "iceberg", te contarán en lenguaje nunca oído sus cuitas y dolores y te cantarán como aquel infortunado del que decía, Dante: "Amor que dentro de mi mente habla". Y, ¿qué más quieres? Te evitarás de volver allá donde te esperan lágrimas, desgarramientos e incurables dolores; ¿quieres?

Algo sentí en el fondo del alma; dudé, como el que no sabe qué resolución tomar. Temblé ante la idea de las amarguras de la vida, e iba a contestar que sí... pero de pronto un aire crispó mis mejillas y sentí otra vez como si dedos helados me tocaran la piel. De un salto subí a la balsa, que se tambaleó al peso, y comenzó a alejarse, como cansada; mientras las sombras suspirando se internaban en las selvas, penetrando para siempre en esas soledades de horror y de profunda noche. Y como las palomas que en bandadas huyen hacia el sol, así el Olvido y yo huíamos de aquel lugar siniestro, hacia la orilla, de la vida... llevando, conmigo, la incurable tristeza, de saber que algún día volveré cargada de pesares y conducida por el Olvido a la silente mansión del Desencanto... Callé; las manos de mi compañero, estaban frías; sus ojos, guardaban un enigma impenetrable; la noche caía. En el silencio, echamos a andar por la desierta avenida; las luciérnagas, brillaban aquí y allí, en los setos floridos; y las almas nuestras guardaban una emoción profunda!

Por qué emplean oro los dentistas para empastar la dentura

A muchas personas les sorprende que los dentistas usen oro para empastar los dientes, y la generalidad supone que lo hacen con el exclusivo objeto de que la cuenta suba. Hay, sin embargo, una razón poderosa para ello. Sabido es que la plata resiste a los ácidos que se encuentran en la boca casi tan bien como el oro, más parece ser que éste es el único metal que puede soldarse en frío, ventaja que no ofrece la plata ni ningún otro metal.

Las propiedades adherentes del oro limpio y pulido son sorprendentes, como puede comprobarse fácilmente dejando caer una hoja o pan de oro sobre otro, en cuyo caso se verá que quedan de tal suerte unidos, que es imposible separarlos.

Semejante propiedad hace que sea de gran valor para el trabajo de los dentistas, sin que ello implique en modo alguno deseo de lucro.

Joven infeliz

Pedro está muy triste.

—¿Qué te pasa? — le pregunta un amigo.

—¡Soy muy desgraciado!

—¿Sí? ¿Por qué?

—Quiero a una mujer y soy amado.

—¿Y esto es ser desgraciado?

—¡Es que no es la misma!

"SE HA PERDIDO"...

por René BIZET

No conozco suerte más lamentable que la del joven bien educado, bien vestido y sin un céntimo en el bolsillo. Nadie le compadece; nadie se ve más sólo en el mundo. Por lo menos esto era lo que yo pensaba el día en que, después de haber derrochado todo mi patrimonio, me encontré, un domingo, en ese delicioso país de Chennevières lleno de hotelitos y pintorescas casitas que se miran en el río.

No poseía ni el dinero necesario para regresar a París. Hacía calor. Yo no cesaba de admirar el paisaje. Pero cuando empezó a decaer mi entusiasmo, caí en la cuenta de que no había más remedio que emprender la caminata por la carretera. Y empecé a andar despacito mirando al cielo y postrado por el infortunio y la sed.

Cuando más ensimismado iba con mis tristes pensamientos se fijaron mis ojos en un cartelito verde colgado en las tapias de un hotel. Al pronto sólo leí estas tres palabras: "Se ha perdido". Me acerqué y leí el resto:

"...un broche de diamantes el viernes último, en el camino de París, entre el Robledal y el sendero de las barcas. Se dará una importante gratificación a quien lo entregue a madame Poirier, avenida de Bugeaud, 235."

Seguí mi camino.

Siempre he creído en la buena y en la mala suerte de las personas; pero sin gran firmeza. Solemos tropezar a lo mejor con personas y con cosas cuando menos lo pensamos; pero es muy raro encontrar precisamente el broche de diamantes que reclama una mujer atolondrada por medio de un anuncio. No tuve, pues, la peregrina idea de ir mirando al suelo: caminaba naturalmente, como cuando se va junto a un río, fijándose en las barcas que pasan, en el movimiento de los remos, en los reflejos del cielo sobre las aguas.

De pronto resbalé. Estaba húmedo el santo suelo, y caí cuan largo soy. Al hacer un esfuerzo para levantarme; apoyando las manos en el suelo, sentí en la derecha el contacto de algo frío y redondo y como un pequeño alfileretazo. Cerré el puño. ¡Era el broche de madame Poirier!

Los diamantes eran gruesos y limpísimos; el oro estaba cubierto de polvo; pero no cabía duda: me hallaba en posesión de una pequeña fortuna, y esta vez el azar favorecía a un pobre muchacho, que no contaba para nada con su ayuda.

Y lo bendije. Procuré conservar mi sangre fría, no dejarme llevar de la primera impresión. No construía castillos en el aire: cuando más una modesta casita junto al río, en la cual me veía ya instalado gracias a la generosidad de la dama a quien iba a devolver el broche. Yo me imaginaba ya su alegría y sólo la evocación de mis futuros placeres y de su satisfacción bastó para hacerme corto el trayecto que de otro modo el implacable sol hubiese convertido en un calvario.

¡París! Yo llevaba tal vez veinte mil francos en el bolsillo; pero me fué preciso atravesar toda la capital a pie, sin mirar las panaderías y huyendo de los cafés. Tomé el paso gimnástico, hasta que la debilidad me obligó a caminar a paso normal. Y así llegué al número 235 de la Avenida Bugeaud.

La portera estaba a la puerta respirando las primeras brisas del crepúsculo.

—¿Madame Poirier?

Me miró con alguna desconfianza; pero al ver mi buen aspecto, me dijo:

—Tercero izquierda.

Me latía con fuerza el corazón. Llegué frente a la puerta, sin saber, en realidad lo que pasaba por mí. Llamé.

Fué a abrirme una criada, que hizo mil aspavientos para impedirme el paso. La señora no está... Yo no sé si... Tengo orden de...

No le hice caso, le di un empujón, penetré en la casa y con ese valor impetuoso que a veces tienen los tímidos entré en su gabinete y antes de haber visto si hubiese alguien exclamé:

—¡Señora, aquí está el broche de diamantes!

Dicho lo cual, me quedé tan satisfecho persuadido de que la recompensa ofrecida iba a llegar a mis manos inmediatamente.

Tenía ante mí a una mujer rubia que se echó a temblar y a un caballero corpulento que arrugó el ceño a mi aparición y que preguntó:

—¿De qué se trata?... ¿Qué quiere decir esto?... Georgette te suplico...

Georgette estaba muy pálida y contestó turbada:

—No sé... Julio... ignoro...

Otro más dueño de sí que yo en aquellos momentos hubiese comprendido que acababa de provocar un drama. Pero yo era incapaz de tanta sutileza de ingenio. Y conté de pe a pa toda mi aventura: Chennevières, el anuncio, el hallazgo.

La joven se había puesto en pie, se acercó a mí, me tocó disimuladamente con el codo, tosió, me guiñó el ojo. Todos sus esfuerzos fueron inútiles. Yo seguí inconsciente, implacable.

El coloso, empezó a gritar:

—¿Cómo? El viernes... tú has perdido un broche en Chennevières. ¡Pero si el viernes me dijiste que habías ido a casa de tu madre!... ¡Un broche de diamantes!... Yo no sabía que tuvieses esa joya. ¿Quién te la ha dado?

Y levantaba los puños cerrados por encima de la cabeza. El presentimiento de un peligro me hizo callar.

Además, Georgette, que había vuelto a adquirir su sangre fría, me hubiese impedido continuar.

—No comprendo lo que quiere decir ese muñeco,... esto es un chantage... ¿Con qué derecho viene usted a perturbar un hogar tranquilo? ¿Un broche?, y de diamantes... a poco más este atrevido me hubiese hecho pasar por una... ¡No faltaba más!

—Entonces— imploró el marido.— ¿no es tuyo?

—¡Qué ha de ser!... En cuanto a usted, caballerete...

Me cogió por una manga me hizo dar media vuelta y me llevó a la puerta, casi cogido, sin dejar de repetir: ¡Es vergonzoso! ¡Es vergonzoso! ¡Es vergonzoso!, de modo que se la oyese.

Llegué al plano de la escalera, completamente atolondrado por lo extraño de la aventura, y madame Poirier, que no me había soltado, murmuró en voz muy baja, pero en imperioso tono:

—¡Deme usted el broche,... pronto!

—Usted dispense:... pero...

—¡Vamos, concluya de una vez!

Yo no sabía lo que pasaba por mí. Si me hubiesen pedido en aquel momento la vida, la hubiese dado de todo corazón. Saqué la joya del bolsillo y se la di.

—Y "otra vez"—añadió ella,— procure usted obrar con más cautela.

Y me dió con la puerta en las narices.

LA PLEGARIA DE POROTA



—¡Oh, Dios mío, haz que mi hermano no sea tan travieso... por lo menos cuando se me acerca.

Todo el mundo habrá notado el efecto que el tiempo causa en sus personas. Hay días en que nos levantamos alegres, dispuestos a cantar y reír sin cesar, y en cambio, otros, sin saber por qué, estamos tristes y abatidos.

Antes de las tormentas nos sentimos incómodos, abrumados, y después de haber descargado nos sentimos llenos de vigor. Esto es debido al ozono que impregna el aire que respiramos y le da ese olor particular que respiramos con gusto.

Hablando en general, el tiempo nos afecta de diferente forma según la presión atmosférica, que impresiona nuestro sistema nervioso, así como el respiratorio y el circulatorio. El efecto de la presión atmosférica en la terminación de los nervios se hace sentir, conducido por éstos en todo el cuerpo, y nuestro humor se modifica según este agente.

Algunas personas apenas son sensibles a estos cambios, porque sus nervios no son tan sensibles y no notan las diferencias de presión.

Las autoridades del puerto de Londres gastan 12.500 chelines al año en cordilla y otros despojos para alimentar los gatos que sostiene para la extinción de ratas y ratones. Esta corporación es la propietaria que más gatos tiene en el mundo.

En los mercados de Terranova se vende carne de ballena en la forma de salchichas, lengua, carnes en conserva y extractos de carne. Parece ser que en aspecto y sabor se parece mucho a la de vaca.

Sección vermouth

BROWNINGS

En la tienda de un armero entra un cliente. Por su aspecto da la impresión de un joven peligroso. El armero lo atiende sin embargo con amabilidad.

—¿Qué es lo que desea usted, señor?

—Necesito una browning.

—Vea si le conviene ésta,—dice el armero ofreciéndole una.

—No,—responde el joven después de examinarla. Quisiera un arma segura. Deseo que no falle nunca, cada uno de sus disparos ha de ser mortal.

—Sé lo que le hace falta. Aquí lo tiene.

—Muy bien. Ahora necesitaría unos cartuchos excelentes.

—Aquí tiene una caja de los mejores.

El joven abre la caja, carga el arma y luego la dirige hacia el armero:

—¡Deme todo lo que tiene en la caja o le mato a usted!

—Déjese de embromar, amigo,—responde el armero sin dar señales de pánico.

—Si no afloja la plata disparo.

—Como usted quiera.

El joven dispara. El tiro no sale.

—Como se puede imaginar no es la primera vez que me sucede algo por el estilo,—dice el armero,—y como el hecho de haberse servido de un arma,—añade, después de agarrar él a su vez un revólver del cajón del mostrador,—y de haber abierto una caja de cartuchos constituye una toma de posesión le agradeceré que me pague inmediatamente los ciento veinte pesos que vale. Precio fijo, sin descuento.

UN IMPOSIBLE

Los empleados de una repartición nacional se han reunido para discutir asuntos de defensa profesional.

Uno de los oradores revolucionarios toma la palabra:

—Si el gobierno prohibe que nos asociemos, para defender nuestros intereses, desde mañana trabajaremos dos veces menos.

—¡Pero eso es imposible! — interrumpe un compañero.

LA GLORIA

Merenguitis es poeta. Cuando asiste a una reunión social (?) no deja de leer alguna de sus composiciones.

Merenguitis ha sido invitado por doña Procopia. Como de costumbre en cuanto se le presenta la ocasión larga el rollo. Cuando el poeta ha terminado la lectura todo son aplausos. Merenguitis se siente orgulloso.

Un caballero se le aproxima.

—Le felicito a usted.—le dice—Pero es lástima que su genio permanezca ignorado del gran público.

—¡Qué quiere usted!—murmura con satisfecha humildad, el poeta.

—Si usted me lo permite yo me encargo de popularizarlo a usted. Y además, como quiero ayudarlo y por lo que veo deduzco que anda mal de fondos, le regalaré veinticinco pesos.

—¡Pero, señor, usted es mi padre.

—Bueno pues si acepta, fírmeme esta autorización, deme su retrato y algunos datos biográficos. Yo se lo haré publicar en una revista.

—Usted es mi padre... y mi abuelo,—exclama el poeta encantado, firmando lo que le piden.

Merenguitis espera con ansia la aparición de la revista. Compra un número. El retrato no está en la primera página, ni en la segunda, ni en la tercera... Pero lo descubre entre las páginas de avisos y lee:

"Quantum mutatus ab illo"... Dos frascos del Regenerador Universal han realizado la metamorfosis. El señor Merenguitis era un verdadero imbécil. Era imposible hallar un hombre más bobo, y con menor voluntad, pero tomó dos frascos del Regenerador Universal y adquirió voluntad e inteligencia. Ahora es capaz de escribir versos bastante pasables que lee en las reuniones sociales. Cuando haya tomado el tercer frasco del Regenerador Universal los escribirá geniales. (El Regenerador Genial vale tres pesos el frasco y se vende en la farmacia del doctor Engañasonsos, calle de los Desesperados, 17).

Merenguitis se indigna. Y dirige una carta a su pseudo protector:

"Muy señor mío: Enojadísimo. No conozco el Regenerador Universal, ni deseo conocerlo".

Merenguitis recibe la siguiente respuesta:

"Ni yo tampoco. Pero me pagan quinientos pesos por cada imbécil que me autoriza a publicar su retrato, y los negocios son los negocios. Si usted quiere, puedo ofrecerle otros veinticinco pesos, pues confecciono también avisos para el Enemigo de la Calvicie. Le saludo atte."

LOS MALOS MOMENTOS DE LA VIDA





Cuando después de salir del teatro, "ella" descubre que se ha dejado la cartera en el asiento.

LA RESPUESTA DEL MARINO

El buque navega cerca de la costa. La señora de Pavura se aproxima al capitán y le pregunta:

—¡Dígame usted, capitán, ¿se ha perdido alguien alguna vez en esta travesía?

—Nunca, señora,—responde el capitán.—Hace cuatro años naufragó un buque por estos alrededores y se ahogaron veinte pasajeros. Pero no se perdió nadie, porque se encontraron después todos los cadáveres en la costa.

UNA PESCA EXTRAORDINARIA

Gumersindo es muy aficionado a la pesca. Aprovecha los días festivos para trasladarse a los pueblos de los alrededores de la ciudad, que están a la orilla del río. Pero Gumersindo tiene muy poca suerte. Casi nunca pesca nada. Y cuando pesca algo, como no sabe nada de los peces, y no diferencia un bagre de un pejerrey, el pobre no sabe lo que se pesca.

El lunes Gumersindo encuentra un amigo en la Avenida de Mayo.

—¿Qué tal te fué ayer? ¿Pescaste algo?

—Sí. Pesqué una ballena.

—¿Cómo? ¿Una ballena? ¿En el río de la Plata?

—Sí. Una ballena... de corsé.

UN HOMBRE

En la calle Florida un desconocido detiene a González.

—Hola. ¿Cómo le va?—le dice.

González hace un gesto de extrañeza.

—¡Ah! ¿Pero usted no me recuerda?—pregunta el desconocido.

—No,—responde González.—No acabo de recordarlo bien. Tengo el nombre de usted en la punta de la lengua, pero no acabo de hacer memoria.

—Soy José de Carabelo, de Santa María la Hermosa, Conde de la Casa Nevada y Marqués de los tres cerros del valle de Arán.

—¡Caramba! ¡Ya me parecía que tenía la lengua algo pesada!

LA RECOMENDACION

Pancracio es un atorrante. Pancracio vive de las limosnas. Para arrancárselas a sus conciudadanos, demasiado amarretes, según él, recurre a cuantos medios le inspira su ingenio.

Uno de los que suele emplear más a menudo es redactarse una carta de recomendación, firmándola con el nombre de algún personaje célebre. En muchos casos le da excelente resultado.

Pancracio se presenta a casa de un italiano a pedir que le auxilien, pero el patrón no quiere recibirle. Pancracio decide presentarse el día siguiente con una carta recomendación, y se escribe la siguiente:

Señor Pedro Belhuomo.

Mi distinguido amigo: Le recomiendo que ayude al portador de la presente, señor Pancracio Rodríguez. Es un excelente muchacho, que pasa un mal momento. Fuimos compañeros de colegio y le agradeceré lo que haga por él. Soy de usted afectuoso amigo y servidor.

Y Pancracio firma: Garibaldi.

EXODO VERANIEGO

por Ignacio **ALLENDE**

A Miguel Angel Cárcano.

No hemos dormido tranquilos la noche anterior los niños. Era un constante ensueño de viaje. Hemos oído el canto del gallo y el alba nos llama hacia el aire libre de los patios. Queremos que los padres se levanten, que la casa toda se ponga en movimiento. Deben llegar por momentos el carretón o castillo a sangre, de doble yunta de bueyes, y el coche o amplia galera que arrastran tres caballos precedidos de un cuartero.

Ya los pobres y derrengados trebejos, los baúles, petacas y otros bultos están listos para ser cargados; falta sólo hacer los líos de cama y tomar el desayuno.

Se abrevia el tiempo y se atenúa la impaciencia, dedicando un rato a la huerta, donde, si se agotó el durazno tempranizo, quedan cargados el agrión, el breva verde y el aurimelo de mi madre, como se desgajan los granados al peso de sus abiertas bayas de oro, dentadas de rubíes, como vencen los racimos el encantrado de las parras y reverdecen las higueras, o los naranjos, cubiertos de azahares, parecen blancos y embalsaman el aire las campanillas de oro pálido del retamo.

De ahí extraemos variada fruta que habrá de servirnos en el almuerzo a campo, "bajo un árbol", dice un chico; otro quiere bajo el corredor de una casita blanqueada, y otro contra el camino, bajo el alero de un rancho.

Volviendo de la huerta nos despedimos del carnero. La vaca, el caballo de silla de nuestro padre y el petizo han sido recientemente enviados.

Sólo el carnero, hermoso animal, también de silla, despojado de su largo y blanquísimo vellón, queda en la ciudad al cuidado de los caseros.

Antes de las seis han llegado ambos vehículos. El carretón fué cargado en un santiamén y estamos listos. De los chicos, los varones, llevamos cada uno un atadijo donde van las hondas y las flechas, los juguetes de preferencia y el consabido rebenquito.

Todo es puesto en el coche y en tanto da nuestro padre las últimas órdenes en la casa, nuestra madre, con alguno de nosotros, vuela hacia la iglesia próxima, San Francisco, donde queda en oración durante pocos minutos. De vuelta, entramos por casa de la tía Dolores a la de los abuelos, que enfrenta a la nuestra.

Ya despedidos, subimos al coche, donde nos apiñamos entre nuestros padres y alguna persona de servidumbre, diez hijos y las canastas y los atadijos.

El carretón o castillo ha partido hace rato, llevando también los demás del servicio, "ña" Marquesa, la Ramona, la Clara y Miguel, un mestizo.

Es el despertar de la ciudad; partimos del centro, del fondo mismo de la taza donde aquella se levanta. Tomamos en la primera esquina la calle del Pilar hasta donde, contra esta iglesia, otra lleva hacia el río, que pasamos dando el coche brincos y nosotros tumbos y gritos, que cesaban tan sólo arriba de la pequeña barranca, sobre la calle marginal del pueblo General Paz. Recorríamos ésta, costeando río arriba en ascenso casi brusco hasta una barranca en arco de círculo, al norte preciso de la ciudad, sobre cuya meseta próxima, cerca del borde, corría separándose el camino. La vista dominaba el pueblo en hermoso panorama o iba perdiéndose en el fondo del valle que un sol naciente, de fuego, doraba; las altas torres, una a una: de la Merced, su bóveda azul: de la Catedral, su elegante perfil de patinado morisco; de las Teresas y Catalinas, los hermosos tejados de sus patios y huertos; de San Francisco, la obscura silueta, hasta quedar tan sólo visible las barrancas y aluviones del alto opuesto, donde, a la izquierda, pusiera el observatorio su torre y tambores, entre los cerros cercanos y el valle de la ciudad, que ahí el Calicanto protege contra las iras traidoras de la Cañada, que se arrastra a los pies del Abrojal.

Antes de doblar la carretera hacia el norte, en la última visión de suburbio: los tejados de la antigua casa de campo del deán Funes, las ruinas de la vieja mansión veraniega de Rodríguez, una de las víctimas en la tragedia del "Clamor", y las agujas de la iglesia en el lugar de reposo de los muertos.

Después, nítida, la cadena de la Sierra Chica, donde se destacan cimas como el Pan de Azúcar, en las que se matizan, mezclándose, un pálido celeste y el oro del sol sobre un verde tenue; y atrás, más lejos, como marco de sombra, un gris obscuro, bajo azul profundo, con arrogancia andina: las cabezas de Los Gigantes en la Sierra Grande.

Sigue la huella honda el coche de azopanda, por ancho camino arenoso, entre campo cubierto de pajonales y uno que otro grupo de churcal y espinillos, pero hay retazos de suelo en manchas policromas, ora azul, ora de grana, amarilla o blanca, violetas silvestres, flores del campo, que se hacen visibles sólo en grupo compacto, si bien una sola, con su aroma, embalsama el aire.

Entre saltos del vehículo, que arrojan alguna vez a un chico sobre otro, y breves detenciones en la marcha por compostura de arreos o con motivo de llevar unos centavos a un cuerno que de largo en largo trayecto pende en el camino, atado sobre una cruz de leña, donde "para el alma del difunto" reza una leyenda; así, entre saltos y muelles barquinazos, continúa el viaje. A medida que se avanza, más espeso se hace el bosque de uno y otro lado; bosque ahora de algarrobos y añosos talares, a cuyos troncos y ramas se prenden pulpos de plata cuajados de flor del aire y por ellos trepan enredaderas cubiertas de azules lianas; aquéllas y éstas y las aromas saturan el aire tibio, purísimo y diáfano, bajo un sol brillante, sin otro ruido que el crujir del coche, sin otro ritmo extraño que el cantar de los pájaros y el continuo chirriar de la chicharra.

Alguna vez, como un lamento lejano, un grito raro, como un llamado con algo de acento humano; y mi padre decía: "Es la gallina del monte, la charata"; y en un claro del bosque, contra un tala secular, de rara vez en cuando, a cierta distancia, un rancho de barro y paja, donde cerca se movían chiquillos, casi desnudos, de cabeza desgreñada y piel tostada, y bajo el árbol, estática, de pie, la flaca silueta de un caballito manchado.

A los lejos se divisaba, rara vez, en ondulación de terreno, cerca de un hilo de agua y algunos álamos o sauces, un pequeño cuadro como pañuelo verde tendido cerca de una casita blanca.

Seguimos en la ilusión de una larga pausa en que habremos de saltar y correr en el campo antes del almuerzo, que se hará bajo un árbol, en inmediata cercanía de la posta de la Guardia. Ahí llegamos cerca de mediodía, y en tanto que corremos hacia el arroyo vecino, se alistan las provisiones y terminan preparativos.

Hecho un frugal mediodía, en tanto se cambia de tiro y espera que el sol decline, sobre tapiz de frazadas y ponchos y almohadones del coche por cabecera, hace la siesta mi padre y vigila su compañera a los chicos, que armados de onda y de flechas, merodeamos de caza.

A eso de las dos reemprendemos la marcha. Ahora es menos raro el divisar, cerca o lejos, arboledas o campos cultivados y cercos y haciendas de alguna estancia, y hasta la línea perspectiva de tajamares o represas de agua. No tardamos en llegar a "Dos ríos", donde hallamos motivo de grito y algazara ya esperados, al vadear el paso: "si se vuelca en la barranca";

EN EL RIO LUJAN



—Está linda el agua, hoy, ¿no?
—No sé, querida. No he podido verla.

si el Carnero o el Ascochinga está crecido; si da o no paso el río"; si entrará al agua al vehículo".

Vencido cualquier obstáculo a cuarta y hombro de comedidos, antes de una hora enfrentamos ya una estancia de alguien de la familia; la Pampa del Gato, dependencia de la casa de Díaz, y así se suceden: el puesto de Proto y los potreros de los viejos Felipe y José Díaz, hasta dar una vuelta en alto el camino, contra un codo del río barrancoso, en un precioso bajo contiguo. Minutos después, la Ranchería, extenso cuartel de bóveda donde habitaba antaño el cuerpo de esclavos, donde era instalada la tienda, de la cual el camino llevaba en pocos pasos al frente de la iglesia y portada del cementerio, entre la huerta enmurallada y el frontispicio del viejo caserío, antiguo convento, mirando a la loma de la Cruz, a centenares de metros. Ahí, muy próximos, a la izquierda, los corrales de pirca; el perchel y el hermoso lago a la derecha. En un extremo, la muralla de la represa o el paso del Chiflón, donde por una compuerta se desagua el lago en una pequeña y honda quebrada llena de árboles frutales y helechos, y en el otro, en la falda de una pequeña loma, cae el agua de una vertiente sobre la rueda del molino.

Así nuestro arribo al caserón del viejo convento, en el comienzo de un crepúsculo con ambiente calmo, templado y puro, en últimos fulgores reflejos sobre las serriles cretas vecinas, del sol que obre ellas se tiende dorándolas a fuego.

En el patio de las higueras ocupa un costado, de uno a otro extremo, un largo y angosto salón de muy gruesas paredes con cielo de bóveda y techo en tejado, entre un pequeño aposento contiguo y una sección con sótano que llaman "el cuarto de la lechería".

Se aloja mi familia en los dos primeros, repartido el salón por cortinas de lienzo en dormitorios, comedor, sala y cuarto "de amasijo".

En ese ángulo del patio, bajo una higuera, un horno de aquellos esféricos como nido de "casero".

Este patio comunica con el frente del edificio, hacia la loma de la Cruz, por enorme portada en arco y por un largo zaguán o pasillo cerrado, con las galerías o recovas de los patios de la huerta y de los naranjos.

El nuestro es un patio humilde; no somos dueños de casa, sino huéspedes de verano, de un cuñado de mi padre, a quien éste vendiera sus escasas tierras de campo.

Al principal, de los naranjos, rodeado de alta y ancha recova, dan las piezas de familias varias: de Díaz, Allende y Frías, y los títulos de propiedad y demarcación de límites, valederos de palabra.

Es de la Eufemia, del pasillo a tal pilar, y de la esquina al zaguán del cuadrante pertenece a la Guillerma.

Entre un zaguán y el cuartel nuestro: un gran comedor, contra cuya puerta pende una pequeña campana tricentenaria. Pertenece al viejo Pepe el antiguo mayorazgo y sus demás habitaciones, zaguán de por medio, dan al patio de la huerta: un patiecito con caídas de agua en tejado, con ventanas y puertas pequeñas, con rejas salientes y hacia este o aquel altillo, alguna escalera marquesinada. En éste, hacia un costado, una puerta lleva a un sitio inmediato aledaño, el pequeño camposanto, que a su vez comunica con el atrio del templo contiguo por hermosa portada.

De aquel viejo caserío solariego guarda mi mente, indelebles, los únicos recuerdos bien conscientes de mi niñez en temporadas de campo.

Era yo de los menores en las "camadas" de chicos de las diversas ramas de una sola familia.

En las salidas a caballo, como no sobraban los petizos, alguna vez me llevaban sobre el rabo de un picazo que parecía perro de patas cortas y de cuerpo tan largo que, de la cruz al anca, iban delante de mí tres o cuatro muchachos. Me veo resbalando por la cola del petizo: el "Caracha"; así, uno de los viejos de la casa, buen amigo mío, que me llamaba cabrito y que jamás entraba al baño, sin que yo le precediera para sacar algún sapo y los "choncacos", viéndome una vez a cierta distancia de las casas así encaramado sobre el rabo del Caracha, alzóme por delante en su caballo y días después era yo poseedor de un petizo, el Zebrunito, que fué mi querer de algunos años.

Era el acceso a la huerta grande, por el patio del viejo Pepe, el gran señor de la casa. En el centro de la quinta, bajo nogales centenarios, estaba su baño, un estanque amplio servido por pequeña acequia de vertiente que nacía en una próxima falda. El desagüe era continuo, por un angosto canal que recorría la sección opuesta y era utilizado en el riego, saliendo el sobrante por debajo de una pared lateral de la huerta hacia el tajamar por una boca de piedra en forma de pequeña cascada de más de un metro de altura, que hacía un arco porque la boca del canal sobrepasaba la muralla.

Era "el chorro" donde los chicos solíamos tomar a veces vestidos, un baño a deshoras, no obstante el tenérnoslo prohibido, porque no era rara la caída por el chorro de víboras entre otras alimañas.

El acceso a la huerta nos era vedado, salvo en compañía de gente mayor, pero en pleno ardor de la siesta, conseguíamos a veces escapar los chicos, y era entonces el arroyito del chorro, la represa o tajamar, nuestro punto de cita, porque solía acaecer que por razones de riego, la boca de la caída estuviera en seco y entonces yo era despachado por ella al interior de la quinta, en donde, trepándome a los árboles previo desenmarañe de jarillas y achirales, a palos y sacudones, hacía acopio de fruta que los compañeros recibían, y luego a mí por esa boca de manga. Tengo bien presente que hubo alguna ocasión de mandarme por el mismo conducto a empujones en contra del pequeño torrente, como por él volvía impelido por el agua dentro del canal estrecho, hasta sacar arriba del arco líquido, la cabeza y los hombros, por donde los otros me asían. Allí hubo de morir una vez uno de la pandilla, algo mayor que yo, menos flaco y flexible.

Resolvieron enviarle por este túnel a una excursión en la quinta. Se encajó en él y tragó agua en demasía; y no podían sacarle y se ahogaba y berraquéabamos los chicos hasta ser oídos del molino, de donde nos dieron auxilio.

Pero no es de las impresiones en el vagar con los otros niños o de las diabluras del grupo, que mi mente guarda el mejor y más vivo recuerdo de las temporadas de verano en aquella casa habitada por enorme familia; en aquella antiquísima, original villa de campo. Es de la influencia grata que sobre mi espíritu de niño ejercían allá ciertos sitios, o tal o cual circunstancia. Es el recuerdo de mi vagar en la mañana por cercanías del molino, de donde, traspuesta la lomada, se avizoraba cerca, un bajo barrancoso; y al fondo serpenteando, un pequeño río, después, las cuchillas y serranías verdes, monstruosas, de un primer plano, y a lo lejos, cerrando el horizonte como un arco con reflejos de oro y zafiro, las cumbres de la sierra de Ongamira, de la cual el valle opuesto llevaba a lo que fuera posesión de mis abuelos y donde pasara su niñez mi padre.

Es del paseo diario de mi madre, a orillas del tajamar, del extremo al pie del molino, al murallón de desagüe.

Yo era su compañero espontáneo en su jira al final de la tarde, que terminaba traponiendo el paso del Chiflón, donde mientras ella caminando, mentalmente debía elevar una plegaria, yo miraba cada vez con más encanto hacia el terreno cambrado, donde abajo, muy hondo, en la pequeña quebrada, corría un hilo de agua y un breñal de pencas y helechos cubría las laderas.

Es del paseo de alguna tarde con ella misma o con mi padre, a la loma de la Cruz, precioso como verde muy cercano,, de cuya cima la vista dominaba el hermoso panorama opuesto a la lomada del molino: la perspectiva de Ascochinga, La Pampa, La Paz y la Colina, y la linda silueta lejana, casi perdida, de la iglesia de Jesús María, otro monumento y caserío antiguo que levantaran los jesuítas.

Es sobre todo la hora del "Angelus", en Santa Catalina, que fomentó en mi alma, indeleble impresión de misticismo.

La gente toda de la casa, en grupos dispersos de grandes y chicos, esperaban merodeando en cercanías, un toque de campana llamando a la oración vespertina.

De todos lados llegaban padres e hijos. Al patio de los naranjos acudían los señores y la gente de servicio. Resonaba en los claustros en confusa armonía el lento caminar de los viejos, el paso veloz de la gente joven y el correr y algarabía de los niños.

Por puerta lateral de una galería se penetraba en el templo, no sin cubrir antes su cabeza con un pañuelo la gente femenina; ahí, unos minutos de oración que cada madre hacía repetir en secreto a sus hijos y luego un viejo mestizo, maestro José, guardián del templo, rezaba en alta voz, seguido por todos, el Ave María.

Es en aquella casa tan grande, con tantas familias en vida íntima, reunido tanto muchacho más o menos travieso en edad distinta, entre mil tentaciones y peligros; es allá que debió empezar a esbozarse en mi cerebro el concepto del arduo, necesario sacrificio de los padres para enseñar obediencia a los niños con el fin de prepararles vida de hombre altivo y libre.

Es allá, contra el remanso del Chiflón, o la profunda grieta para la rueda del molino en la peña, que me indujeron a pensar en el peligro físico, y a cierta distancia de la tienda de la ranchería, donde a veces el pobre paisano consumía en el alcohol y en el juego su salario y su vida; ahí supieron mis padres inmunizar mi alma contra el peligro moral del vicio.

Es allá, en aquella casa solariega, donde dormía de niño dentro de muros que guardaban también el templo y el cementerio, donde viera luz de vida y fe sana en el primero, y en el segundo fuegos fatuos, luz de muerte. Es de allá que arranca el recuerdo de mis padres en su afán de cultivar en nuestro espíritu el desprecio a la superstición y falsía, el amor al sentimiento de verdad y justicia.

Es de allá que arranca mi amor a la Naturaleza, y sobre todo a esa naturaleza que es modo menor dentro de la clasificación pictórica de los paisajes: árbol amigo, acequia murmuradora, sendero conocido, grato valle ondulante esmaltado en verde y otoñales cobrizos, y cielo simple, alba y crepúsculo, canícula y obscuridad, velando en la dulce paz de la sierra sobre la santidad y el reposo de la casa solariega...

Revolución en el decorado teatral

En breve se verificarán en uno de los principales teatros de París los ensayos de un nuevo procedimiento descubierto por la pintora rusa Boutkovsky Kibalchich, que permite pintar sobre un solo lienzo varias decoraciones, cada una de las cuales sólo será visible si sobre ella se refracta una luz especial.

De modo que cada cambio de luz hará aparecer instantáneamente la decoración que se desee presentar al público, lo cual reducirá considerablemente no sólo los gastos que en la actualidad origina montar una obra nueva, sino el tiempo que se invierte en los cambios de decorado, singularmente en las revistas, obras de espectáculo y zarzuelas del género chico, que constan de varios cuadros.

CRÓNICAS DE LA INDIA

por J. BRIDGE

La industria del azúcar. — Posibilidades de su desarrollo en la India. — La comisión azucarera. — El valle del río Ganges.

Hace cerca de un año que el gobierno de la India nombró una comisión para estudiar las posibilidades, medios de desarrollo y demás problemas referentes al azúcar. Durante la guerra la industria del azúcar se desarrolló tan rápidamente que al terminar las hostilidades atrajo la atención del gobierno, quien nombró la comisión que acabamos de referir. Los miembros de ésta han venido viajando extensamente por toda la India recogiendo informaciones de los cultivadores de la caña de azúcar, de los oficiales del gobierno en el departamento de la agricultura y de otros expertos en la materia. La comisión, finalmente, ha visitado a Java y las posesiones holandesas tan renombradas por el azúcar que producen. Los resultados de estas investigaciones han venido apareciendo en la prensa diaria, de tiempo en tiempo, y en breve se espera el relato oficial de las mismas. Mientras tanto el precio del azúcar ha aumentado un ciento por ciento; la cantidad que hace tres años nos costaba unas dos pesetas, ahora nos cuesta ocho, y los profetas de la economía nos auguran que el precio aún subirá más.

Hace dos años no había más que una factoría de azúcar en este distrito, ahora existen media docena y cada día oigo noticias de nuevas empresas y compañías y aún el precio sube a diario. Yo me siento inclinado a exclamar milagro de economía, o si no, milagro de ambición de los empresarios.

Los miembros de la comisión han llegado a la conclusión unánime de que el valle del río Ganges es uno de los terrenos más apropiados en toda la India y aun en el mundo entero para el cultivo de la caña de azúcar.

A pesar de poseer terrenos tan exquisitos, la India no produce ni siquiera la mitad del azúcar que consume. Los métodos de cultivo, como toda la agricultura en general, son completamente anticuados; de ahí que se pierdan enormes cantidades de caña, debido a la imperfección de los métodos de extraer el jugo. Una factoría de azúcar que ha descartado los métodos de producción empleados por sus remotos antepasados y ha adoptado los últimos adelantos, ha podido aumentar la cantidad de jugo de un modo extraordinario. Por el antiguo proceso quince toneladas de caña solamente producían una tonelada de azúcar; por los nuevos métodos diez toneladas, y tras varios experimentos menos de nueve toneladas, son suficientes para producir una tonelada de refinado azúcar.

Desde que hemos adoptado los nuevos métodos de producción—dicen los empresarios referidos — hemos producido cien mil toneladas de azúcar con la misma cantidad de caña que antes nos hubiera dado solamente unas sesenta mil toneladas; lo cual significa para nosotros una ganancia de cuarenta mil toneladas, cuyo valor asciende a cuatro millones de rupias.

Un director de Agricultura que conoce perfectamente las condiciones de la India y sus inmensas posibilidades opina que la introducción de nuevos métodos de manufactura aumentará la producción de azúcar que al presente no es más que de 2.600.000 toneladas a la cifra casi doble, de 4.000.000 toneladas; y añade además que en su opinión, ninguna otra parte del vasto imperio británico posee semejantes condiciones para remediar la gran carestía de artículo tan esencial para la vida humana. Existen señales evidentes de que el gobierno intenta desarrollar la industria azucarera en grandes proporciones e introducir en su manufactura los últimos adelantos. En breve veremos a lo largo del valle del río Ganges numerosos centros de manufactura de azúcar, provistos de la más perfecta maquinaria.

Una seria dificultad sale al encuentro, dificultad que costará dinero y tiempo en superar: es ésta la escasez del agua. La caña necesita mucha agua y en este país desde mediados de octubre hasta julio rara vez llueve. En algunos puntos hay canales de riego, más otros muchos carecen de ellos y por otra parte es sumamente difícil proveer de pozos debido a la profundidad del agua.

En este distrito de Gorakhpur el agua es más abundante y el riego no es difícil, de ahí que las factorías se hayan multiplicado tanto, y aún se habla de nuevos proyectos. La caña crece de modo sorprendente debido a la humedad del aire. Sin embargo, el precio del azúcar sube cada día y me siento inclinado a juzgar que el único medio de impedir el alza es recurrir al método adoptado por los españoles en relación al calzado. En realidad muchos hemos suspendido el uso del azúcar en el té; resta que nos abstengamos de "jams".

La química, enemiga de la pintura

El mundo del arte en París se muestra inquieto ante el temor de que desaparezcan la mayor parte de las obras maestras de la pintura contemporánea.

En la colección Tomy-Tierry del Louvre, donde se halla reunido lo más rico del siglo XIX, muchos cuadros se han ensombrecido, hasta el extremo de que pronto desaparecerá todo rastro de color. Las telas de Teodoro Rousseau casi se han vuelto negras. En un cuadro de La Berge es ya imposible distinguir la composición. Un retrato de Ricard se halla tan desvaído que no es posible ver la figura. Los "Botteleurs", de Millet han perdido todo su encanto.

Los cuadros de la colección Chauchard casi se hallan completamente anulados. El famoso "Angelus", de Millet, está perdiendo su color y comienza a resquebrajarse. Los Díaz carecen de todo efecto. Unicamente los Meissonier conservan su frescura, porque el maestro sabía escoger con gran minuciosidad los materiales que empleaba.

En el Museo del Luxemburgo, no obstante ser los cuadros de fecha más reciente, no por eso son menos visibles los estragos.

Se calcula que dentro de cien años habrán desaparecido en su totalidad las obras de los pintores modernos.

Por esta causa, los peritos amantes del arte aconsejan que se enseñe a los jóvenes la técnica que los antiguos se cuidaban de no desdeñar. Ellos mismos mezclaban los colores, se servían de pinturas naturales y no de productos químicos complicados, dejaban durante largos años clarificarse los aceites a la luz del sol antes de emplearlos y conocían los efectos destructores del polvo.

MODOS DE VER



—El profesor de natación es un perfecto guiso.
—A mí me pareció un hombre inteligente. Me dijo que en el mundo habían seis millares de millones de mujeres, y que yo era la más linda de todas.

Exhortación a Don Quijote para que abandone el castillo de los duques

Deja, buen caballero,
a tu huésped, y emprende otra vez la jornada.
La vida regalada
debilita tu brazo y enmohece tu acero.

Y pues quiere el destino
que tu acero y tu brazo remedien nuestro mal,
abandona los ocios del castillo ducal,
ponte luego en camino.
¡Porque ahí no comprenden tu sublime locura,
y se mofan, hidalgo, de tu triste figura!

No está en tu condición
ser gracioso de duques ni juglar de duquesas.
¡Que alquilen un bufón
si quieren divertir sus sobremesas!

No te detengas, no prolongues ya tu holganza...
Ordena a Sancho Panza
que ensille a Rocinante,
y torna a ser el caballero andante
de la invencible lanza.

No cedas a porfía de señores.
Ellos—que no los magos
ni los encantadores—
son quienes te enhechizan. Desdeña los halagos
con que intentan ahora aprisionarte,
porque libre te temen y no pueden comprarte.

Hasta sus mismas burlas son careta del miedo.
¡Saben que a tu denuedo
se rompen las cadenas, Don Quijote,
y cobra libertad el galeote!

Hidalgo: tú naciste
para amparar al débil y consolar al triste.
¡Y malgastas tus bríos en luchar con lacayos,
y tu piedad asiste
a doncellas fingidas en fingidos desmayos!
¡Y en tanto que te dan vaya dueñas barbudas,
los huérfanos te invocan y te imploran las viudas!

Cúmplase tu destino;
no prolongues tu holganza;
abandona los ocios del castillo ducal...
Torna, hidalgo, al camino.
¡Mira que eres tú solo nuestra sola esperanza
y es en tu brazo tu invencible lanza
el único remedio a nuestro mal!

Enrique RUIZ DE LA SERNA.

El escarabajo de la suerte

Un periódico de Londres publica la noticia de que ante el tribunal de Leighton Burzard (Bedfordshire) ha comparecido la señora Mildred Clark, para demandar de su esposo, el capitán R. O. Clark, la devolución de un anillo en que tenía montado un escarabajo egipcio, cuyo valor es de 25 libras esterlinas.

Manifestó que cuando su marido fué a Gallípoli con el regimiento de Bedfordshire, ella le envió aquel anillo, que poseía la virtud de atraer la buena suerte hacia la persona que lo usara.

—Desde ese tiempo — añadió — la mala suerte me ha perseguido constantemente.

El abogado de la señora Clark, a su vez, atribuyó la buena fortuna que en su expedición y en los combates subsiguientes había tenido el capitán, a la influencia del escarabajo egipcio.

El capitán Clark negó esta aseveración, y sostuvo que no creía en semejantes supersticiones.

Después presentó al tribunal el aro con el engarce que su mujer le enviara; pero sin la piedra milagrosa, porque ésta se había perdido.

El juez Radcliffe sentenció que, como no se ha podido probar la negligencia, la demanda quedaba sin efectos ulteriores.

Al salir del palacio de justicia repetía la buena señora con el mayor desconsuelo:

—Esto me ha ocurrido por no haber llevado en mi mano el escarabajo egipcio.

Alma sensible

Un desdichado logra que lo reciba un pariente, nuevo rico.

El infeliz describe sus infortunios y sus miserias con términos tan elocuentes, que el nuevo rico, con las lágrimas en los ojos y la voz entrecortada por los sollozos, llama a un criado y le dice:

—¡Juan, echa a este hombre a la calle, porque me está partiendo el corazón!

Colocación de la piedra fundamental de la escuela Francisco P. Moreno



La señora Dalmira Cantilo de Gallardo y el intendente municipal, señor José Luis Cantilo, padrinos de la ceremonia, con el presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Angel Gallardo y el vocal de dicha institución, doctor Juan P. Ramos, después de colocada la piedra fundamental del nuevo edificio escolar. Durante el acto hizo uso de la palabra el doctor Ramos, en nombre de la repartición nombrada, y el doctor Joaquín Rubiera, presidente del consejo escolar 20.

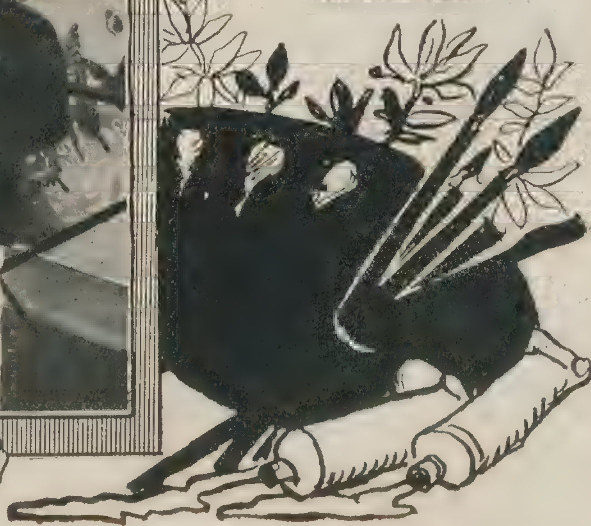
Concurso de affiches de los cigarrillos Dólar



Dibujo original del conocido artista, señor Málaga Grenet, que ha obtenido el primer premio de dicho torneo, dotado con 5.000 pesos.



Vista tomada el día de la inauguración de la exposición de affiches, presentados al concurso. En el grupo figuran los señores Onagoity, Costa, Enrique Romero, Ernesto Nougués, y el artista premiado, Málaga Grenet (x), acompañado de su esposa.





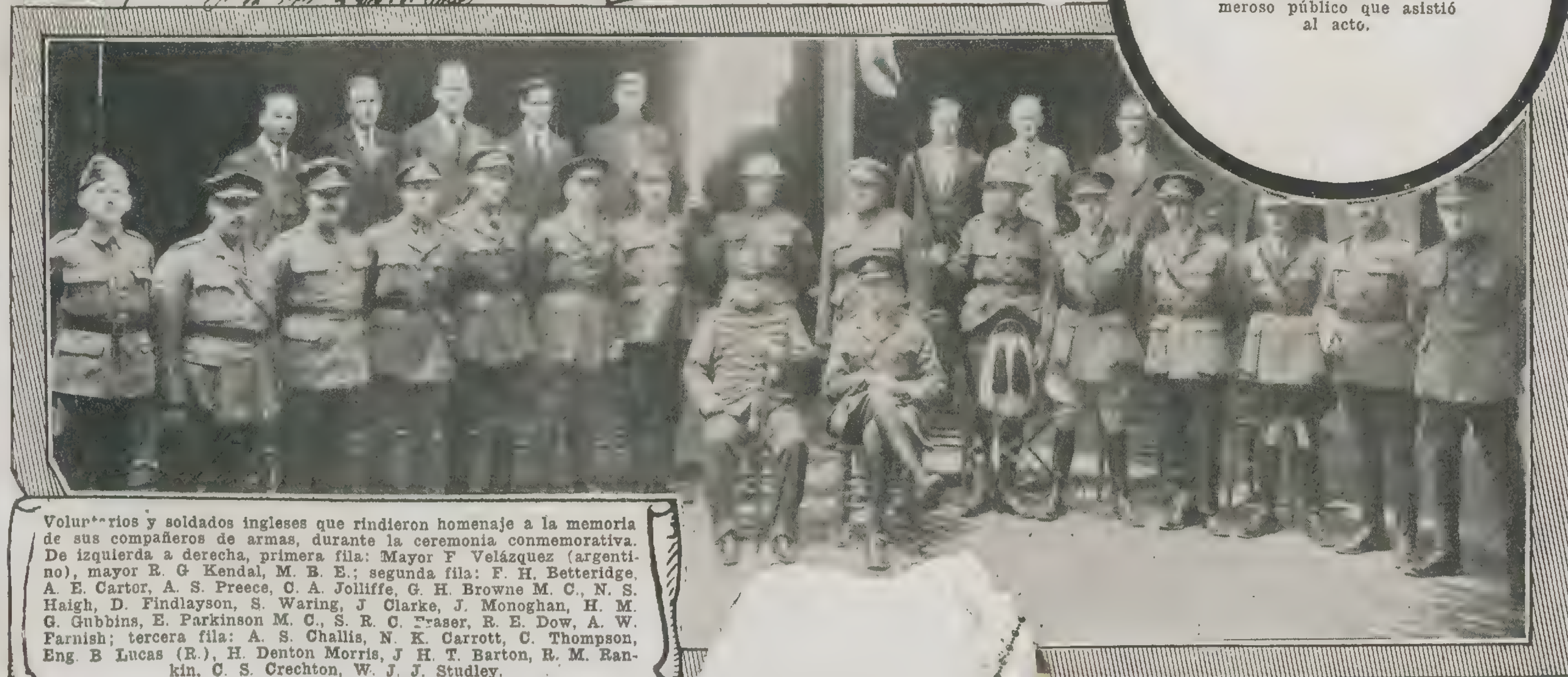
JUNIN. — Homenaje a los ingleses radicados en esta ciudad, que murieron en la guerra



Inauguración oficial del monumento erigido en la Plaza Británica, de Junín, en memoria de los soldados y voluntarios ingleses, radicados en dicha ciudad, que perecieron en la guerra europea.



El monumento envuelto en la bandera inglesa, momentos antes de ser oficialmente inaugurado, en presencia de las autoridades locales, de un núcleo de ex combatientes británicos y de numeroso público que asistió al acto.



Voluntarios y soldados ingleses que rindieron homenaje a la memoria de sus compañeros de armas, durante la ceremonia conmemorativa. De izquierda a derecha, primera fila: Mayor F Velázquez (argentino), mayor R. G Kendal, M. B. E.; segunda fila: F. H. Betteridge, A. E. Cartor, A. S. Preece, C. A. Jolliffe, G. H. Browne M. C., N. S. Haigh, D. Findlayson, S. Waring, J Clarke, J. Monoghan, H. M. G. Gubbins, E. Parkinson M. C., S. R. C. Fraser, R. E. Dow, A. W. Farnish; tercera fila: A. S. Challis, N. K. Carrott, C. Thompson, Eng. B Lucas (R.), H. Denton Morris, J H. T. Barton, R. M. Rankin, C. S. Crechton, W. J. J. Studley.



ASOCIACIÓN FILARMONICA ARGENTINA



Aspecto que ofrecía el salón teatro de la calle Cangallo, 1362, durante el concierto que ejecutó recientemente el compositor argentino señor Armando Chimenti y en el cual ofreció la audición de algunas de sus obras. La concurrencia aplaudió largamente al señor Chimenti, obligándole a repetir algunos trozos musicales





"FRAY MOCHO" EN TUCUMÁN



Equipo del Club Atlético Gath y Chaves, que resultó vencido en el partido de football jugado con el Club Atlético Casino.



Team del Club Atlético Casino, que triunfó en su encuentro con Gath y Chaves, marcando 3 a 1 goals.



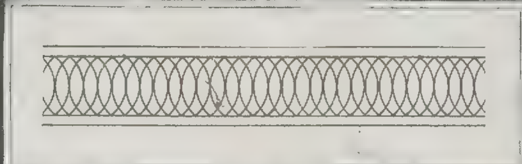
Algunos de los concurrentes a la fiesta deportiva organizada por los clubs Casino y Gath y Chaves, festejando el triunfo del primero.

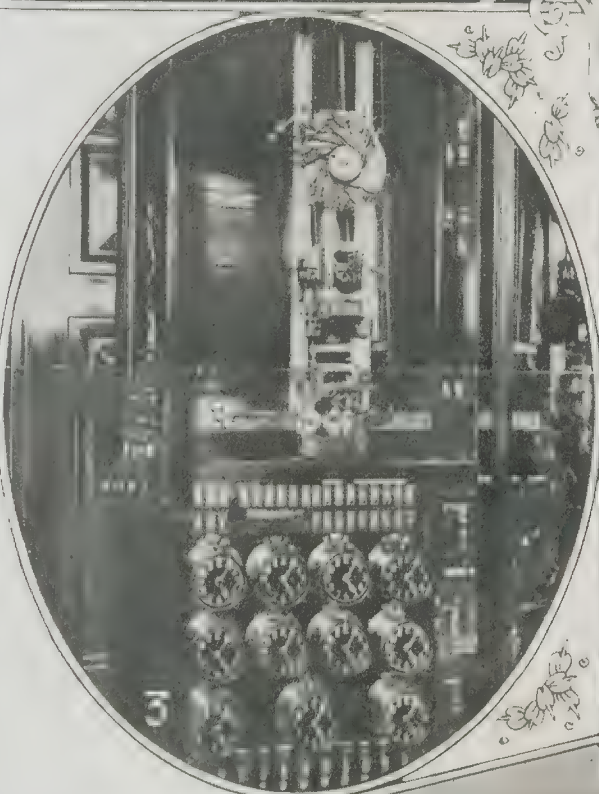
LA ELECTRICIDAD EN NUEVA YORK

Son necesarios el trabajo de 7.000 personas y 5.000 toneladas de carbón, para hacer de Nueva York la ciudad mejor iluminada del mundo.





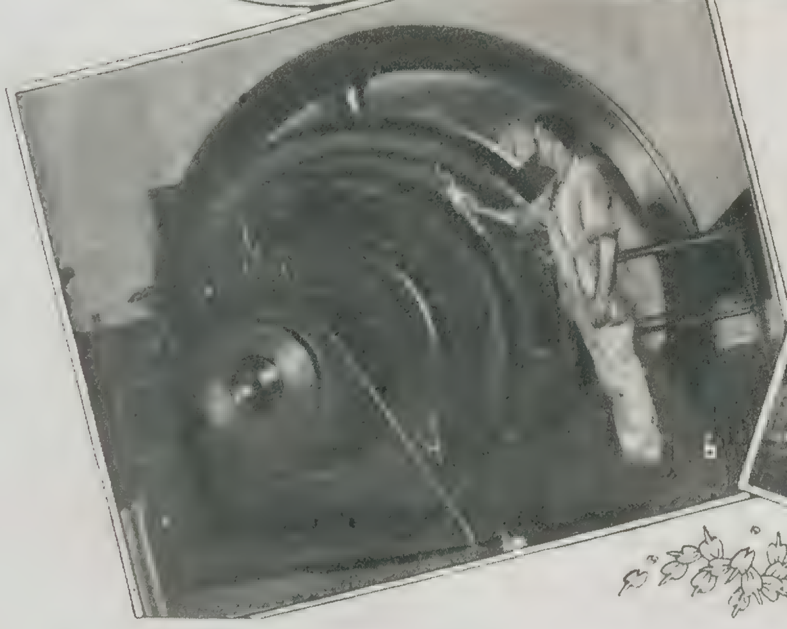


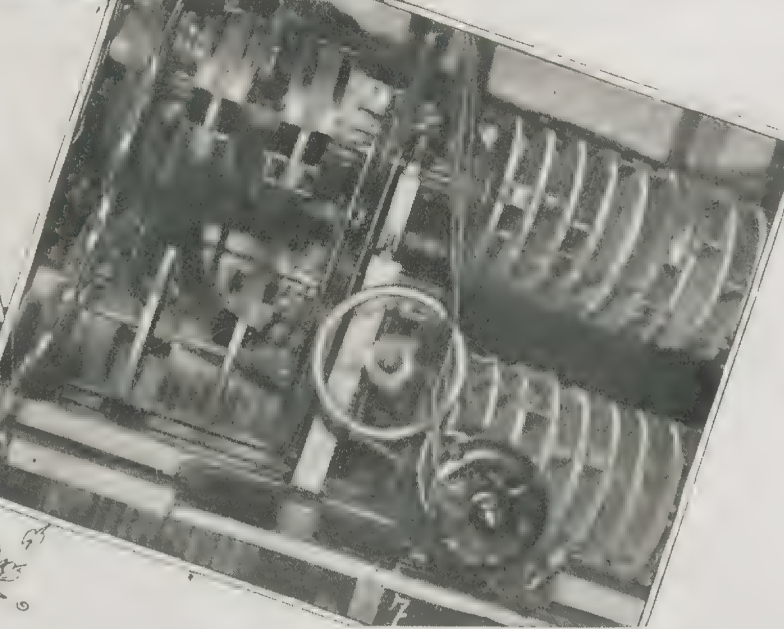












1. — Vista nocturna de Nueva York, tomada desde el puente Brooklyn.
2. — La Quinta Avenida, vista desde la calle 34.
3. — Control eléctrico de los relojes de la torre del Metropolitano. Controla 240 relojes y su instalación costó 100.000 dólares.
4. — El edificio de la Compañía Singer, visto de noche.
5. — Cada farol de gas requería un cuidado especial; hoy un hombre sólo puede encender a la vez millares de lámparas.
6. — Una de las grandes dínamos que realizan el milagro.
7. — Las instalaciones eléctricas del Puente Broadway lo han hecho famoso en el mundo entero.



NOTA SOCIAL



Señorita Delia Aguilar



III SALÓN DEL AUTOMÓVIL







Vista parcial de la exposición de vehículos automóviles, realizada en el Pabellón de las Rosas y recientemente clausurada.

Los coches expuestos por la casa Hardcastle, consistentes en un Overland 4 y un Willys-Knight. La principal característica de este último vehículo radica en que su motor es de suma sencillez, no sufre desgaste alguno y casi nunca requiere ajustes, por cuanto éstos mejoran con el uso.



NECROLOGÍA. — La señora doña Carmen Pedraza de Sánchez, recientemente fallecida en Tucumán, y cuyo deceso ha sido muy lamentado por las bellas prendas morales que adornaban a la extinta.



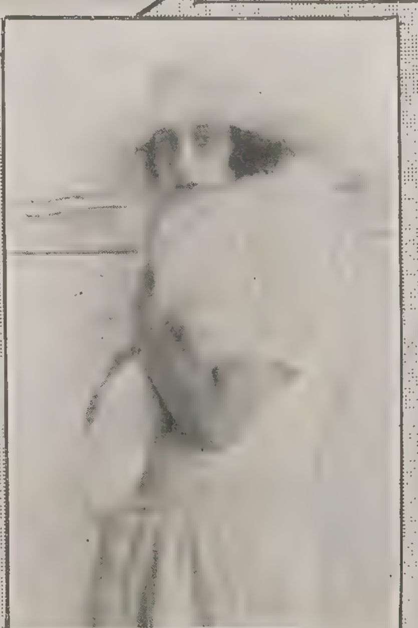
53.º ANIVERSARIO DE "LA CAPITAL". — Parte de la concurrencia que asistió al lunch ofrecido por la dirección del diario "La Capital", del Rosario, festejando el quincuagésimotercer aniversario de la fundación del mismo, cumplido el día 15 del corriente.



EL MÁS PEQUEÑO POSEEDOR DE LA CÉDULA DE IDENTIDAD. — Alberto Juan Romero, nacido en la capital federal el 21 de septiembre de 1914, y a quien las disposiciones vigentes obligan a proveerse de cédula de indentidad, para ausentarse del país en unión de su familia.

EN PRO DE LA INFANCIA ITALIANA





Señoritas Teté E. y Dora Noemí Osuna, quienes secundan brillantemente la acción de un grupo de distinguidas damas y señoritas, en pro de los ideales que persiguen las asociaciones femeninas de Roma, con el propósito de favorecer a los niños y adultos analfabetos de la colectividad italiana, fundando escuelas en el territorio de la República.

Fallecimiento del general Benigno Ferreira



El doctor Benigno Ferreyra, ex presidente de la República del Paraguay, fallecido en esta ciudad el día 24 del corriente El general Ferreyra, cuya sincera amistad hacia la Argentina se puso de manifiesto en más de una ocasión, realizó en nuestro país los estudios del bachillerato y se graduó en nuestra universidad



NUEVO EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LA ARGENTINA. —El señor don Eugenio Ferraz y Alcalá Galiano, marqués de Amposta, nombrado embajador de España en nuestro país, que acaba de llegar a Buenos Aires. El marqués de Amposta es un diplomático de larga y brillante actuación, y su designación para tan elevado puesto, ha merecido generales elogios.



JURAMENTO DE MONSEÑOR DUPRAT. — Debido a la enfermedad que aqueja a monseñor Mariano Espinosa, éste prelado nombró a monseñor Luis Duprat para ocupar el gobierno eclesiástico de la iglesia argentina. La fotografía muestra al nuevo gobernador después de prestar el juramento de práctica





Manuel E. Bacigalupo.



José Barral.

Nuevos peritos mercantiles egresados en 1920, de la Universidad Nacional de Buenos Aires



Carlos Bizarro.



Angel A. Bolis.



Juan Carlos Bernasconi.



Juan René Bach.



José Cafferata Palacios.



Marcelo G. Cañellas.



Enrique Calvi.



Luis Dachena.



Pedro A. Domínguez.



Horacio R. Gómez.



Gustavo Gummich (hijo).



Adelino Galeotti.



Roberto P. Luoni.



Aglibert A. Mulet.



Enrique Morello.



Alfredo Mascaró.



Luis F. Márquez.



Francisco Pardies (hijo).



B. Horacio Profumo.



Adolfo Pizzorno.



Julio R. Primiani.



Raúl L. Pérez.



Fernando M. Riccio.



Norberto C. Santos.



Samuel Serpa.



Ricardo Urien.



Ramón Waingortin.

CURAS Y OBISPOS BOLCHEVIQUES

DEL RASPUTINISMO AL LENINISMO

por N. TASIN

Decididamente, Rusia es un país de milagros. Se diría que el desenvolvimiento actual de la vida rusa es una negación absoluta de todas las leyes históricas, de todos los conceptos sociales establecidos. No en balde Dostoyevsky calificaba a Rusia de "país al revés".

Uno de los más asombrosos milagros de este "país al revés" consiste en la conversión al bolchevismo de una gran parte del clero ruso. Parece mentira, y, sin embargo, es un hecho: la Iglesia ortodoxa está, por decirlo así, bolchevizada.

En los primeros tiempos del reinado de los bolcheviques, todo el clero, sin excepción alguna, se alzó contra los nuevos dueños. Los curas fulminaban en las iglesias contra ellos, calificándolos de hijos de Satán. Una encíclica del arzobispo de Saratov afirmaba que Lenin es el Anticristo, y exhortaba a todos los fieles cristianos a la lucha sagrada contra su poder diabólico. Lenin, el Anticristo, el hijo de Satán, el delegado del infierno: tal fué el tema predilecto de casi todos los sermones religiosos.

Pero ese Anticristo se hacía cada día más poderoso, aniquilando de manera implacable todo lo que se oponía a su dominio. Numerosos curas y obispos fueron destituídos. Los Soviets les quitaban casi todos los medios de vida y los perseguían como a contrarrevolucionarios. Muchos de ellos eran encarcelados y hasta fusilados.

Entonces, una parte del clero se dijo que toda resistencia era inútil, y, bajo la presión del hambre y de las persecuciones, se inclinó ante los hijos de Satán. Además, en muchas poblaciones los Soviets locales nombraron sus propios curas, eligiéndolos entre sus partidarios. A veces, un simple obrero o campesino, adicto al nuevo régimen, se convertía en ministro de la Iglesia, sustituyendo al antiguo cura en los servicios religiosos. En numerosas aldeas, el cura fué elegido entre los miembros del comité bolchevista local, y continuó tomando parte en las deliberaciones del Soviet.

Así, poco a poco, se constituyó un clero bolchevista. En las iglesias no se volvió a rezar por la salud del zar y de la familia imperial; se inventó una nueva fórmula, más correspondiente al espíritu de la época: ahora se reza por el bienestar de la República sovietista. A veces, hasta se hacen votos en las iglesias por la salud de Lenin y de todo su gobierno.

Numerosos curas se hicieron colaboradores muy activos de la prensa bolchevista. Recientemente, uno de ellos despliega gran energía en predicar, desde las columnas de esta prensa, la constitución de Soviets de los curas. La "Pravda", bajo la firma de un tal Filipov, declara la guerra sin cuartel a los curas rebeldes al poder sovietista. Fulmina, sobre todo, contra el jefe de la Iglesia ortodoxa, el patriarca Tijon, quien, aunque evita toda clase de intervención en los asuntos políticos, no quiere bolchevizarse.

El gobierno de Lenin no se atreve a perseguir a Tijon, por gozar este patriarca de gran veneración entre las masas del pueblo; pero está estrechamente vigilado, no puede salir de Moscou sin un permiso especial, y siempre le acompaña un emisario bolchevique.

Actualmente, la prensa bolchevista insiste en sustituir a Tijon, en el trono patriarcal, por el obipo Varnava. Este Varnava era el protegido y amigo íntimo del famoso aventurero Rasputin, que dirigió, durante los últimos años del antiguo régimen, los destinos del imperio. El nuevo candidato al trono patriarcal es un arrivista, sin principios y sin vergüenza, que sabe muy bien pescar en río revuelto. Ultimamente, esta hechura de Rasputin se adhirió al bolchevismo, y se muestra dispuesto a cumplir las órdenes de Lenin.

Se puede afirmar que actualmente la resistencia del clero se halla en absoluto dominada por los bolcheviques. El clero ha capitulado hasta tal punto, que el judío Trotsky, en sus viajes a través de la Rusia sovietista, recibe con frecuencia delegaciones del clero local, que vienen a su encuentro para saludarle. En el mes de enero último, una delegación del clero de la capital se presentó a Zinoviev, otro judío, presidente de la Comuna de Petrogrado, para pedirle ciertos favores.

Eso no impide que el clero odie a los judíos, y, cuando no tiene motivos de temer la venganza de los bolcheviques, haga una propaganda encarnizada contra ellos, sobre todo contra Trotsky, Zinoviev, Kamenev, Litvinov y demás israelitas, ayudantes de Lenin. A veces ocurre que los mismos curas que, bajo el mando de los bolcheviques, glorificaban en las iglesias el régimen sovietista, toman un desquite cuando los rojos son rechazados por los blancos, y maldicen a Lenin y demás "hijos de Satán". En Rostov, a un cura, detenido por los rojos, se le encontraron dos sermones escritos, uno en pro y otro en contra de los bolcheviques: el pobre no sabía cuál de los adversarios ganaría la batalla...

Para que no huelan la creosota y el yodoformo

El yodoformo es un producto que se emplea en la curación de las llagas y heridas, y que pocas personas desconocen, tanto por sus buenos oficios como por su aroma nada grato, razón por la cual se ha inventado un sin fin de procedimientos, más o menos eficaces, para neutralizar, o por lo menos atenuar, olor tan penetrante y tan tenaz.

De todos estos procedimientos, el que mejor resulta es el de lavarse las manos con una disolución de harina de linaza; y por lo que toca a la ropa blanca y a los objetos que han estado en contacto con el producto, no hay más que lavarlos ligeramente con agua de alquitrán y unas gota de esencia de pirola.

Igual sistema es aplicable a la creosota y al guayacol, que también esparcen un olor bastante molesto; pero para la creosota no hay nada mejor que el café. Basta quemar un puñado de café en un brasero para que desaparezca el olor de la creosota de cualquier habitación, y si se rocían con café las mismas píldoras, pierden casi por completo su olor característico.

Cosas del cine, que no se ven en el cine

LA INDIA COMO MERCADO CINEMATOGRAFICO

Como era de suponer, las casas productoras de film europeas han comenzado a luchar por la conquista de mercados para sus ediciones.

Aunque la iniciativa se ha extendido a todos los países que habían sido clientes de las empresas europeas, antes de la guerra, en ninguna parte se ha llevado el ataque tan a fondo y con tanto éxito como en la India.

Según confesión de un norteamericano, el señor Nye, las empresas italianas, francesas, dinamarquesas, inglesas y alemanas se han apoderado de casi todo el mercado, gracias a la activa y bien dirigida propaganda que han realizado.

Según juicio del propio señor Nye la belleza de los carteles, circulares y avisos prodigados por las empresas europeas supera en mucho a la belleza de los films que hasta ahora han producido. Pero el caso es que la propaganda ha resultado fructífera, como suele resultar siempre, y si los norteamericanos no se apresuran a contrarrestar sus efectos van a perder por completo uno de los mercados más excelentes.

EL CINE Y LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Pero el intercambio cinematográfico entre diversos países no debe considerarse sólo desde el punto de vista comercial.

Otro aspecto mucho más importante ofrece a la consideración del público: su futura influencia en las relaciones internacionales.

Países cuyo espíritu estaba tan lejos de las concepciones occidentales como el Japón, han llegado a comprendernos como nunca, gracias al cine. Los films norteamericanos y europeos se exhiben en el Japón con éxito extraordinario, a pesar de lo que nuestras costumbres puedan tener de exóticas para aquel pueblo.

El número de cinematógrafos es ya muy grande en el Japón y aumenta continuamente.

Pero, como el imperio de los hijos del sol, no es tan sólo un mercado consumidor, sino que está en vías de convertirse en uno de los mercados productores más importantes, pronto podremos realizar una nueva experiencia.

Veremos si como los japoneses han sido capaces de sentir nuestros dramas, seremos nosotros capaces de comprender las creaciones que ellos realicen.

Pronto comenzarán a exhibirse por el mundo entero cintas japonesas, no circunstancialmente como los films interpretados por Sessue Hayakawa, sino japonesas en el sentido riguroso de la palabra, pues habrán sido producidas con elementos nacionales y tratando asuntos nacionales.

Es lo más probable que en un comienzo nos resulten exóticas, pero su exotismo ha de prestarles interés, que se transformará pronto en comprensión.

Este aspecto del cine, al favorecer el conocimiento de pueblos distintos, es sumamente trascendental. Aunque no tuviera el cine otra razón de existencia, bastaría esto para que debiera ser considerado como uno de los más importantes y útiles inventos contemporáneos.

LA CINEMATOGRAFIA EN ESPAÑA

La producción de películas en España va adquiriendo cada día mayor importancia. Continuamente se fundan nuevas empresas, y si la mitad de los proyectos que se hacen llegan a realizarse, no cabe duda que España ocupará un lugar prominente en el mercado cinematográfico.

Entre las más recientes noticias de la península son de señalarse la renuncia del señor Carlos Navarro Lamarca del cargo que desempeña en una de las importantes empresas productoras, la Sociedad Anónima Atlántida. El señor Navarro Lamarca ha venido desempeñando la gerencia, pero por motivos de salud, tal es por lo menos la versión oficial, ha debido abandonar el puesto.

También se anuncia la llegada de la actriz italiana María Jacobini, acompañada de varios artistas de la casa Jert. Piensan impresionar una cinta en España y los trabajos preliminares ya se han llevado a cabo.

Capitanea la dirección uno de los directores de la Jert, el señor Jenaro Righelli, y como operador acompaña a los expedicionarios Ubaldo Arata.

Como rumor, aunque con muchos visos de realidad, circula la noticia de la llegada de un célebre director alemán, que acompañado de numerosos artistas germanos se ha trasladado a España para impresionar varias partes de una cinta extraordinaria que se titulará "El hombre sin nombre".

FRANCISCA BERTINI NO IRA A LOS ESTADOS UNIDOS

Ultimamente varias personas a las que podía suponerse bien informadas pusieron en circulación una noticia que ha resultado completamente falsa.

Dijeron que Francisca Bertini deseando hallar un horizonte más amplio para su arte tenía el proyecto de trasladarse a los Estados Unidos, donde le había sido ofrecido un excelente contrato.

Es cierto que hubo negociaciones previas tendientes a realizar dicho "negocio", pero la Bertini, que tiene gran amor por la cinematografía de su patria, y que sabe que ha contraído con ella una deuda de gratitud, pues en Italia ha realizado con extraordinario éxito su carrera, rechazó las ofertas, aun perjudicando, de momento, sus intereses personales.

La cinematografía italiana atraviesa realmente una crisis, aunque las cintas italianas están en vías de mejorar interrumpiendo la leyenda de su inferioridad sobre las cintas americanas, leyenda que nació de la evolución cinematográfica del arte, de la que Italia no pudo aprovecharse por estar mezclada en la guerra. Ahora, las empresas se preocupan de llevar a la práctica los últimos adelantos técnicos, y los artistas por su parte depuran su arte de aquellos detalles que lo afeaban. El resultado ha de ser, a no tardar mucho, una bella resurrección de la cinematografía italiana, digna de ocupar uno de los primeros lugares.

LA UNION HACE LA FUERZA, PERO...

Es un hecho innegable que la unión hace la fuerza, pero ¿hasta qué punto es posible la verdadera unión de personas movidas por distintos intereses personales?

Nuestros lectores están ya enterados de la poderosa organización que produce cintas en los Estados Unidos, bajo el título de los "Artistas Reunidos". Dicha sociedad está compuesta por los cuatro "ases" del cine: Mary Pickford, Douglas Fairbanks, Charles Chaplin y David Warren Griffith. Aunque la noticia no se ha confirmado oficialmente parece que entre los artistas nombrados han surgido diferencias de importancia, y no sería de extrañar que la poderosa asociación se disolviera.

Los motivos de las diferencias se ignoran, pero es de suponer que entre cuatro personas de capacidades realmente extraordinarias, pero de una vanidad más extraordinaria todavía, no han de faltar motivos de disgusto.

Es verdad que la unión hace la fuerza, pero no lo es menos que un cuerpo con más de una cabeza es una cosa anormal. Y por muy grandes que sean, nos parecen muchas cuatro cabezas para una sola institución. Y probablemente ninguna de las cuatro quiere ser menos que las otras tres.

Veremos en qué termina el "lío" que se anuncia.

Tal vez la tempestad no llegue a producirse y los rumores que circulan no tengan otro origen que las malas lenguas. ¡Por cierto que no faltan alacranes en el ambiente cinematográfico.

LA IGLESIA Y EL CINEMATOGRAFO

Los periódicos americanos dan la noticia de haberse constituído en Nueva York una entidad titulada International Church Film Corporation, que se dedicará a la propaganda religiosa por medio del cinematógrafo.

Es propósito de la citada entidad provocar la concurrencia a las iglesias valiéndose de la proyección de películas en las que se reproduzcan los pasajes más importantes del Antiguo y Nuevo Testamento.

Una de las primeras películas que se impresionarán por la Internacional Church Film Corporation es la vida de Jonás, sin omitir el célebre acontecimiento de la ballena, que tragó al santo, devolviéndolo a la playa horas más tarde, sin sufrir Jonás el menor daño.

FRENTE A LA PANTALLA

William Duncan, Antonio Moreno, Eddie Polo, el Conde Hugo. He aquí cuatro "ases" gloriosos en el arte del silencio; nuevas y gigantescas figuras heroicas, aureoladas de sentimentalismo, que comunican interés y vida a las más grandes novelas cinematográficas.

La casa Godwyn es, sin duda alguna, la primera manufactura de la cinematografía puramente artística. Merced a la labor gigantesca de sus directores, ha logrado llevar al cinematógrafo la obra literaria con toda su intensidad; su intento, ya pronto a realizarse, de "filmar" las obras dramáticas de Mauricio Mæterlink da una idea de la orientación estética de las producciones Goldwyn. Sus comedias, en las que la gracia sana y el "humour" se manifiestan espontáneamente, son incomparables.

DOUGLAS FAIRBANKS

Este gran actor ha inventado una mecánica nueva, una nueva estética del ademán—la del alma depurada por la acción;—pero además de esto ha creado un gesto sonriente frente a lo inevitable de su cómica adversidad. Es siempre el héroe de las ediciones dominicales de los periódicos yanquis, que se hacen lenguas de las cantidades que gana Douglas, "perseguido, vagabundo, enamorado".

CHARLOT

Charlot no es ya un actor, sino un símbolo. Existe en el mundo cómico moderno con todo el vigor definitivo que tienen Arlequín y Pierrot en la antigua comedieta; pero con más rica vitalidad que éstos y dentro de un marco humano más amplio y más diverso. Charlot en "Armas al hombro", héroe risueño de la gran epopeya europea, ha percibido un millón de dólares por "filmar" algunas comedias.



Harriet Hammond.

Por el mundo del misterio.—Sueño profético

Antonietta—dijo una mañana a su esposa, levantándose el caballero napolitano Eugene Mancini,—he tenido esta noche el sueño más extraño y singular del mundo... Soñé que caía enfermo, que perdía la facultad de hablar y que el doctor Marcos, nuestro amigo, aseguraba mi muerte, que unos hombres me metían en la caja, que tú y Mariotta llorábais sin consuelo, que me cubrísteis de flores y que todos aquellos que me rodeaban no podían equivocarse, yo debía estar muerto!...

—Vaya un sueño espantoso—le contestó su cónyuge, lanzando una mirada cariñosa al semblante jovial de Eugene Mancini, cuyo aspecto de perfecta salud y buen humor eran bien manifiestos.

—Sí, sí, espantoso—replicó el esposo.—Pero no sabes lo mejor. Cuando me iban a encerrar en la caja para bajarme a la carroza de los muertos, resucité, y no te quiero decir la sorpresa que produjo mi vuelta a la vida de esta casa. Todos los que me rodeaban echaron a correr, sólo tú te quedaste cerca de mí.

Los artefactos fúnebres desaparecieron como por encanto, la caja también. El coche aguardaba abajo, frente al portal, convertido en un daumont lujoso con su hermoso tronco de caballos y los cocheros y lacayos iban elegantemente uniformados. Te invité a que nos fuéramos a dar un paseo, cogimos a brazadas las flores, llenamos el coche con ellas, nos sentamos, y rodeados de coronas y de público que aplaudía mi resurrección, nos marchamos alegres triunfalmente al Posilipo...

Cuatro años después, Eugene Mancini, hallándose en su despacho en compañía de un pariente de su mujer, recién llegado de Roma, sintióse enfermo repentinamente. Tanto, que en pocos momentos llegó a perder el movimiento de los miembros, la vista y el habla. Sorprendido el pariente que le acompañaba, llamó en su ayuda, acudiendo su esposa y la servidumbre, que grandemente afligidos, le condujeron al lecho, avisando al inmediato puesto de beneficencia facultativa.

Los auxilios de la ciencia fueron inútiles, y el médico de la casa, el doctor Marcos, certificó la defunción, y la inhumación fué fijada para el día siguiente.

Momentos antes del entierro, pasó como un relámpago por la memoria de la afligida viuda la fantástica narración que cuatro años hacía, le contó su difunto esposo, y presa de mortal angustia, obtuvo con sus ruegos y lamentos que se aplazara el sepelio y que se procediera a un nuevo y detenido reconocimiento facultativo del cadáver de su marido.

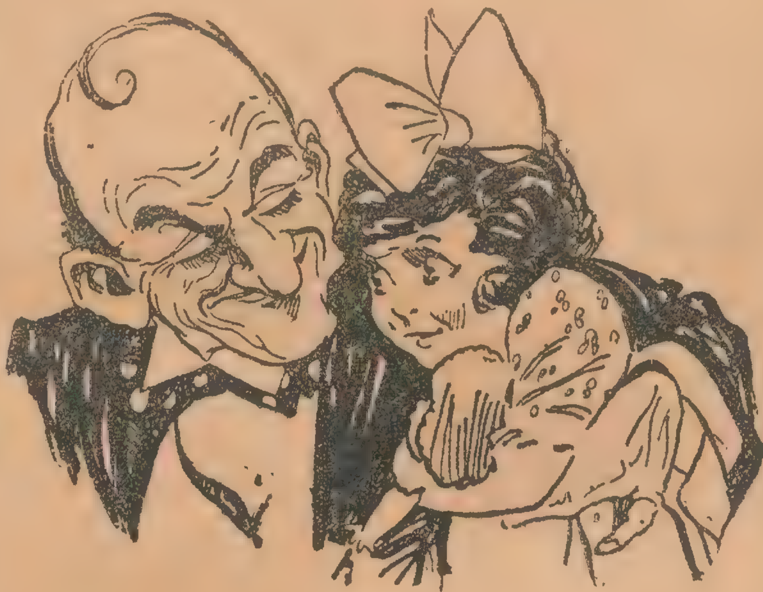
Ocho días después, la ciencia celebraba con afectada modestia su triunfo. Eugene Mancini estaba muerto, era un caso de momificación magnética. Era necesario volver a ocuparse de los funerales suspendidos por la turbada imaginación de la inconsolable viuda.

Y cuando los "pitejos" de la muerte se presentaron en la Via Gesú e Marte, 17, de Nápoles, para llevarse al cementerio el cadáver del caballero Mancini, éste, al porrazo de la tapa de la urna funeraria, despertó del profundo sueño letárgico en que se hallaba sumido, y con voz estentórea gritó:

—Pero, ¿qué hacen ustedes?... ¡Si no me he muerto todavía!... Y lo dejaron solo.

PARACELSO.

POR PARTES



—¿Dónde naciste, Porota?
—En Barcelona.
—¿Qué parte?
—Toda yo, menos mis cabellos y mis dientes que nacieron en Buenos Aires.

La mujer más gruesa del mundo

Hace poco falleció en Bristol Lovely Lucy Moore, considerada como la mujer más gruesa del mundo.

Había nacido en Lexington (Kentucky) hace cuarenta y tres años, de padre inglés y madre americana, en condiciones de absoluta normalidad; pero poco a poco su desarrollo alcanzó proporciones extraordinarias. El día de su primer aniversario pesaba 98 libras; a la edad de doce años, 170, y a los cuarenta y tres, 668.

Lucy tenía cinco pies de estatura; su talle medía 83 pulgadas; su cuello, 25, y su brazo, 27.

Las manos y los pies eran pequeños, y sus hermosos dientes completaban la armonía de las facciones. La señorita Moore había realizado un viaje por todo el mundo, exhibiéndose como fenómeno.

Impresiones de Portugal.—MARINERA

por Alberto VALERO MARTIN

Cuando nos encaminamos al muelle es aún noche cerrada. A poco, cerca de la ría, descubrimos las barracas de los pescadores. Dos marineros están riñendo cuando llegamos. Son ágiles y jóvenes. Se golpean recia y académicamente, como pugilistas profesionales, y sus camaradas les contemplan en corro, pasivos, con una indiferencia absoluta... Uno de los que riñen es mucho más fuerte que su contrario, y a cada golpe, firme y seguro, le obliga a tambalearse angustiosamente, con la cara ensangrentada... Nuestra impetuosidad y nuestro quijotismo nos lleva en seguida a separar a los que tan dura y tan desigualmente riñen. Entonces, los otros marineros nos secundan eficaces y nos saludan luego, como si nada hubiese ocurrido allí... Los contendientes descienden por unas escaleras pinas y anchas, que el agua bate, y lávanse la sangre que corre por sus rostros. Yo temo que vuelvan a enzarzarse y no les pierdo de vista. Me parece que de un momento a otro voy a ver el relucir siniestro de las armas, y que otra vez han de acometerse, más sañudos que antes, por la fiebre homicida de la pelea, y que, abrazados, golpeándose, van a caer al agua, iracundos y atroces... Pero no... Se han lavado ya y suben a reunirse con sus compañeros, dueños de una tranquilidad que nosotros, habituados al espectáculo de otros odios más vengativos, no nos explicamos bien.

Todos nos sonríen humildes, y dícennos que ya está la barca dispuesta y los aparejos acondicionados, y que sólo esperaban nuestra llegada para hacerse al mar. Vamos a la pesca de la sardina...

Entramos bulliciosamente en la barca, bien amarrada al vaporcito remolcador que ha de llevarnos mar adentro. Azota el viento la vela y respiramos a pleno pulmón, con avidez y sensualidad, este fresco aire marino, que trasciende a madera embreada, a algas, o yodo y a salitres... Silba el remolcador y nos dirigimos hacia la desembocadura del mar... Al pasar la barra, los vaivenes son recios, bruscos. Trepan el vaporcillo y el lanchón sobre las olas, y, al descender, caen tan de proa y tan ligeros que parece que han de clavarse velozmente en el agua y que el agua va a tragarnos...

Aquí y allá, en culebreos eléctricos, fosforece el mar con una intensísima luminosidad verdosa y misteriosa. Es algo tan alucinante como los fuegos fatuos de las necrópolis, esas lucecillas que en los camposantos rurales tanto emocionan y sobrecogen a los ingenuos y crédulos aldeanos... Suenan roncas y seguidas las olas al romper sobre los arenales de la playa, y salta la espuma al chocar el oleaje contra las peñas, contrastando su blancor con el tono negro de las aguas sonoras y bravías... Vense sobre la inmensa superficie, remotas y diminutas, las velas desplegadas de otras barcas pescadoras. Y la media luna, que avanza lenta y solemne por el alto cielo, parece una embarcación también, milagrosa y fantástica, como una góndola de plata navegando sin piloto, entre innúmeras barquichuelas luminosas, por un amor infinito y magnífico, transparente y encalmado, sin olas y sin orillas...

El remolcador se ha vuelto hacia el muelle, abandonándonos a nuestra suerte y ventura... Corre un vientó fuerte, que golpea broncamente en la tendida vela, y avanza la barca, inclinada a favor del viento... Nosotros, hombres de tierra adentro, hechos a otras andanzas, disimulamos un súbito temor... Pasa la bota de mano en mano, deteniéndose de boca en boca... Los pescadores beben a tragos largos, con reposo y con deleite... A instancias mías recogemos la vela y bogamos a remo, ejercicio al que soy aficionado. Suena el golpe de los remos en el agua a intervalos iguales, y adéntrase en el mar nuestra barca, suave y voluptuosamente, mecida por las olas...

Ya apunta el alba... ¡Por fin!... Unos delfines saltan y se zambullen alegremente, apareciendo y desapareciendo a nuestra vista grandes y cerdosos, jabalinos, formando anchos remolinos de espuma a su alrededor. Los pescadores, temiendo que rompan las redes los delfines, no se deciden a tenderlas todavía y llevan la barca más lejos, hasta lugar seguro, donde arrójanlas al mar.

El cielo ha ido encapotándose y se ha formado como una neblina en la línea sin fin del horizonte. Las aguas tienen un color plomizo y torvo. Luego se tornan de un verde sucio, como el color de la aceituna. Triunfa el sol, a la postre, y adquieren ahora una hermosa coloración azul. El tiempo se pone espléndido y el mar se pone manso... Detenemos nuestra embarcación, que tiene un nombre de un gran prestigio lírico, áureo y fragante en la poesía universal: "Beatriz"...

Los pescadores están alegres. Por dos veces han salido las redes bien cargadas, y ellos han comido y bebido abundantemente. Muéstranse muy reconocidos de las viandas con que les hemos regalado, y nosotros estamos complacidos de su alegría. Ríe el sol en el cielo y en el mar y triunfa el azul por todas partes...

Llégase la hora del retorno, y de nuevo se forman unas nubes en el horizonte, negras y espesas, cubriendo la postura del sol... De vez en vez se incendian los bordes de las nubes, y entre sus desgarraduras aparece un pedazo del disco solar, maravilloso, rojo, de un rojo incomparable, arrebatadoramente bello... Bájanse las nubes y, asomando el sol sobre ellas, dorándolas por la cumbre, semejan una cordillera absurda y hermosa de montañas picudas y oscilantes... Desaparecen, al cabo, y queda solo, magnífico, emocionante, el globo encendido del sol... Se explica bien el encanto y la superstición de algunas religiones indias. Acomete el deseo de arrodillarse.

Sobre el mar queda un reguero centelleante, que fué de oro y ahora es de fuego... El sol va hundiéndose con una solemnidad imponderable, siempre rojo, siempre augusto, siempre rey... El cielo va oscureciéndose y el reguero que iluminaba las aguas va perdiendo luminosidad, y ya no es fuego, sino sangre... Ocúltase el sol, al fin, dejando una estela rojiza que flota a ras del agua, en el punto lejano por donde se hundió, y otra vez aparece, navegando a través del cielo, como una milagrosa embarcación mística, la góndola de plata de la media luna.

Los pescadores charlan alegremente. Están optimistas y comunicativos. Uno distrae las horas del retorno cantando estos lánguidos "fados" portugueses, de céltico abolengo, tan dulces y sentimentales... Otro narra tremendas escenas en los bancos de Terranova, en las noches de furiosa tempestad, de rayos y de truenos, sobre el mar enfurecido, en frágiles embarcaciones, cuando las rudas y peligrosas bregas de la pesca del bacalao... Cuéntalas a la manera lusitana, con grandes énfasis, apareciendo él en sus narraciones, entre una bizarra y astrosa multitud de marinos ingleses, italianos y españoles, que nos presenta brava y pintorescamente, con el prestigio de un héroe legendario...

—¡Bah!—añade, como hombre que se resigna con la crueldad de su destino.—La peor no me ha llegado todavía, porque la peor será en la que muera y aun no he muerto. Nosotros ya sabemos que, antes o después, nos tragará el mar. Cuéntales a sus "excelencias"—dice, dirigiéndose a otro marinero—lo que nos ocurrió este 2 de mayo.

Yo me vuelvo hacia el aludido y siento súbitamente una enorme emoción. El gesto trágico que acaba de adquirir el rostro curtido y moreno de este hombre me conmueve reciamente.

—No puedo—balbuce ronco;—ya sabes que no puedo. ¿A qué viene hablar de eso ahora? ¿No sabes que no puedo? Cuéntalo tú.

—De ninguno modo—exclamó.—Si este hombre no quiere que se hable de ello, hablemos de otra cosa.

El aludido clava en mí sus ojos con grande y conmovedor agradecimiento, con una mirada de perro fiel, y dice trabajosamente:

—Ya que se ha dicho, que lo cuente.

Todos se han puesto tristes. Hay un silencio dramático y yo no me atrevo a mirarles a las caras, terrible y repentinamente angustiosas. Miro al mar, que ahora está pródigo de matices: negro, gris, azul, verde, amarillo, blanco deslumbrante... Los faros de Figueira y del cabo Mondego brillan en la lejanía... Buarcos y Figueira, con sus casitas blancas y sus luces policromas, son como grupos de gaviotas, reposando en la noche, entre una floración fantástica y luminosa...

Y el marinero, rompiendo el silencio y y avivando la emoción de todos, cuenta una espantosa escena, para la que no hay palabras suficientemente expresivas de terror y de dolor.

He aquí lo sustancial: Antes del día, con el viento bonancible y el mar manso, salió de Buarcos "Nuestra Señora de la Encarnación", tripulada por veinte marineros. Al atardecer se desencadenó, febramante y horrísona, una violenta tempestad de viento. De mayores se habían librado y no quisieron precipitarse a recoger la vela. Pero el viento arreció todavía más, bamboleando la barca frenéticamente, y "Nuestra Señora de la Encarnación", azotada por el ciego y horrible ímpetu de las olas, vencida yor el vendaval, tumbóse de un costado. Los veinte pescadores fueron al agua. Las primeras horas, nadando a ratos y otros aferrándose a la barca, fueron defendiéndose con la esperanza de que desde alguna otra embarcación les viesen y acudieran en su auxilio. Pero no se veía una en todo el mar, y ellos no se atrevían a separarse de la suya, anegada y medio hundida, porque las olas eran tremendas y la marejada furiosa, y a nado no hubieran podido ganar la playa. Se hizo noche cerrada. Rugían las olas y los vientos. Entre el espanto y la desolación de la noche clamó la voz de un rapaz:

—¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre?

—¡Adelante, valiente!—le contestaron.—¡Ocúpate de nadar, y adelante! ¡Ya estamos cerca! ¡No pierdas la barca! ¡Adelante!

—¿Y mi padre?—tornó a preguntar con desaliento el chico.

—¡Déjate de eso, y duro, nada duro, rapaz, que ya estamos en tierra!

—¡Padre! ¡Padre!...—gritó trágicamente el mozo.

—¡Vamos, calla, que tu padre está con Dios!—replicó una voz áspera.

Y en aquel instante, como si el muchacho se hubiera convertido en hierro, desapareció para siempre entre las olas.

Tras el rapaz aquel, a intervalos desiguales, y agrandando el terror de los otros, fueron desapareciendo catorce marineros más... Al romper el día sonó implorante otra voz:

—¡Padre, un beso, que me muero! ¡Qué no puedo más! ¡Un beso, padre! ¡Que le juro a usted que me muero!...

Volvióse el padre, agarrado a la barca como estaba, y tirando del hijo:

—¡Animo, hijo! ¡Por Dios, ánimo! ¡Ya estamos en tierra!

—¡Un beso, padre! ¡Padre!...

Y al recibir el beso, aquél quedóse muerto.

Entonces ocurrió algo inconcebible. El padre desciñóse la faja y se ató el cuerpo del hijo a la cintura. Así, atado al cadáver del hijo, aferrado a la barca, en el hirviente y revuelto mar, rezando y blasfemando, extenuado y enérgico, luchó horas y horas hasta ganar tierra...

¿Concebís algo parecido? Desde el infierno dantesco hasta "El jardín de los suplicios", de Mirabeau, pasando por "El rey Lear", ¿habrá algo más horriblemente espantoso? ¿Es posible un mayor dolor y una más negra tragedia?...

—Pero, ¿cómo pudo ser eso?—pregunto.

—¡Pudo ser, pudo ser!—exclama sollozando el marinero que se negó a contar el hecho.—¡Aquel rapaz era mi hijo y yo el que le llevé muerto hasta la playa, atado por la faja a mi cintura, para dársele a su madre!...

Estamos consternados, silenciosos... Sólo se oye el sollozar, contenido y ronco, de este grande y bravísimo sin ventura, rimando con la elegía áspera que dice el viento al chocar contra la vela tendida...

Y yo pienso en el crimen que cometemos todos, todos los que, indiferentes, hablando de cosas frívolas en la playa, vemos llegar estos lanchones pescadores, tendida al viento la vela y repletos de estos pescados rutilantes, que nosotros adquirimos después por un puñado de miserables centavos.

LO QUE SUCEDERA





El bolseviqui quiere que el mundo abra la boca: Pero...

Crónicas de Alemania

LA FERIA DE LEIPZIG

por J. M. DE SAGARRA

Mientras aguardamos todas las revoluciones y todos los hechos extraordinarios, el Mercurio germánico no se descuida, ha empuñado su caduceo un poco decrépito, se ha calzado estas abarcas con alas de lechuza y ha ido a Leipzig a armar una feria, que sería el encanto de muchos señores de nuestro país, de estos que tienen el cielo, el infierno y el purgatorio en el "Debe", el "Haber" y las "Cuentas corrientes". Yo no es que busque comisiones ni representaciones de ninguna clase; pero como que en Berlín no pasa nada hace ya algún tiempo, he pensado ir a dar una paseíto por Leipzig a ver qué es eso de la feria.

Engañaría a mis lectores si les dijera que esta manifestación comercial de la célebre ciudad sajona no es una cosa muy importante y muy interesante. Podría llenar cinco crónicas de datos estadísticos, a base de un sin fin de papelitos y libritos que me han dado; pero esto sería un poco aburrido para el paciente lector; además, no tendría ninguna gracia.

Dejemos, pues, la estadística y procuremos decir en pocas palabras el por qué de la importancia de esta feria, su valor actual y su gracia externa.

En todo el mundo se celebran ferias más o menos grandes; pero no hay que descuidar que la feria de Leipzig era antes de la guerra la más importante de cuantas se realizaban en nuestro planeta, y que después de la guerra la feria de Leipzig ha ganado en cantidad y calidad por motivos que se dirán después.

La antigüedad de las ferias de Leipzig, si no me han enterado mal, es de 652 años, y la primera se le ocurrió armarla en marzo de 1268 a un señor margrave llamado Dietrich von Landsberg. Poco pensaría el tal margrave que con el tiempo estas ferias llegarían a ser una viva manifestación cubista, porque la feria actual es la cosa de color más moderna que he visto en mi vida.

En primer lugar, aquí no es la feria una manifestación comercial circunscrita a un lugar determinado de la ciudad; es toda la ciudad, ya muy comercial en tiempos normales, que se convierte en feria, y además de convertirse en feria, se complace en demostrar esta metamorfosis con un sin fin de banderas y banderitas, carteles y cartelones, donde las más modernas tendencias de las artes más locas han marcado su valor decorativo. Hasta la Universidad, "Universitatis lipsiensis", con todos sus prestigios doctorales, sirve de albergue a las mercancías más raras y a las baratijas más insignificantes; y el nuevo "Rathaus", tan severo, tan aparatoso y molesto, guarda una exposición de arte expresionista aplicado a la industria, muy a propósito para producir una digestión difícil.

En el museo etnográfico, que está lleno de estas figurillas y grandes figuras obscenas que inventan los salvajes de las distintas partes del mundo, hay una manifestación de industrias textiles de gran lujo, y de lo que los alemanes llaman "Galanteriewaren" (artículos de galantería), que pueden ser, o bien unas ligas de señora con una flor de loto de terciopelo, o un cepillo para los dientes en forma de cacatúa, un portamonedas, un mono de porcelana, etc., etc. En esta misma manifestación comercial del museo etnográfico exhiben los modistos y modistas más célebres de Alemania lo que ellos llaman la última moda, por medio de modelos vivientes. A ver la última moda y los modelos entra mucha gente, sobre todo mujeres, que no sé por qué les interesará la última moda, ya que muchas de ellas van vestidas con unos trajes del tiempo de "Los tres mosqueteros".

Donde nuestra admiración queda agotada, como si le hubieran administrado un baño turco, es en esta gran exhibición de maquinaria, que se celebra en un palacio especial, vecino al monumento de la Batalla de las Naciones.

Yo, señores, no entiendo en todas estas complicaciones de hierro pulido que preocupan a media humanidad, si no es que preocupan a la humanidad entera; pero esta exposición de maquinaria, vista por mis ojos profanos, viene a ser el infierno que se imaginara el Dante si viviera entre nosotros; un infierno con los aparatos de tortura limpios, nuevos y pulidos para funcionar con toda precisión. Estos rebaños estáticos de chimeneas descomunales que vemos esparcirse por la región del Ruhr, por la Westfalia, por el corazón de Sajonia, en la periferia de la sagrada Nuremberg, todo el esfuerzo industrial de Alemania, que aunque nos parezca actualmente agotado y debilitado en extremo, no por esto deja de ser enorme, se ha congregado aquí, en estas grandes salas, para mostrarnos de qué es capaz y qué trucos, trampas, inventos y mistificaciones pueden hacer estos hombres poderosos en el hierro y la hulla. A mí me parece que esta exposición es lo más alemán de toda Alemania. ¡Qué lástima no poder llevar en el corazón una docena de señores germanófilos que conozco para presenciar la explosión y el delirio de sus entusiasmos!

Hay que reconocer, además, que esta exposición de maquinaria está realizada tan maravillosamente y con tanta perfección y orden, que uno tiene la idea clara de que no se podía arreglar ni distribuir mejor para producir el efecto buscado; el efecto buscado en este caso es "épater les bourgeois". Y yo me complazco en sentirme "bourgeois" y dejarme epatar por los señores alemanes todo el tiempo que les dé la gana, porque la exhibición de maquinaria es algo que se acerca al infinito.

Enumerar artículos, tiendas, grupos de exhibición, sería inútil; ya he dicho que es la ciudad entera; el número de concurrentes pasa de cien mil.

La feria de Leipzig que se celebra estos días, según me han dicho, no es tan importante como la de la pasada primavera; el número de compras es, además, muy limitado. Estas ferias de Leipzig han ganado en importancia después de la guerra porque muchos industriales alemanes que tenían un viajante por todo el mundo no pueden aguantar ahora esta clase de gastos extraordinarios, y prefieren concurrir a la feria y hacer por este medio sus negocios y contratos; este es el motivo principal del gran aumento de concurrentes acaecido estos últimos tiempos.

Además del valor comercial que tienen las ferias de Leipzig, hay que apreciar su gran valor pintoresco. Todos los señores que se complacen en escurrirse por las cloacas de la sensibilidad, agudizando los colores y alargando, cuadrando y triturando la forma, pueden recibir una viva inspiración al aire libre de lo que es una ciudad en manos de mercaderes enamorados de los colores chillones, las letras absurdas y las siluetas confusionarias.

ESTUDIO PSICOLÓGICO



Cómo ve el médico a su cliente.

Reminiscencias bárbaras

Entre las naciones que conservan su independencia, acaso ninguna está todavía tan atrasada en una porción de cosas como Persia. La justicia, sobre todo, se encuentra allí en un estado realmente rudimentario, o por mejor decir, brilla por su ausencia, lo que se debe en gran parte al fatalismo que predomina en el espíritu nacional, y que hace que ni los delincuentes pierdan la serenidad ante las más tremendas penas, ni el pueblo proteste contra la barbarie que algunas de éstas revelan.

La pena capital todavía se practica en Persia degollando públicamente al culpable, en plena vía pública. Si el delito es de carácter político, en vez de la degollación se emplea a veces la pena del cañonazo, atando al delincuente a la boca de una pieza de artillería. El empalamiento, el emparedamiento y la caldera de agua hirviendo son otras dulces formas que entre los persas toma la última pena.

Los delitos de menor importancia se castigan con el apaleamiento o con otras penas análogas. El mismo cha no tiene inconveniente en mandar apalear a un primer ministro, si se cree ofendido por él. Un castigo bastante frecuente, consiste en pegar en las plantas de los pies con varas mojadas, para que sean más flexibles. Cincuenta golpes son la pena mínima, quinientos la máxima.

LOS PEREGRINOS DEL MAYFLOWER

Tercer centenario de su llegada

Acaba de celebrarse en diversas partes de los Estados Unidos el tercer centenario de la llegada a la América de los peregrinos del Mayflower.

"La conciencia de los Estados Unidos—dice el ex presidente William Howard Taft—principia con los colonos de Plymouth. El gobierno del pueblo, bajo la ley de Dios era su credo político. Aunque han pasado ya tres siglos desde la época en que llegaron, lo mejor del carácter del pueblo norteamericano trae su origen de aquellos colonos."

Los que llevaron a cabo el viaje al través del Atlántico procedían primeramente de Inglaterra. En aquel entonces se fundaron varias congregaciones religiosas llamadas separatistas, las cuales formaron la gran congregación puritana que simplificaba el culto y exaltaba la fe, despojando de faustos y ostentaciones las prácticas religiosas. Perseguidos por sus creencias, se vieron obligados a salir para Holanda, donde permanecieron doce años. Durante ese período tuvieron que desempeñar duros trabajos, y aunque hubo conflictos dentro de la misma congregación, la idea de buscar una tierra que fuera propicia a sus aspiraciones, se fomentó entre los peregrinos. Las persecuciones de que ya habían sido objeto en su propio suelo, los trabajos penosos en las bajas tierras de Holanda, la necesidad que sentían de preservar de influencias extrañas su idioma y sus costumbres, fueron las causas que obligaron a esos hombres a buscar la tierra de promisión en el Nuevo Mundo.

De ese modo principió la obra que había de venir a cimentar la confederación norteamericana. Mediante las escasas economías que pudieron hacer en su peregrinación por Holanda, se hallaban decididos a arrostrar las contingencias del océano y establecerse en tierras casi desconocidas. Pero las tribulaciones que habían sufrido no habían terminado todavía. De las dos embarcaciones que salieron de Holanda para Inglaterra a hacer los arreglos de la expedición, una de ellas, el Speedwell, desapareció pronto de la escena histórica, debido al mal manejo de sus jefes y a accidentes provocados por ellos mismos, según aseguran fuentes autorizadas. En cambio, el Mayflower se preparó para continuar el viaje mediante negociaciones con colonizadores holandeses primero, y luego con manufactureros ingleses, que se unieron a ellos para facilitar la expedición.

En agosto de 1620 se dieron por fin a la vela, en el puerto de Plymouth, Inglaterra, las dos pequeñas embarcaciones; el Mayflower con rumbo a América y el Speedwell con dirección a Londres, llevando éste la gente que por decaimiento en su salud estaba imposibilitada para sufrir las contingencias de ese viaje.

A la aventurada empresa no podían faltar en alta mar contrariedades que ya habían puesto a prueba, durante muchos años, la perseverancia de los peregrinos. En mitad del océano, fuertes vientos encontrados causaron graves averías al barco, y por ese motivo surgieron en la tripulación protestas de un lado, descontento general y ruegos por otra parte para que el navío virara nuevamente hacia Inglaterra antes de que tuvieran que verse obligados a arrojarse al agua. El capitán del Mayflower, Thomas Jones, cuyo buen comportamiento es reconocido por fuentes autorizadas, pero que no era avezado en viajes de esta clase, garantizó con otros jefes del navío, que mediante pequeñas reparaciones podría continuarse el viaje sin peligros para los tripulantes.

Los que formaban la expedición, unas ciento veinte personas, eran gentes de tierra sin experiencia alguna en los viajes marítimos. Debido a esto, a los vientos fuertes que habían sufrido y a las malas condiciones en que tenían que vivir, los tripulantes abrigaban grandes temores por el mar, lo que contribuyó al decaimiento de los ánimos y a que todos, casi sin excepción, se sintieran ligeramente enfermos. El mal tiempo que siguieron teniendo causó nuevas averías al navío, por lo cual se vieron obligados a sufrir la inclemencia de las circunstancias, pues el agua se filtraba por los techos, durante las lluvias, y el piso se mantenía húmedo constantemente. No obstante esto, sólo se registra la muerte de una sola persona, ya próximos a su llegada.

Después de nueve semanas divisaron tierra. Era Cape Cod, a donde se dirigieron confiados en que sus penalidades habían terminado.

UNA RELEXIÓN



—Piensa que cuando tengas setenta y cinco años habrás perdido veinticinco durmiendo.
—¿Sí, eh? ¡Entonces un par de horas más no importa nada!

A pesar de que los expedicionarios no eran gentes instruídas, alcanzaron a comprender que estaban en sus manos las responsabilidades del viaje que acababan de hacer, y como iluminados por un genio, todos de común acuerdo, escribieron y firmaron "El Pacto", elevado documento por las tendencias que en él se esbozan.

En ese documento se hace constar que no obstante que ya habían llegado a tierra, como los ánimos no estaban igualmente animados de concordia y unidad, era conveniente que los asociados llegaran a un acuerdo mediante el cual vinieran a formar todos juntos un solo cuerpo, el cual se sometería a un gobierno nombrado por la misma congregación.

Es de notarse que, a pesar de los sacrificios que los puritanos se habían visto precisados a hacer, de que fueron expulsados de su tierra, de que habían sido perseguidos por el solo hecho de defender las creencias que profesaban, no intentaron desconocer el gobierno de su rey ni profirieron una palabra en contra de su patria. Antes por el contrario, cuando levantaron las velas en dirección al Nuevo Mundo, el pendón patrio flotaba del mástil del navío, y al firmar el mutuo convenio se ponían bajo las órdenes de su soberano, en cuyo nombre iban a sembrar las semillas de la fe.

Esos hombres que firmaron el pacto vinieron a ser, con nuevos peregrinos que llegaron más tarde, los fundadores del nuevo Plymouth, Mass. Desde entonces los colonizadores empezaron su obra de evangelización y de trabajo que ha perseverado y se ha extendido con el transcurso de los años y que llevaba como patente la independencia personal, la rectitud de carácter y los sanos principios de una religión depurada por las persecuciones.

El guayacán

La explotación de los grandes bosques de la América tropical es industria que apenas se ha tocado, no obstante lo mucho que promete. Expórtanse algunas maderas de unos pocos países, como la Argentina y el Brasil; mas esto no representa más que una fracción casi insignificante de la enorme riqueza forestal de la América del Sur, donde las maderas de construcción, de tinte y de ebanistería se dan en grandísima abundancia y de inmejorable calidad. Hoy adquiere mayor importancia aquella industria, por cuanto las maderas útiles se están agotando en otros países productores, como los Estados Unidos, donde actualmente se hacen esfuerzos inauditos para conservarlas. En esto, como en todo lo demás, se tropieza en Sud América con la dificultad del transporte; pero no es ella tan grande como en el caso de otros productos, pues muchas de las maderas valiosas se hallan en la vecindad de los grandes ríos, por los cuales pueden conducirse fácilmente al mar.

Del guayacán, que es una de las maderas mejores y más comunes, dice el "Scientific American" lo siguiente:

"El eje de propulsión de todo acorazado, de todo cazatorpedero, de todo buque de transporte, y, en general, de todo barco de vapor de algunas dimensiones, gira en un cojinete de madera situado en la popa. De los millares de maderas conocidas, el guayacán, nativo de las Antillas y otras regiones de la América tropical, es el único que llena satisfactoriamente las exigencias de este fuerte trabajo. Las propiedades peculiares que lo hacen tan adaptable a este objeto son la disposición de las fibras y las resinas contenidas en las células de la savia. Las fibras no son nunca derechas y paralelas al eje del tronco, sino que tienen forma de serpentín y se entrelazan las unas con las otras, formando un tejido semejante al de los neumáticos de cordones de los automóviles. Resulta de esto una estructura de grande elasticidad y resistencia. Cuando las células dejan de funcionar, todos sus intersticios se llenan de una resina cuyo peso específico es como de 1.3. El peso de la madera es, pues, como de 1.300 kilogramos por metro cúbico. Los usos a que esta madera se aplica son innumerables."

¡Y pensar que en muchas partes de Sud América sólo se emplea para leña o para cercas rústicas!

Los camiones automóviles y el desarrollo agrícola e industrial

Cada vez se hace más patente el hecho de que el camión automóvil es un factor indispensable en el progreso de las industrias y en el desarrollo de la agricultura. En los Estados Unidos, por ejemplo, puede decirse que casi un sesenta por ciento de la venta de vehículos se distribuye entre los agricultores, y que de estos vehículos la mayor parte está constituída por camiones automóviles.

La situación de los transportes en la industria en general ha sido mejorada materialmente con el empleo de los camiones. Durante el último año más de 1.200.000.000 de toneladas de carga fueron transportadas por los 750.000 camiones que existen en funcionamiento en los Estados Unidos.

Por su parte, los manufactureros de camiones están aumentando sus medios de producción a fin de atender a la demanda que existe en todo el mundo por el transporte automóvil. La General Motors Truck Company, que se ocupa de la fabricación de camiones desde tres cuartos de tonelada hasta cinco toneladas, ha declarado que construirá 20.000 camiones G. M. C. en los próximos doce meses, muchos de los cuales serán exportados a cerca de cuarenta países distintos.

El señor W. S. Guy, gerente del tráfico de la Carnegie Steel Company de los Estados Unidos, cita el caso de una de las plantas de dicha compañía que produjo 49.000 toneladas de material en junio de 1920, de las cuales se despacharon 29.000 en camiones automóviles.

Son precisamente estos hechos los que determinan la demanda que existe en todo el mundo para el transporte automóvil, particularmente en lo que se relaciona con la carga. Todos los países progresistas están tratando de mejorar sus facilidades de transporte, tan indispensable para el desarrollo de las respectivas industrias y para la economía de un tiempo precioso, y cada cual confía también en que el camión automóvil ha resuelto el problema.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Belleza e higiene

¡Ser joven el mayor tiempo posible! He aquí la suprema aspiración de la mujer moderna. ¿Cómo lograrlo? ¡Oh! Relativamente, de modo fácil. Con sólo observar ciertas reglas higiénicas se llega a la obtención de belleza y juventud inapreciables.

Comenzaré por explicar que en el estómago e intestinos radica la frescura y el bienestar del organismo.

La dispepsia estomacal origina los males intestinales crónicos con su acompañamiento habitual de insuficiencia hepática, que prepara el envejecimiento celular originado por productos incompletamente transformados, y, por lo tanto, nocivos, que no permitiendo una nutrición perfecta, traen consigo la alteración del riñón sometido a un trabajo excesivo en su función eliminadora, y la desorganización del sistema nervioso, viciado en su nutrición reunido a las alarmas de un corazón que, debido a un exceso de tensión por el sistema periférico capilar y arterio venoso, se resiente al fin.

Cuando el organismo se intoxica lentamente, lucha durante algún tiempo por adaptarse al nuevo orden de cosas y al fin, en fuerza de la continuidad de la intoxicación, llegan por su orden a la albuminuria, la diabetes y la arterio esclerosis, afectando vasos que acaban por producir el reblandecimiento y la apoplejía.

Los parias de una sociedad egoísta por intoxicación moral, los que padecen por alimentación insuficiente o escasa, no deben temer a la vejez prematura: La tuberculosis se encarga de librarlos a tiempo de los sufrimientos que trae consigo la vejez.

Uno de los factores físicos más importantes para la acción vital es el de la aireación tan necesaria a la respiración y combustión interna de los tejidos.

Ligado muy íntimamente al interior está el de la luminosidad solar que de modo tan indiscutible estimula a la superficie del cuerpo y facilita, por la excitación de la piel, de un modo reflejo, la respiración y circulación.

Un aforismo higiénico que es una gran verdad, es este: "Donde no entra el aire y el sol, entra la enfermedad".

La sangre, y especialmente el glóbulo rojo, necesita para la función oscilante el contacto del oxígeno atmosférico con el hierro contenido en dicho glóbulo de modo que todo exceso de ácido carbónico retarda las funciones vitales y trae consigo la anoxemia.

La vida moderna exige que transcurra el día en los locales cerrados; los esparcimientos nocturnos son, por lo general, faltos de ventilación en teatros y salones donde se aglomera gente, añadiendo la calefacción y lo viciado de la atmósfera por el humo.

Y si a más de esto dormimos en habitaciones cerradas, hay que convenir en que conspiramos de continuo contra nuestra salud, contra la juventud y contra la belleza.

Luz, mucha luz solar, aire libre, agua, mucha agua corriente, y tendremos tres factores importantísimos para la conservación de la salud, la juventud y la belleza.

Después de ellos, el ejercicio metodizado, la alimentación reglamentada y la tranquilidad moral son el complemento de una vida preparada para ser larga, buena y bella.

La piel tiene una importantísima misión para la conservación en perfecto estado de la salud y la belleza.

La generalidad de los seres cree que sólo tiene la misión de ser protectora. Pero es necesario advertir que también tiene la de modificar la calorización normal interna del organismo, expulsando una gran parte de venenos orgánicos por los poros.

Sabida es la importancia del sudor en relación a una atmósfera caliente; con él se evita la elevación del calor central, extremo comprobado en las enfermedades febriles, en las cuales se debe muchas veces la curación a la buena transpiración.

Es también muy importante en las funciones respiratorias y circulatorias por la cantidad enorme de capilares sanguíneos que la riegan.

La limpieza exquisita de la piel, no sólo la embellece, sino que contribuye al buen estado en general de la salud originado por el desembarazo de las materias impuras que nos rodean, cuyas partículas flotan en el ambiente con el polvo.

La boca es de tal importancia para la conservación de la salud y de la belleza, que por mucho que se recomiende su cuidado esmerado, no será nunca bastante. Toda la cavidad bucal se presta para asilo de microbios, al parecer inofensivos, pero que sólo aguardan una oportunidad para dañarnos. Así tanto las encías como las piezas dentarias, como la garganta, como los labios deben ser objeto de preferente atención para evitar todo contacto con cosas impuras y a dedicarnos con esmero al aseo continuo de la parte interna.

De esta suerte los alimentos no se infectarán al pasar por la boca, y con ello lograremos una buena asimilación que nos permitirá conservar bella nuestra epidermis y agradable el aspecto general.

Con los cuidados indicados en cuanto a higiene se refiere, puede garantizarse la conservación de la salud y la belleza.

Casilda.

La cocina

SOPA DE MACARRONES O FIDEOS

Dos zanahorias chicas, 4 cebollas, 2 nabos, 2 clavos, cucharada de sal, pimienta al gusto, mejorana, perejil y tomillo. Carne cocida o sin cocer. Póngase huesos de caracú en agua suficiente para cubrirlos; cuando hierva espúmese y añádanse las legumbres. Hiérvase 3 ó 4 horas, cuélese y póngase otra vez en la olla para que se vuelva a calentar. Hiérvase media libra de macarrones hasta que estén muy tiernos, póngase en la sopera y échese después encima la sopa. Los fideos no deben hervirse y sólo se remojan un rato corto.

HELADO DE BIZCOCHOS

Tres cuartos de litro de crema, 12 onzas de azúcar, 8 yemas de huevo y 1 cucharada de extracto de vainilla. Tómense 6 onzas de almendrados rizados y muélanse en el mortero. Mézclense la crema, azúcar, huevos y extracto, póngase la mezcla al fuego y agítese hasta que empiece a espesarse; fíltrese y pásese por tamiz fino, echándose en una vasija. Póngase en el congelador; cuando esté ya casi helado, mézclesele el polvo de almendrado y otra cucharada de vainilla y acábese de helar.

PUDÍN DE HIGO

Un cuarto kilo de higos, bien lavados, secos y picados, 2 tazas de miga de pan seco, 2 no llenas de leche dulce, media de grasa de buey, media de azúcar blanca, 3 huevos, un poco de sal, media cucharadita de Royal Baking Powder disueltos en agua caliente y revuelto con la leche. Remójese la miga con leche, añádanse los huevos ligeramente batidos, el azúcar, sal, grasa e higos. Bátase tres minutos, póngase bien cubierto en un molde engrasado, colóquese en agua hirviendo con un peso encima de la cubierta para que el molde no se voltee y cuézase por 3 horas. Sírvase caliente con salsa o mantequilla, azúcar molida, 1 cucharadita de extracto de nuez moscada.

LOS NIÑOS TERRIBLES



—¡Qué hombre más feo, mamá!
—¡No es culpa suya, hijo mío, haber nacido así!
—¿Y no se asustó su mamita, cuando lo trajo la cigüeña?

Colaboración espontánea

Vespertina

Juguetea la brisa por entre los rosales
y una abeja golosa en un pétalo sueña
mientras el sol muriente su caricia sedeña
deposita en las cosas con motivos nupciales...

Hay en todo el jardín ansias primaverales
desde el agua que surge de la fecunda peña,
hasta el perro celoso que su estampa diseña
y los trinos festivos de mixtos y zorzales!

La noche se avecina. Y un silencio emotivo
recoge con respeto el tañir persuasivo
de la rústica iglesia que invita a la oración.

Y a pesar de lo místico y sacro de esta hora:
el cerebro angustiado todavía te añora
y gimen los exvotos dentro mi corazón!

Ricardo BUCCICARDI.

Jaculatoria

¡Domine, exaudi orationem meam!

¡Haz que yo muera, Señor!...
Mi corazón ya presiente
el fatal, el inminente
término de nuestro amor!

"Lágrimas ablandan piedras"...
¡Ay!, yo he llorado tanto...
y no pudo mi quebranto
rendir esa alma de Fedra!

¡Haz que me ame, Señor!...
¡Impetra por su clemencia,
o abísmame en la demencia,
o mátame de dolor!

Enloquecido, a sus plantas,
agoté súplica y ruego:
sublimé mi amor de fuego
y mis penas, que son tantas!...

¡Conjura su corazón!...
¡He humillado mi altivez,
y he pedido sin doblez,
con lágrimas, el perdón!

¡Tórname el resplandecer
de sus miradas tranquilas,
o ciégame las pupilas
para nunca, jamás ver!...

Señor: haz que ella sucumba,
ya que a mí el dolor me mata;
y la tumba de la ingrata...
¡que sea también mi tumba!

Francisco FERRARO.

Enojo

Para "Fray Mocho".

Te has enojado, mujer ingrata,
porque te dije que te quería
y que a tu lado sólo podría
vivir dichoso con tu pasión;
te has enojado sin causa alguna,
dejando a mi alma que te ama tanto,
vertiendo a mares amargo llanto
y en la más triste desolación.

Yo, que soñaba para ofrendarte
una existencia llena de flores,
donde no hubiera jamás dolores
y fuera todo dichas y amor;
con tus desdenes deja[illegible] tronchada
de mi ternura la flor primera,
la flor que amante yo te ofreciera
por ser de mi alma la única flor.

Y mientras ella se va secando
a los rigores del desengaño,
enferma y triste por tanto daño,
la fe del alma siento morir
y en el abismo de incertidumbre
do me ha arrojado la desventura,
llamo a la muerte con amargura
y ni la muerte me quiere oir.

Ismael H. TRASANDE.

DAMA CARITATIVA



—Supongo que no me pide usted plata para emborracharse.
—No, señora. Se la pido porque quisiera hacerme retratar.

Instantánea

Hoy conseguí una novia.
¡Vieran ustedes que graciosa y linda!
Tiene los ojos que parecen soles,
la boca bien formada y pequeñita.
Si la vieran, seguro,
de rabia morirían;
parece una muñeca de alabastro
con órganos vitales que la activan,
cuando le dije esta mañana al verla:
¡Buen día, señorita!
ella que comprendió mis intenciones
mirando en derredor dijo: ¡Buen día!
Después tenoriamente
repuse por su amor que yo vivía
y obtuve por respuesta
una mirada halagadora y tímida.
Otras palabras murmuré y entonces:
¡Me toma tan de prisa
—balbuceó—que no sé qué contestarle!...
¡Acepte si le agrado, señorita!
Después le hice el relato
de mis penurias íntimas,
de la guerra tenida con los sueños,
de mis noches de insomnio y de vigilias,
y ella creyendo todo,
sin un gesto de duda y de malicia
alzó la vista que clavaba al suelo
mírome fijo y agachó la vista.

Hoy conseguí una novia.
¡Vieran ustedes que graciosa y linda!
Tiene los ojos que parecen soles,
la boca bien formada y pequeñita.

Salvador MERLINO.

Princesa

Para "Fray Mocho".

La llamaban Princesa. Y era digna de ser reina de un imperio, por su belleza y por su distinción. Hermosísima rubia, de ojos azules, tenía esa altivez digna y amable que es patrimonio de la nobleza, más que de la cuna, de las almas.

Princesa era feliz. Sus menores caprichos eran satisfechos casi antes de formulados, y las contrariedades que hubieran podido lastimar su alma eran apartadas con delicadeza y habilidad tales, que la hermosa ignoraba hasta la palabra llanto. Jamás sus divinos ojos zules, brillantes siempre de entusiasmo y de alegría, fueron empañados por la sombra de una pena. Jamás sus negras pestañas velaron generosas el doloroso goce de una lágrima.

Educada bajo la severa vigilancia de una institutriz inglesa, ni sabía de la ternura de su madre, entregada a prácticas más o menos religiosas, más o menos sociales, ni sabía de los dolores de un mundo al que la rigidez de sus padres, secundados por la iglesia, la substraían.

Y así creció Princesa. Buena como hubiera podido crecer mala, naturalmente, porque era innato en ella ese sentimiento. Pero aislada de toda ternura, ignoraba el amor y la piedad. Acaso las sentía confusamente en el fondo de su alma buena, pero sin saber que las sentía, ya que nunca tuvo ocasión de ejercitarlas.

Y así llegó Princesa a los 18 años.

Su presentación en sociedad hizo época en nuestros salones e hizo época en su vida. Linda, alegre, bulliciosa; altiva, desdeñosa y fría, despertó todas las codicias y encendió todos los deseos. Su fino instinto de mujer la advirtió de su triunfo y supo aprovecharlo alegremente. Su deliciosa risa cristalina era el tormento más refinado para sus amadores, que encontraban en ella promesas, desvíos, caricias y burlas.

Y la linda Princesa, que fué buena siendo niña, se hizo coqueta y frívola cuando empezó a ser mujer.

Una tarde, envuelta en su rico abrigo de pieles, Princesa atravesaba en su auto la ciudad cuando un accidente inesperado detuvo, algo en las afueras, la marcha del vehículo.

Con deliciosa *posse* de elegante indiferencia, trató de indagar lo ocurrido, en el instante que el *chauffeur* se disponía a continuar la marcha.

—No es nada, niña.

Pero los ojos de la joven habían alcanzado a distinguir, junto a la carretera polvorienta, una pobre mujer que, agitando los brazos, corría hacia el camino.

—Pare—ordenó secamente; y bajando del coche, ante la sorpresa del conductor, se dirigió corriendo hacia la infortunada mujer que levantaba desesperada entre sus brazos una criatura ensangrentada.

Un gesto de horror contrajo los hermosos labios de la niña, que volvió hacia atrás la cabeza, y con gesto entero:—Corra usted a buscar un médico, pronto;—y los breves pasitos dejaron la marca de los tacones diminutos sobre el empolvado sendero, mientras el auto partía a toda marcha.

Princesa tomó al pequeño entre sus brazos para aliviar a la anciana de su pesada carga, y con fuerza no sospechada en su débil constitución, llevó al niño hasta el rancho, abrigándolo con sus propias pieles. Asombrada ante la hermosa aparición, la anciana dejaba hacer creyendo hallarse tal vez frente a la virgen María, y deshecha en lágrimas besaba una y otra vez las manecitas del niño, caídas a los lados de su cuerpo. En esto llegó el médico, que procedió a la curación, vendó las heridas y pronosticó gravemente su dictamen. Las heridas eran serias. La cura fué larga y arrancó gritos de dolor al pequeñuelo. La anciana besaba llorando a la criatura y suplicaba a la joven y al médico que salvaran al niño, mientras sus quejas imploraban al Todopoderoso.

En cuanto a Princesa, secundaba afanosa al doctor en cuanto podía; pero de sus labios hechiceros no salió ni un consuelo, de sus hermosos ojos no brotó ni una lágrima. El médico, que empezara por admirar la no común serenidad de la joven, miró pronto con aversión aquella impasibilidad glacial. Cumplido su deber iba a retirarse. Princesa lo detuvo, e indicando a la anciana:

—¿No hay nada que pueda aliviarla, dormirla aunque fuera? Yo cuidaré al pequeño.

El médico miró a la joven con extrañeza. ¿Qué clase de mujer era aquella que no sabía hallar una palabra, una caricia para mitigar la pena de una madre? La observó con asombro como se mira el misterio y, acercándose a la anciana, trató de reanimarla. La niña, entretanto, junto a la humilde cama del chiquillo, le contemplaba en silencio. Era un hermosísimo muchachito de ocho a diez años, morenito y lindo, de cabellos ensortijados, de largas pestañas negras. El dolor contraía sus graciosas facciones, y el sufrimiento, plegando sus labios en un gesto angustiado, moduló una queja. Rápidamente la niña se inclinó sobre el lecho, y su mano aristocrática y fina acarició la frente del pequeño. Al sentir la nueva caricia el chiquillo se incorporó un tanto y, entreabriendo los ojos, murmuró anhelante:

—¡Mamá!

Princesa ya no pudo más. Ante aquella palabra sola que despertaba el sentimiento más grande de su corazón de mujer, todas las fibras de su ser se estremecieron y, cayendo de rodillas junto al mísero lecho, apretó entre sus bracitos finos y nerviosos el cuerpecito del niño. Después, ocultando el lindo rostro, reposó la rubia cabecita elegante sobre la misma almohada que descansaba la del pequeño, y lloró largo rato.

Eran las primeras lágrimas de Princesa.

* * *

A la puerta del rancho que un día presenciara tan triste escena, la hermosa Princesa despide al joven médico.

—Nunca creí que la cura pudiera ser tan perfecta. Es usted quien lo ha salvado, señorita.

Ella bajó la vista, y con honda melancolía murmuró lentamente:

—Quizás tenga usted razón, doctor, pero antes él me había salvado a mí.

El médico alzó con curiosidad la cabeza.

—Hasta aquella tarde—prosiguió ella—yo no conocía el dolor. ¡No había llorado nunca! Ignoraba lo que era la ternura y el...—se detuvo temerosa tal vez de lo que iba a decir.

El joven terminó la frase tímidamente:

—...el amor, iba usted a decir, ¿verdad?

La niña bajó la cabeza; los oídos del joven más bien adivinaron que recogieron el sí de sus labios y, tomando en la suya la manecita trémula de Princesa, la cubrió de besos.

Beatriz Albertina POMBO.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

LA RIOPLATENSE EN EL SAN MARTIN

Mañana debutará en el San Martín la compañía Rioplatense que dirige el conocido autor uruguayo señor Edmundo Bianchi.

Forman el elenco artístico los siguientes elementos: Actrices: Sras. Pura Blaya, Luz Barrilaro, Hélida Vidal, Sara Casaravilla, Aída Gómez, Susana Algarra, Sara Agüero, Rosa Buffoni, Pilar Castaño, Bertha Eirin, A. Montes de Oca, Adela García, Elvira Narvaes, Consuelo Polin, Mercedes Quintela, Carmen Quintela, Sara Reissig, Clara Quintina, Mirtha Sapelli, María Quintana, Elena Asensio, Maruja Valicelli, Sara Vocna, Eloisa Zamel y Leonor Zaldivar. Actores: señores Guillermo Alonso, Pedro Algarra, Héctor Calcaño, Oreste Caviglia, Angel Daduccio, Recaredo Fernández, Rosendo Fanquiz, José Jiménez, Samuel Jiménez, Víctor Lía, Miguel Natoli, Rafael Notar, Julio Olivet, Carlos Rodríguez, Benjamín Rodríguez, Alberto Rodríguez, Domingo Sapelli, Enrique Wuinter, Ernesto Santullo, Carlos Valicelli, Juan Zorzoli y Osvaldo Zamel.

APOLO

"Isabel", pieza en 3 actos y un epílogo, de Alfredo Duhau.

Dentro de la categoría de obras discretas caben todas aquellas que sin tener excelencias poseen alguna cualidad recomendable, ya sea la intención honesta, la dignidad de un sentimiento, la pintura de un carácter o la corrección del diálogo. Son piezas que se escuchan como una música vulgar y agradable. No le obligan a uno a meditar ni a conmoverse. Tampoco le impulsan a retirarse de la sala. Vienen a ser como esas mujeres de las que no podemos hacer ningún elogio pero que tampoco nos molestan cuando la casualidad nos pone cerca de ellas. Al despedirnos, nuestra mano se tiende cortés e indiferente y no queda ni en nuestros ojos ni en nuestro corazón rasgo alguno de su anterior presencia.

En ese sentido, la pieza que nos ocupa es una obra discreta.

Ofrece, sin embargo, una curiosidad: su construcción. Los dos primeros actos y las tres cuartas partes del tercero, se deslizan en un ambiente plácido, sin violencias, sin intriga, sin interés, como si el autor se hubiese propuesto demostrar que pueden escribirse obras sin trama, con el solo incentivo de un diálogo correcto, finamente correcto, donde ni la pasión ni el ingenio comprometen esfuerzo alguno. Pero al final del tercer acto se produce la primera incidencia dramática y se plantea el problema pasional que define la obra. La atención del espectador está despertada por un episodio fugaz que llega demasiado tarde y provoca el epílogo, un epílogo que es lo mejor de la obra. En él está concentrado lo que debió desenvolverse en los dos y tres cuartos a que nos hemos referido.

Fuera de esta particularidad que viene a ser como un hoyuelo gracioso o un lunar estratégico en la cara de ciertas mujeres vulgares, la pieza de Duhau no sale ni un momento de la más absoluta discreción. Lo vimos ayer, y hoy ya casi no nos acordamos de ella.

Recordamos apenas la sobria y excelente interpretación de la Pagano. Recordamos también que de los demás no tenemos nada que recordar.

NUEVO

Este teatro parece convertido en una sala de maternidad. Decimos así porque su cartel lo viene ocupando dos obras completamente maternales: "Madre tierra", que debe gran parte de su éxito a la labor de la compañía y especialmente a los primeros actores señora Rivera y De Rosas, y "La santa madre", la aplaudida pieza de González Castillo.

POLITEAMA

No ofreció otra novedad, si puede llamarse tal, el cartel de Casaux en la última semana de su temporada, que la reprise de "Un yanqui en lo de Ramona". Hay que reconocer que no encontró el popular actor este año, "su obra", salvo "El vasco de Olavarría", que le brindó oportunidad para la creación de un nuevo tipo de éxito personal.

Deseámosle mayor fortuna para la temporada próxima.

SAN MARTIN

Termina mañana Vilches su actuación en el San Martín, que tantas veladas de arte nos proporcionara. Hay que reconocer que el conjunto del San Martín fué uno de los más interesantes, si no el más, de la temporada de este año. Hemos hablado tantas veces del elenco, que no caeremos en redundancia al recordar los éxitos obtenidos. Agregaremos que, después de una jira por el Brasil y Montevideo, volverá Vilches a Buenos Aires en el mes de marzo del año que viene.

CONCIERTO

Se llevó a cabo en el Salón-Teatro, ante numerosa concurrencia, la audición musical de alumnas presentadas por la señorita Margarita T. Sandoval, profesora del conservatorio Thibaud-Piazzini.

Obras de Schubert, Chopin, Mendelssohn, Liszt, Schumann, Granados y otros autores, fueron correctamente interpretadas por el grupo de señoritas que participó en el concierto, dando fe de la excelente dirección artística de la señorita Sandoval.

Todas las alumnas se desempeñaron con ver-

dadera eficacia, destacándose particularmente la señorita Blanca Sains Brieva, quien obtuvo unánimes aplausos por su admirable ejecución de la rapsodia N.° 11 de Liszt, y del Rigoletto, de Verdi, arreglado por Liszt.

También merece citarse la señorita María Julia Allende Paz, que tocó con mucho sentimiento la Danza Española, de Granados.

LICEO

Ha puesto fin a su temporada la compañía de doña Camila Quiroga, quien, como se sabe, se alista a embarcarse a Europa en jira artística.

Corresponde dejar constancia de la noble intención artística que ha presidido este año, como los anteriores, la labor de la señora Quiroga, cuyo nombre ha logrado en poco tiempo merecido prestigio.

Hacemos votos por el mejor éxito de la jira que va a emprender el elenco.

CARLOS PERELLI

Este discreto actor ha rescindido su contrato con la Quiroga y posiblemente se incorporará al Apolo, donde podrá, en la temporada del año próximo, confirmar sus aptitudes.

BERUTTI-BARRAJON

Con la base de la aplaudida tonadillera Inés Berutti y el actor Barrajón de la compañía de Vilches, se ha formado un conjunto de operetas y revistas que debutará posiblemente en la semana próxima, en el Avenida, dispuesto a realizar la temporada de verano en dicha sala.

DEMOSTRACION

Se sirvió el lunes pasado en el restaurant del Odeón el banquete que ofreció un núcleo de escritores, periodistas y hombres de teatro, al inteligente autor Sr. Samuel Eichelbaum, celebrando el éxito artístico que obtuvo su drama "La mala sed", estrenada últimamente en el Apolo. Fué una fiesta cordial que demostró las simpatías de que goza el festejado. La ofreció el señor González Castillo.

NACIONAL

Como anunciamos, dieron a conocer los elementos del Nacional la última producción del viejo saincetero don Agustín Fontanella "Napoli in Buenos Aires" cuyo título primitivo era "Trattoria Napoletana".

Tal como se preveía, la pieza gustó desde las primeras escenas. Sainete colorista, movido, con situaciones bien urdidas y una buena dosis de comicidad, arrancó en muchos momentos largas carcajadas. Los intérpretes se desempeñaron con encomiable corrección sobresaliendo Simari y la Poli.

La pieza ha sido musicada por el maestro Scolati Almeyda, quien ha escrito una romanza napolitana llamada a popularizarse pronto.

FLORIDA

Un recio ataque a una de las mayores flaquezas humanas ha llevado el doctor Juan Agustín García con su obra "El mundo de los snobs", estrenada en este teatro para presentación de la nueva compañía nacional que dirige José Vico. El snobismo, o sea la ostentación, es la debilidad de medio género humano. El doctor García lo ha observado en la vida, pero al querer trasladarlo al teatro no ha conseguido trasmitir la sensación que posiblemente esperó dar. Terminada la pieza, el espectador, por lo menos el inteligente, reconoce que en el autor hay un intelectual, pero advierte que el asunto ha sido mal desarrollado por falta de visión del teatro.

"El mundo de los snobs" produce la impresión de un cuento en acción. Un cuento, desde luego, bellamente escrito. Porque todo se podrá negar a la obra, menos que haya en ella una literatura que halaga el oído, bien que sea impropia de la escena. Se lució en "El mundo de los snobs" la protagonista Sra. Emma Bernal, que está llamada a destacar rápidamente. El actor Vico, director del elenco, demostró ser un veterano del tablado. La Sra. Esteves, en un rol menguado, actuó con brillo.

La segunda obra que estrenó esta compañía fué "La carroza del Santo Sacramento", de Próspero Merimée, en una discreta versión castellana. Fué acogida con abundantes aplausos, tanto por su interesante fábula como por el trabajo de los intérpretes.

COMEDIA

El último estreno de este teatro correspondió a "El padre de la patria", pieza de Antonio Paso que obtuvo una calurosa acogida.

En su interpretación sobresalieron las primeras figuras de la compañía.

Para hoy martes, se anuncia la incorporación de la excelente actriz Antonia Herrero, con "Martingalas", desopilante pieza de Muñoz Seca, donde aquélla desempeñará un importante papel. La velada es a beneficio del aplaudido actor Ligero, quien tantos triunfos ha conquistado este año en la Comedia.



Camila Quiroga, por Barruel.

BUENOS AIRES

Otra obra policial, quizá la más interesante de todas las que estrenara, nos hizo conocer el aplaudido actor Enrique Rambal en este teatro. "El misterio de un crimen" está construída con verdadera habilidad. Su interés asciende según se deslizan sus actos y el espectador anhela llegar al final, picado por la curiosidad de conocer en qué forma va a producirse el desenlace.

Rambal presentó la pieza con lujo de escenografía y la interpretó plausiblemente, bien secundado por los actores que lo rodean.

VICTORIA

Estrenó la compañía que dirige don Luis Reig y de la que es primera figura femenina la señora María Cañete la pieza en tres actos de Carlos Romeu, "Los hijos de Israel", de la que nos ocuparemos en nuestro próximo número.

COMPAÑIA TERÉS

Se anuncia para mañana el debut en el Liceo de la compañía de operetas y revistas del maestro Bernardino Terés.

AVENIDA

"La reina del fonógrafo", reprisada por la compañía de este teatro, determinó un éxito. La bonita opereta tuvo en la Soria una graciosa Chiffon y en Aída Arce una Ana Pathe no menos agradable. Cabe agregar que la opereta fué puesta en escena con mucha discreción en cuanto a la escenografía, cosa habitual en esta empresa.

Se anuncia para el jueves próximo la función de despedida de esta compañía, que pasa, excepto la Arce y Marín, a actuar en el elegante cineteatro Parc, aristocrática sala de Palermo donde debutará el 7 del entrante.

CASINO

Debutó una nueva compañía de varietés, con buena aceptación. Hay en ella artistas interesantes, que gustaron desde su presentación en escena.

EMPIRE

Está dando sus últimas funciones la interesante artista Raquel Meller, la que se apresta a regresar a España después de dar algunas funciones en Montevideo.

VARIEDADES

La compañía Ramírez-Hormaechea continúa actuando con regular fortuna en esta sala. "Se precisa una revista", pieza estrenada últimamente, logró un discreto éxito. A este conjunto se incorporaron María Elena y Agustín Ramírez, dos buenos actores del Argentino que entran a reforzar el elenco.

SPLENDID THEATRE

Una nutrida concurrencia asistió en la semana anterior a esta bella sala de la calle Santa Fe y Callao, atraída por la excelencia de las películas anunciadas en los programas cotidianos.

CAPITOL

Las interesantes vistas que se proyectaron en estos últimos días, congregaron numeroso público en este cine cuyos prestigios son conocidos.

"LA ESCENA"

"Entre dos almohadas", comedia traducida por don Julio F. Escobar, ha sido publicada en el suplemento de esta difundida revista teatral aparecido ayer.

El número a publicarse el jueves próximo, está dedicado a "Madre tierra", pieza de don Alejandro E. Berruti que ha proporcionado un éxito ruidoso a la compañía de De Rosas.

CORREO TEATRAL

M. L. H.—Se le ruega devolver la escrita a máquina y las dos manuscritas, al domicilio del autor, ya que no da señales de vida. El le enviará lo suyo, siempre que le diga adónde.

Los buques guiados por un cable radiotelegráfico sumergido

Recientemente se llevaron a cabo en el puerto de New York, las pruebas con buen éxito de un sistema, por el cual los buques pueden ser guiados en un puerto no obstante la niebla, las nevadas u otras condiciones adversas del tiempo. Esas pruebas se realizaron ante el Comodoro R. F. Mc Connell, de la Marina de Guerra de los Estados Unidos. El sistema de guiar consiste en un cable blindado, tendido en el fondo del Canal, a través del cual se puede transmitir una corriente alterna de 500 voltios, 500 períodos, por medio de un manipulador. La corriente en la cantidad de como 5 amperios es enviada a través del cable en la forma de series predeterminadas de caracteres Morse, por medio del manipulador, y retorna a través de una conexión de tierra. Esas señales son transmitidas constantemente de una manera análoga a una luz de proyección de un faro. A medida que el buque se aproxima al puerto, se botan al agua dos detectores, uno a cada lado. Los detectores son en la forma de rollos de alambre, hechos exactamente iguales, que reciben las señales enviadas por el cable sumergido, y las transmiten por medio de amplificadores de tubo de vacío a los receptores de teléfonos en el cuarto de navegación del buque. Si el buque está fuera a un lado del cable, se oye una señal más sonora del detector más cercano a él que del otro. Las señales de igual intensidad son recibidas cuando el buque está precisamente sobre el cable. La prueba fué llevada a cabo tendiendo un cable del faro del Canal de Ambrose, en el puerto de New York, al Fuerte Lafayette, a lo largo de un canal dragado que es difícil de navegar. Un remolcador, navegando a razón de diez nudos por hora, fué conducido a través del Canal sin ninguna dificultad, siendo maniobrado completamente de acuerdo con las señales recibidas del cable.

PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí











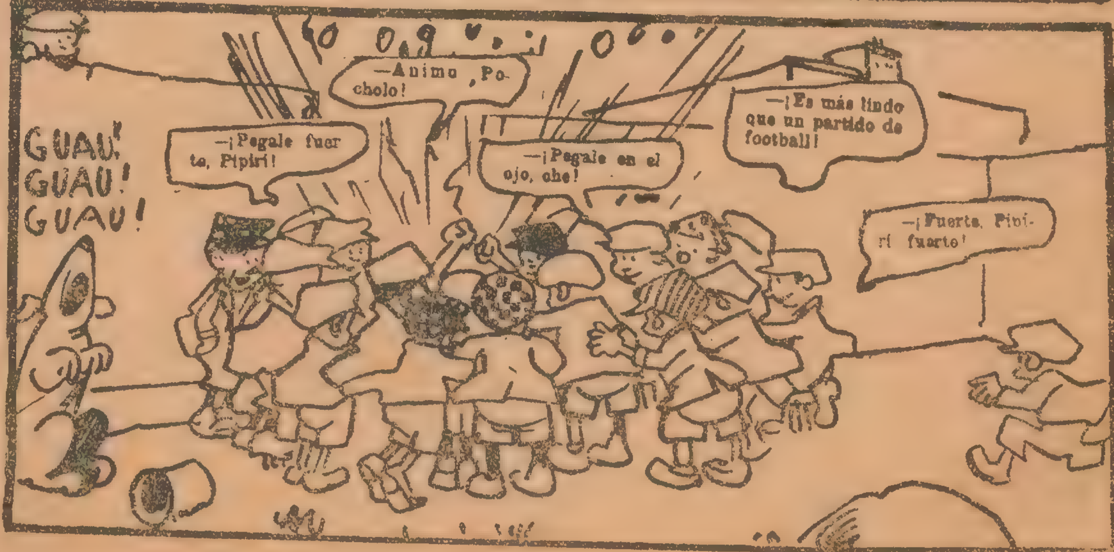












Algunas consideraciones sobre la moneda colonial hispano-americana

Fragmento de la conferencia leída por su autor, el doctor Jorge V. Magnin, en la Junta de Estudios Históricos, de Córdoba.

Hacia 1650 aparece la primera falsificación de monedas en América, llevada a cabo por un señor Rocha, lo que valió a las piezas el nombre de rochunos, era alcalde de la ciudad de Potosí y por su delito fué condenado a muerte en 1654, y figuraba hasta hace poco entre los procesos notables de esta índole, y en las regiones del norte de la República se llamaban aún rochunos a las piezas falsas fabricadas en los primeros años del siglo XIX.

El sucesor, que fué Carlos II (el hechizado), y el ultimo de la casa de Austria, en esta serie, observamos mayor esmero de confección, y llevan con regularidad el año de la emisión, de modo que es fácil clasificarlas cronológicamente; en su gran mayoría son macuquinos y representa un trabajo más cuidadoso que en las de igual clase de los sucesores Felipe V, Fernando VI y las de Carlos III; algunas son de cordoncillo y en otras, como en las de pequeño valor, se graba por primera vez en el tipo de la moneda colonial potosina el monograma del monarca.

Le sucede Felipe V, el primer rey de España de la dinastía borbónica con un prolongado reinado de casi media centuria, representado por la serie monetaria que se extiende desde 1700 hasta 1746, todas ellas macuquinas, con la particularidad que no son escasas; existe una en forma de corazón de 2 reales usada como Juza (en el catálogo del señor Rosa es reputada como rara).

Según las crónicas históricas de entonces, bajo los reinados de Carlos II y de Felipe V, no se exportó plata amonedada a la metrópoli.

Todo ese dinero, provisto por los inagotables filones, quedó reservado para las necesidades de América, destinado para cubrir los gastos que importaban la construcción de las obras de defensa y de seguridad de las colonias amenazadas por la actitud, por demás provocadoras, de los filibusteros ingleses; quizá sea una de las causas de esa relativa abundancia, sin olvidar, por cierto, las ventajas de un prolongado reinado.

Fernando VI le sigue con otras series abundantes, compactas y uniformes, de moneda cortada, a pesar de haber sido un reinado próspero para España en todo orden de actividades; la moneda de la gran ceca de Potosí era de una confección inferior a las similares de Lima y de Méjico.

En 1760 encontramos las últimas de Fernando VI y las primeras de Carlos III, su sucesor; todas macuquinos de la clase de las anteriores, hasta que en el año 1767 aparece la hermosa moneda potosina de tipo columnario, procedente del norte, semejantes a las de Méjico y Lima; su confección es tan parecida a la de éstas, tanto como si fueran salidas de las manos del mismo artífice.

Y éstas, con las que llevan el busto del monarca que aparece por primera vez en la moneda potosina el año 1773, van alternarse con la cortada, hasta que desaparece por completo este tipo accidental el mismo año, para ser reemplazada definitivamente por la de cordoncillo dos años antes de la incorporación del Alto Perú el virreinato del Río de la Plata, en 1775; las últimas de este soberano remontan hasta un año después de su muerte, ocurrida en 1788.

En ese año sube al trono de España y de las Indias Carlos IV; su reinado se caracteriza en la moneda, entre otras cosas, por una abundante emisión de cuarto reales o cuartillos tan útil e indispensable para las pequeñas necesidades domésticas que, fuera de toda duda, reemplazaron a las que se usaban anteriormente, que eran provistos casi con seguridad con los restos de las monedas mutiladas, como debe aceptarse en general para explicar una parte de la génesis de la moneda macuquina, como también es posible por la falta de peso exacto hayan sido objeto de grandes fluctuaciones de valor que obligaban a cercenarlas; porque en su forma actual no responde a ningún tipo definido de moneda, como hemos sostenido anteriormente.

A pesar de haber sido destronado en 1800 por Napoleón, que asumió el gobierno de la península, colocando en el trono a José Napoleón, donde bajo su gobierno circularon emisiones de monedas españolas con efigie napoleónica, y donde las águilas reemplazaron a las flores de lis. Este grave suceso que hirió y conmovió intensamente la vida social y política de la península. América, con un amplio sentido de conservación, no respondió a las proposiciones de magníficas promesas, desbaratando un plan napoleónico de vasta dominación.

En la casa de moneda del virreynato, en las del Perú y capitanía general de Chile y en todas las demás no se modificó el tipo monetario, reconociendo como soberano a Carlos IV; en estas tramitaciones intervino eficazmente el general Belgrano; reafirmando en esta forma un acto de fidelidad a la corona legítima de España, causa por la cual la moneda colonial no sufrió ninguna alteración en los emblemas de soberanía.

En este rápido pasar de años y de sucesos llegamos al reinado del último de la dominación con don Fernando VII.

En los años turbulentos de 1808 y 1809 se acuñaron monedas, unas con el busto de Carlos IV y otras con las de Fernando VII, a pesar de las rigurosas formalidades que deben regir estos actos fundamentales de gobierno; pase la de 1808, por haberse elevado a mediado de ese año al trono de España, pero no así con las de 1809, en que la casa de moneda del virreinato lanzó a circulación dos testas coronadas, los medios con Carlos y los pesos con Fernando, al parecer las dos únicas emisiones de este año. Esta desorientación en la acuñación hace creer a todas luces que la abdicación de Carlos IV debe haber sido discutida e interpretada diferentemente en las fuentes del gobierno colonial, porque cuando la aguja política se desvía con bruscas sacudidas es porque perdió su rumbo, provocada por una grave perturbación fundamental. Una corona bicéfala, la colonia bajo la acción de un gobierno local sin conciencia formal de su autoridad y derechos, nos dice la moneda, lleva consigo procederes de incertidumbre y de dudas... y fué en ese particular momento cuando en los horizontes de América relampaguea de nuevo la revolución con fulgores desconocidos hasta entonces.

La amonedación, como hemos visto, fué muy escasa en 1809, y cuando estalla el gran movimiento revolucionario, que va a cambiar la faz política de la América española, los acontecimientos se agigantan en las regiones que forman el virreinato del Río de la Plata y una de sus primeras consecuencias fué la de conmover profundamente la vida política y social del Alto Perú, tan adicta a la corona, y caracterizó especialmente a la ciudad imperial de Potosí, que había empezado a declinar de su esplendor colonial; que por un rapidísimo progreso, debido a la ubérrima riqueza de su cerro, había alcanzado alojar en su seno una población de 350.000 habitantes, y hoy, después de un fugaz recorrido, quedan sino mústias ruinas de tanta grandeza.

La enseñanza de nuestra historia patria nos graba profundo en la nobilisima esfera del intelecto, que se luchó heroicamente para conquistar la libertad de nuestros hermanos en el gran baluarte colonial del virreinato para que pudieran disponer libremente de sus destinos.

EL NUEVO RICO



—Cada copà de este vino me cuesta cuatro pesos, sin contar los intereses del capital desde que lo compré.

—¡Es excelente! ¡Tomaré otra copita, así se terminará antes, y no correrán más los intereses!

Triunfantes las armas de la patria en Suipacha, vencidas en Huaqui y Sipe-Sipe. Vencedoras de Tucumán y Salta, vencidas en Vilcapugio y Ayohuma. Potosí, como objetivo en su calidad de centro y reducto político de esta lucha inmortal, contempló el paso de las tropas victoriosas de los ejércitos de la independencia, como así lo acompañó en el sentimiento de sus dolorosas retiradas.

En el correr de los agitadísimos años de 1810, 1811 y 1812 fué cuando silenciaron las fraguas y callaron máquinas acuñadoras de estampar el tipo de la soberanía extranjera en el virreinato, pero la influencia de la revolución no había alcanzado a entorpecer el trabajo de las cecas de Lima y Santiago de Chile, nuestras más inmediatas y animadas de idénticos propósitos.

Llegamos al año de 1813; después de la caída de Potosí en poder de la revolución aparece por primera vez a la faz del mundo la moneda de las Provincias del Río de la Plata por sanción de la asamblea constituyente del mismo año y que ordenó a la ceca de Potosí la acuñación de la moneda de oro y plata, donde el buril del arte tradujo en el metal del tipo el emblema del pensamiento inmortal de unión, paz y libertad, que animó a la memorable asamblea para que sirva de lema de la naciente nación, haciendo uso de una función inherente de indiscutible soberanía. Para que, meses después, termine como consecuencia inmediata de los desastres del año 13, donde empalma nuevamente con la moneda colonial.

Con motivo de los acontecimientos de 1815 vuelve a repetirse la segunda y accidentada acuñación; fué cuando se labró la segunda y abundante emisión de nuestra moneda y la última de las Provincias del Río de la Plata, batidas en la famosa ceca. Los españoles, nuevamente posesionados de la ciudad, prosiguen con más libertad sus trabajos, después que los patriotas abandonaron la campaña ofensiva del norte, para emprender los trabajos momentáneamente interrumpidos con muy abundantes y conocidas emisiones.

Para la historia de América dió la hora de Ayacucho, la última y decisiva batalla para los destinos del continente, donde caducaron definitivamente de su suelo la denominación política extranjera en el año 1824. Pero este hecho culminante de armas no fué de suficiente acción inmediata como para que cesara el trabajo de labrar Fernandinos, y respondieron con una de sus más abundantes emisiones, como la de 1825, en la que continuaban aún ejerciendo funciones de gobierno, amparados, sin duda, por sentimientos profundamente arraigados; proceder que no debe extrañar; hoy la república celebra jubilosa el centenario de la expedición libertadora del Perú; sin embargo, la recepción dispensada al desembarcar en sus costas estuvo muy lejos de responder a la magnitud de la trascendental campaña.

La casa de moneda de la ciudad de los reyes en el bajo Perú, que funcionó después de la de Potosí, está representada por la de los monarcas Fernando VI, Carlos III, Carlos IV, Fernando VII, hasta el eño 1823, es decir, se dejó de emitir la moneda colonial limeña dos años antes de la de Potosí.

En el conjunto de sus monedas domina un tipo casi uniforme con un trabajo más esmerado.

Abunda la moneda columnaria con su "Plus ultra", o sea más allá de las famosas columnas. En las antiguas monedas hispanas de antes del descubrimiento figuran también las famosas columnas con su "Non plus ultra". Fué el emperador Carlos V, cuando se conoció la magnitud de las Indias y que abrió nuevos rumbos al mundo antiguo, ordenó el cambio de leyenda. La moneda macuquina es escasa con el nombre íntegro de su ceca de (Perú-Lima).

Figuran cuartillos coloniales limeños de 1821, año en que el libertador proclamó la independencia del antiguo imperio de los Incas, pero los españoles siguieron emitiendo hasta 1823, donde empalma con la moneda de la República Peruana, y la casa del Cuzco la hacía en 1824, año de la restauración del Perú en Ayacucho.

La casa de Santiago de Chile de creación más reciente, empieza a emitir en el reinado de Carlos III, Carlos IV, Fernando VII, para terminar en 1818.

Como resultado de la lucha por la emancipación política, que culminó en la victoriosa batalla en los campos de Maipo, en el intervalo comprendido entre ésta y la de la batalla de Chacabuco, Chile independiente acuña en su casa de moneda de Santiago, hoy denominada "La Moneda", la primera como estado soberano, en 1817, aunque vuelve a empalmar ese año con la moneda hispana hasta el año siguiente, en la que cesa por completo la moneda colonial santiaguina, en 1818, se caracterizó en los últimos cuatro años por abundantes emisiones menores, especialmente en ¼ reales; otro detalle que no encontramos en las demás monedas es la substitución en el tipo del busto del soberano; así encontramos Carlos IV con la efigie del III y Fernandos VI con la efigie de Carlos IV, etc...

Figura en la colección un cuartillo aislado que no se vincula con el articulado de las demás; fué labrado en Santiago de Chile bajo el reinado de Felipe V y lleva la fecha de 1741. También nuestros vecinos de ultracordillera no sé por qué motivo estamparon tipos de cuar-

tillos del más puro estilo colonial en 1832.

La ceca más importante del dominio colonial hispano-americano fué sin duda la de Méjico; pero nuestras relaciones, casi nulas con ese centro de primera magnitud colonial, hizo que esté pobremente representada.

Fué el emperador Carlos V, de España, en el auge de su poderío mundial, cuando él sol no se ponía en los vastos dominios, quien ordenó la fundación de la primera casa de moneda en el Nuevo Mundo, con asiento en esa ciudad. Poseo una moneda de cobre, que no tengo aún catalogada, del reinado de Felipe II, de la segunda mitad del siglo XVI; es la más antigua de esta colección colonial.

Aunque, como lo véis por los pocos ejemplares en que está repesentada, se destaca el hermoso tipo de moneda columnaria que, según todas probabilidades (porque faltan las iniciales del grabado como se estila), es obra del gran cincelador Gil o de alguno de sus aventajados discípulos.

Figuran en ésta monedas de los reinados de Felipe IV, Felipe V, Fernando VI, Carlos III, Carlos IV y Fernando VII hasta 1819.

Entre éstas hay una moneda de cobre rara, procedente de la casa de Zacatecas, del reinado de Felipe IV, del año 1665; el cuño fué grabado en el extranjero por la oficina colonial de finanzas francesas que funcionaba a mediados del siglo XVII, bajo el reinado de Luis XIV.

En cuanto a la ceca de Guadalajara, está representada por una moneda de 8 reales de Fernando VII, del año 1813.

Y por último, las del virreinato de la Nueva Granada, por una de Carlos IV y otra de Fernando VII, que faltan catalogar.

Merece especial mención la moneda denominada *Peso ensayado;* poseo dos piezas: una de un peso equivalente a 450 maravedíes, y la otra de dos pesos; también suelen ser conocidas con el nombre *tejo de plata;* se trata de una pieza hoy rarísima, no acuñada, de origen puramente americano, que circuló en el siglo XVII, con historia y bibliografía más pobre que las demás.

Sin embargo, me permitiré transcribir párrafos de una bula donde se menciona esta moneda curiosa.

En una que tengo en mi poder dice: por mandato del tribunal de la santa cruzada, entresaco lo siguiente, está fechada en el año 1664 y procede de Chuquisaca.

"Nos el doctor D. Juan Cabrera y Benavidez, caballero de la orden de Santiago, Dean de la Santa Iglesia Metropolitana de esta ciudad de los Reyes y comisario apostólico, sub-delegado general del tribunal mayor de la santa cruzada que reside en esta ciudad de los reyes de las provincias del Perú, Tierra firme y Chile, etc. Hacemos saber a todos los fieles vecinos, moradores, estantes y habitantes de esta dicha ciudad y su arzobispado y de todas las demás ciudades, Villas, lugares de estos dichos reinos, que el ilustrísimo señor comisario general de la santa cruzada por facultad que tiene de su Santidad, tiene ordenado y mandado que todas las personas que tuvieran de caudal diez mil pesos y de ahí para arriba y sus mujeres deben tomar bula de tasa de dos pesos ensayados; y más adelante dice:

Y todas las demás personas así hombres como mujeres, españoles, mestizos, mulatos e hijos de todos los referidos que no tienen dicho caudal siendo libres, deben tomarla de un peso ensayado.

Por lo que se deduce de este documento esa moneda debe haber estado muy difundida en el antiguo virreinato del Perú y capitanía de Chile.

Su aspecto tosco, la falta completa de signos como atributos que lo hagan distinguir y apreciar, que no encontramos piezas similares sino en el despertar del arte numismático con sus piezas de a libra o sus múltiples de bronce fundido o en los lingotes arcaicos de la China, y probablemente en algún otro pueblo más; su circulación localizada hace que debe haber sido la víctima predilecta de los crisoles, que tantas hermosas piezas lleva devoradas.

La comunicación con los muertos

Desde que Edison, por conducto de una revista norteamericana, lanzó al mundo la noticia de haber inventado un aparato susceptible de poner en comunicación a los vivos con el espíritu de los muertos, si en realidad existe una virtud ultraterrestre, toda la prensa del mundo y cuantos se dedican a estudios psicológicos especiales, se han puesto en conmoción y discuten el invento del sabio americano.

Un literato francés escribió una notable carta a Edison rogándole que si era cierto su invento se apresurara a destruirlo. Decía que si los espíritus no respondían demostrando con ello la no existencia de otro mundo mejor, equivaldría a un rudo golpe asestado sobre la esperanza de los vivos, y si las almas se comunicaban con éstos, sería ello motivo de grandes inquietudes y locuras.

Otro escritor ha cudido al observatorio de Juvissy, cerca de París, para interrogar sobre estos sucesos a Camilo Flammarion, quien en la actualidad se ocupa en explorar "la muerte y su misterio".

Flammarion está reuniendo elementos que permitan contestar a la terrible pregunta: "¿Existe el alma?"

El gran astrónomo ha respondido ya.

"Sí—dice—nuestra alma sobrevive a la muerte. No pretendo afirmar con esto que sea inmortal. Quiero significar que nuestra personalidad persiste después de exhalar el último suspiro, después del enterramiento, después de la descomposición de nuestros órganos. Ese es el hecho, tal es el fenómeno cuyas manifestaciones he recogido y comprobado.

Yo—siguió el sabio—no soy espiritista, y no pretendo crear un sistema filosófico basado en experimentos en que intervienen a menudo la credulidad y la autosugestión. Pero es cierto que hay aparecidos, es cierto que se sostienen diálogos con los muertos.

No puede haber alucinaciones colectivas que expliquen ciertos ruidos, ciertos desplazamientos de objetos, y, sobre todo, ciertas revelaciones precisas, desconocidas de todos los asistentes.

La sociedad psíquica de Nantes me comunicaba ayer mismo un caso notabilísimo.

De todos los puntos de Francia me remiten documentos del mayor interés.

Creo (no en la inmortalidad del alma, porque sobre eso nada sé) en la supervivencia del alma, por lo menos durante algún tiempo, en estado flotante en derredor de su despojo mortal".

Flammarion no se muestra partidario de la incineración de los cadáveres, que estima es una destrucción excesiva y, ¿quién sabe?, tal vez dolorosa...

"... Porque nuestros muertos sobreviven; nos ven, nos oyen, y, en ciertos casos, se interesan por sus asuntos terrestres; revelan a los vivos detalles de ellos sólo conocidos. Parece que la muerte los cambia poco."

—¿No os parece una quimera el invento de Edison?—preguntó el escritor a quien hacía estas confidencias.

—Esa es otra cuestión—repuso el sabio.—¿A qué sustancia recurre? Yo no lo sé. Existe el selenio, metaloide poco conocido y muy curioso. Pero el cerebro humano bien organizado, el cerebro de un perro o un gato, es más sensible que todos los aparatos de metal. El instrumento de comunicación con los muertos, lo poseemos nosotros bajo nuestro cráneo. Nadie hará nada mejor. Día llegará en que sabremos servirnos de él".

EL AMOR MODERNO O EL TRIUNFO DE LA VELOCIDAD



—Señorita Albertina, tengo el agrado de presentarle a mi amigo Juan López.
—Encantada de haberlo conocido, querido.
—Amada mía, dime, ¿cuándo nos casamos?
—Ahora mismo.

Tratamiento medico por telégrafo sin hilos

Según anuncian de Southampton, durante el último viaje que hizo el trasatlántico americano "San Pablo" recibió en el mar un despacho por telegrafía sin hilos, trasmitido desde el vapor "Schroon", que se encontraba a unas veinticinco millas de distancia, diciendo que uno de sus tripulantes se hallaba gravemente enfermo, y que a bordo no llevaba médico alguno para asistirle.

El doctor Stump, del "San Pablo", telegrafió a su vez preguntando al "Schroon" los síntomas que ofrecía el enfermo. Al darle cuenta en otro despacho de los detalles pedidos por el médico, éste diagnosticó la dolencia de apendicitis y prescribió el tratamiento a que debía sujetarse su desconocido cliente.

Durante cuatro días, el doctor recibió noticias por telegrafía sin hilos del curso de la enfermedad, y por el mismo conducto fué enviando sus instrucciones.

Al cabo de ese tiempo, el enfermo había mejorado bastante; pero al quinto día ya no pudieron continuar las consultas, porque los barcos se habían alejado tanto uno de otro que perdieron el contacto.

El doctor Stump ha manifestado que con éste son cuatro los enfermos de la misma dolencia que le han sido sometidos a tratamiento en alta mar: dos en medio del Atlántico, uno en el Océano Indico y otro en el Mediterráneo.

Felizmente

Luisa e Inés hablan de Joaquina.

—¡Pobre muchacha! ¡La mala suerte no se cansa de perseguirla,—dice Inés.

—Es cierto—responde Luisa. En menos de un mes ha perdido a su padre, a su madre y a su marido.

—¡Felizmente el negro le sienta muy bien!

SUICIDIO FRUSTRADO

(Cuento viejo)

por Pedro PÉREZ FERNÁNDEZ

Bien hizo Polvorón con pretender suicidarse, porque ya era mucho el aburrimiento en los corros de "comadres" de Tomillares del Monte, que bostezaban de puro tedio, con las tijeras en vacaciones forzosas.

Ni al boticario ni a la boticaria "les arañaba el gato", ni se oían voces destempladas en el refino, ni don Pepito pasaba por la puerta de la secretaría, ni la secretaria visitaba a "la mujer de don Pepito", ni era otra cosa que hidropesía lo de la "herraora", ni se bailaba en casa de las del médico, ni el barbero iba al soto, ni don Roque salía de "espera", ni se encontraba Castillito en su casa la escopeta de don Roque, ni "ná". Aquel pueblo no era "conocío".

Pero no hay mal que cien años dure. Bien hizo Polvorón animando los corrillos parladores; que las tijeras mohosas pedían tela, ¡y tajo les dió para mes y pico!

Polvorón se levantó desesperado aquella mañana. Eran muchas sus trampas. Y "¡menúas!" Porque si debiera mil reales a una sola persona, con no ponerse a tiro, estaría resuelto el problema; pero deber seis reales al boticario, dos pesetas al registrador, real y medio al cosario, treinta céntimos al juez, dos perrillas al Patolas, tres "beatas" a la comadre, una misa de a peseta a San Roque, una vela a la Patrona, diez reales en el casino, cuatro duros al amo de la casa, un mantón — ¡puñalero mantón empeñado! — a Rociillo, unos pendientes de coral a Nievecitas, cuatro rondas de manzanilla a Jesús el de la Chacina, un par de botas al sombrerero, un pantalón a Caridad la ditera, un napoleón al médico, setenta y cinco céntimos al de las cédulas, ocho reales a don Salvador, y así, por el estilo, a éste, al otro y al de más allá, hasta sesenta y dos duros justitos y redondos, era una muerte lenta, lenta y fatal.

¡¡Sesenta y dos duros!! Sesenta y dos puñalitos que tenía clavados en su corazón. Milenta y dos excusas que tenía que dar diariamente y mil y milentas noches sin pegar los ojos, pues apenas se echaba a dormir, cuando se le aparecían, como fantasmas ensabanados, con sus pucheros y sus velitas, el registrador, el boticario, Patolas, la comadre, el del casino, Rociillo, Nievecitas, el cosario, el amo de la casa, el sombrerero, el médico, Caridad, don Salvador, el lechuzo de las cédulas, San Roque, la Patrona y Jesús el de la Chacina, acompañados de otra porción aun más respetable de acreedores, que así le dejaban dormir como a mí el obispo decir misas.

¿No era esto para pegarse un tiro? ¡Vaya si lo era! ¿Pues para cuándo, si no, se inventó la pólvora?

Y cogió una escopeta, la cargó a baquetazos furiosos, se puso el cañón bajo la barba y dió con el pie al gatillo.

¡Pobre perro! ¡Infelice "Palomo"! ¿Quién había de pensar que aquella era la última vez que movía el rabo? ¿No comprendiste, pobre animal, que no era de caza a lo que iba Polvorón? ¿No viste que era mucho atacar, con furia loca, la escopetilla? Así reventó ella, y tú pagaste con la vida la saña de Polvorón, que sólo se ahumó el bigote, se quemó las cejas y se chamuscó una bota.

—¡R. I. P., "Palomo"!—dijo Polvorón enternecido.—Y, firme en su idea, salió de estampía para la botica, a pedir una pastilla de sublimado corrosivo con el achaque de lavarse el chamuscón de las cejas.

¡Ya tenía en la mano la llave de la cerrada puerta de este mundo! Aquella pastilla, bien disuelta en agua, era la solución. ¡La besó conmovido!

Y apenas llegó a su casa se tragó la pastilla, se tendió en la cama, cerró los ojos y notó... notó que se le aclaraba la voz por momentos.

Corrió a la botica.

—Pero ¿qué joroba de sublimao es este que aclara la voz y sabe a menta!

—¡Bendito Dios!—repuso el boticario.—Pero ¿te has tragado la pastilla? ¡Ay, Padre mío, gracias! ¡Que siempre que me equivoque sea así! Perdona, Polvorón; te he dado un comprimido de mentol y cocaína...

—¡Mira er tio tiriri! Pos no se sale usté con su gusto, porque ahora mismo me voy a la torre y me tiro de cabesa. ¡Hasta er día del Juisio!

Y entró en la iglesia, rezó un credo y subió por la escalerilla de la torre.

—¡¡Ajajá!! — dijo cuando se vió en el campanario. — Me ahilo antes de llegar ar suelo. ¡Adiós, Tomillares der Monte!

Y tiró el sombrero, se tiró él, y, ¡plaf!, fué a caer sobre una carreta llena de paja que por debajo de la torre pasaba en aquel momento. ¡Muy blandito!

—¡Válgame San Válgame, qué remalísima sombra tiene el hijo de mi madre! — decía nuestro Polvorón bajando de la carreta. — ¿Y por qué no estaría cargá de alfileres de puntas y chinitas del río? ¡Se necesita tené mal "fario"! No, pué lo que es de hoy no paso; ya es custión de amor propio. Ahora mismito me voy a la casa-cuartel de la guardia civil, y como pille al sargento esprevenío, la primera gofetá se va a oí en Mairena; y excuso desirme que me afusila en el arto, si no me traspasa de parte a parte con una bayoneta.

Y no tuvo que andar mucho el bueno de Polvorón, porque el cuartel de la guardia civil estaba en la misma calle. Penetró en él, loco, desencajado; vió... ¡lo vió! sentado, vuelto de espaldas a la puerta, vestido de paisano...

—¡Hombre, er sargento! ¡Y franco de servisio, porque está sin uniforme! ¡Te has caído!

Se echó una salivilla en las manos, se llegó a él, y, ¡plaf!, en Saturrarán (Guipúzcoa) se oyó el zambombazo.

El hombre cayó al suelo hecho una pelota, sin saber por qué ni por dónde le había llovido aquel descomunal bofetonazo...

—¡Hay Providencia! ¡Gracias, Polvoroncillo! — exclamó el verdadero sargento, asomándose, al ruido, a un balcón del patio. — Pensando estaba cómo "arrearle candela" a ese sinvergüenza del Rubito, y no daba con el modo; porque como uno viste este honroso uniforme, luego tó se vuelve expediente y careo y declaraciones. Dios te lo pague, hijo, y por mí, siguele "endiñando estopa", que tó se lo merece er mu ladrón, porque con él no hay gallina segura en el pueblo. ¡Duro, Polvorón! ¡Enciéndele el pelo!

—Si no estuviéramos en er cuarté — suspiró el agredido, levantándose pausadamente y mirando con ojos glotones a Polvorón, — ya te diría yo a ti unas palabritas.

—Ah, pos tiene usté la palabra. Ya pué usté empesá er fregao, y si es con arma blanca, mejó.

—¡Como te toque al pelo de la ropa tiene pena de la vida! — gritó el sargento, hecho un energúmeno. — ¡Tu persona es sagrá en este cuartel del benemérito Instituto, Polvoroncillo!

Y Polvorón no quiso oir más; se mordió los puños encorajinado y salió del cuartel como alma que lleva en volandas el mismísimo Satanás.

—¿Le parese a usté mi sino, hombre? ¡Vamos, es pa tirarse al río! ¿Qué has dicho, Polvorón? ¿Cómo pa tirarse al río? ¡Pero que ahorita! Y no hay que dejarlo pa Carnestolendas, no se vayan a creé en er pueblo que tó lo que estoy yo jasiendo esta tarde es cosa de chufla. ¡A la puente, Polvorón!

Y en dos zancadas se plantó sobre el pretil del viejo puentecillo romano. Se santiguó, dijo a la una, a las dos y a las tres y se zambulló en el líquido elemento y empezó a tragar elemento líquido, que si llega a ser vino no le sale la "tajá" del cuerpo en veinticuatro meses.

Y cuando ya estaba en las penúltimas, héteme aquí a Joselón, el guarda del canal, que ve a aquel hombre dando manotazos en el agua, y que se arroja intrépido a salvarlo de una muerte cierta, y que a duras penas lo consigue, depositándolo, hecho una esponja, en la orilla.

—Polvorón, me debes la vida—dijo el guarda, sacudiéndose como perro de lanas chapuzado.

—¡Vaya! ¡Una trampa más!—contestó Polvorón.—Pos era lo uniquito que no debía y ya está a réditos.

—Yo no te pido réditos por esto — replicó el guarda, dándoselas de héroe y volviéndole la espalda.—Ahí te quedas, que voy a mi choza a mudarme. ¡Hoy por ti y mañana por mí!

—No tengas cuidao—masculló Polvoroncillo; — en cuanto yo te vea ajogándote, me tiro... ensima de ti, so ladrón, pa jundirte bien.

Y sin esperar la réplica echó a correr. Había divisado nada menos que un árbol de donde pendía un columpio puesto allí por los chicos de la escuela. ¡Carnada!

Rápido como el pensamiento, y cogiendo la cuerda, se encaramó en la copa del arbusto, la ató fuertemente a la más alta rama, hizo un nudo corredizo, introdujo por él la cabeza y se dejó caer, suspendido en el espacio.

Estaba escrito que Polvorón no podía suicidarse. El nudo corredizo no "corría". Nuestro hombre sentía la opresión de la cuerda en la sotabarba; pero nada más.

El guarda, que vió la maniobra, se llegó todo espantado.

—Pero ¿qué haces, cristiano?

Y Polvorón, ya impotente contra su destino, cara al sol, hecho un pingo, chorreando agua como un trapo mal escurrido, contestó desalentado:

—¿Que qué hago, asesino? ¿Pues no lo ves? ¡¡Secándome!!

PERRO EJEMPLAR



—Lindo perro. ¿Es inteligente?
—Mucho. Ven, Chichu. Enséñale a este señor cómo rompes los pantalones.

Los donceles de la Edad Media

Aunque generalmente se cree que los llamados donceles eran todos los pajes destinados al servicio exclusivo de los reyes, en la Edad Media se daba especialmente este nombre a los que estaban al servicio del maestresala, cargo importantísimo en aquel entonces, porque la persona que lo desempeñaba era la que más trato tenía con el rey, y por lo tanto, había de ser de toda confianza.

El maestresala tenía a sus órdenes un lucido escuadrón de donceles vestidos lujosamente y compuesto de los más gentiles y mejor ataviados galanes de la corte, pertenecientes todos ellos a ilustres familias.

Como muchachos jóvenes, eran revoltosos y alborotadores hasta el punto de que, según dice un autor antiguo, había que reprenderlos con frecuencia. Su jefe tenía derecho de ponerlos en orden dándoles coscorrones, siempre que el doncel merecedor del castigo no fuese hijo de grande, pues en tal caso, el maestresala no podía llevar el castigo más allá de la reprensión.

De su carácter alegre y retozón, da idea la siguiente anécdota que refiere un cronista de la época: Hallábase un bufón del rey lamiendo un plato que había sido retirado de la regia mesa al aparador, cuando uno de los nobles donceles se acercó a él y le dió un pinchazo, y el pinchado bufón se volvió enfurecido y dijo al rey "que no le agujasen, que por Santiago que andaría a San Pablo con el rey de Navarra e con el infante".

Para tener una voz dulce

Decía Shakespeare que las mujeres debían procurar la adquisición de una voz dulce y suave, apelando para ello a todos los recursos posibles.

Una americana, la señora Lemoine-Ryder, está en la actualidad recorriendo Europa con el fin de ganarse unos dólares, libras, francos o pesetas a cambio de su trabajo de domadora de voces.

Esta señora ha recorrido ya Australia, Inglaterra e Italia, y ahora se encuentra en París educando la voz de cuantas señoras la poseen áspera, dura o antimusical.

Supone la educadora americana que el clima es el que principalmente influye en la sonoridad de la voz.

La señora Ryder asegura que, no obstante ser el clima de Norte América muy dañino para la voz femenina, ha conseguido, por medio de su tratamiento, vencer siempre esas condiciones perjudiciales.

La educadora de la voz ha dado una conferencia sobre este asunto en el Liceo Club de París, ante numerosas señoras.

ANOTACIONES DE VIAJE

por Santos PEÑAFIEL

I

El tren

Rueda el tren sobre las relucientes paralelas con bronce y acompasado estruendo de topes y engranajes. Postes del telégrafo, médanos, aspados molinos de viento, grupos de árboles que denuncian a lo lejos la existencia de alguna estancia, animales de estúpido mirar... Las imágenes se amontonan en la retina, atropelladamente, confusamente, como en un cuadro futurista... Y el monstruoso ofidio de hierro se desliza rauda y vertiginosamente a través de la inmensa llanura, dejando una negra estela de humo que se va extendiendo a manera que se eleva, hasta convertirse en nube gris que nubla el sol y empaña el claro cielo.

Silba el tren, y su claro y agudo silbido se esparce sobre la vasta y tranquila llanura acompañado por el bronce y acompasado estruendo de topes y engranajes, los cuales parecen recitar en un idioma bárbaro las estrofas épicas del poema de los modernos tiempos de hierro.

II

La tristeza de la pampa

La pampa es triste, de una tristeza honda y reconcentrada, que emana de la monotonía del paisaje, siempre igual, uniforme. En toda la inmensa llanura es siempre el mismo color, son siempre los mismos motivos: Bajo un cielo de purísimo azul y horizontes inconmensurables, el llano esmeralda y gris donde se esparce aquí y allá manadas de animales, grupos de árboles, montecitos de achaparrados espinillos y algún aspado molino que deslíe su íntima tristeza en la monotonía del paisaje.

La tristeza de la pampa es honda y reconcentrada como una vidalita, tristeza grave y austera, fecundatriz de bellos sueños visionarios, igual a la llanura castellana. En las horas apacibles del ensueño, las siluetas del legendario Santos Vega y del ilustre caballero manchego parecen cruzar la vasta llanura, mientras que la tarde va cayendo perezosamente sobre el campo, muge un buey de mirar estúpido y cansino, y el viento levanta aquí y allá pequeños remolinos de tierra.

III

Los oscuros héroes

Cae el sol perpendicularmente, abrasando la inmensa planicie gris con su ardiente beso. Brillan los pajonales con cegadora luz. Tendidas sobre el pasto seco, algunas vacas dormitan, rumian y babosean. Algo distante, un grupo de hombres trabaja afanosamente en levantar una panzuda parva de heno. De vez en vez afirman en el suelo sus dentadas herramientas y, pasándose el antebrazo por la frente, se limpian el sudor y siguen su tarea...

IV

Las estaciones

La mayoría de las estaciones del interior son de aspecto humilde, pobre. Modesto edificio de ladrillo flanqueado por bajos departamentos construídos con chapas de cinc. A un lado, no muy distante, y como a la espalda, algún galpón. Más atrás, pequeños grupos de casas blancas y rojas semiocultas entre contados árboles. A veces la estación hállase completamente sola, por pertenecer a alguna colonia próxima.

Poco movimiento existe en estas estaciones. Generalmente se las encuentra desiertas; el convoy se detiene breves minutos en ellas, sube o baja algún pasajero y prosigue la marcha casi sin haber perturbado su silencio. Solamente al anochecer se animan un poco con la presencia de algunas señoritas pueblerinas de rostros un poco tostados por el sol y ojos de vaga e inexpresiva mirada que contemplan con aire bobalicón el tren que parte a las ciudades fastuosas llenas de encantos y prodigiosas maravillas, vistas a través de poéticos cendales de ensueño...

V

Los oasis del camino

Hay quien ha clasificado al animal humano en hombres-piedras y hombres-pájaros. Los primeros son los que nacen y mueren en un mismo lugar, viven pegados a la tierra como las plantas, sin sentir nunca la curiosidad de ver qué existe más allá del estrecho límite que les finje el horizonte. Los otros, por el contrario, son los que nacieron con alas, sintieron la obsesión de los dilatados caminos, y soñaron con el encanto inefable de las tierras desconocidas y remotas...

Un día estos hombres-pájaros echan a volar tras la quimera de sus ensueños, y andando, andando — como el personaje de la célebre fábula—hacen de sus vidas un eterno vagar, un loco correr en busca de las inefables emociones de los apartados y pintorescos lugares y de la felicidad que les miente la tierra desconocida en delicioso espejismo... Siempre adelante, siempre adelante, parece ser su divisa; y marchan sin parar, impulsados por el deseo insaciable de verlo y gozarlo todo, deseo que se hace mayor y se renueva a cada rincón que huellan sus plantas, a cada nueva visión de tierra desconocida. Perseguidores de imposibles, eternos peregrinos de una Meca ideal que no es de este mundo, sus ojos han gozado la poesía de todos los paisajes, sus sandalias han hollado el polvo de todos los caminos...

Mas, los anhelos de los trotamundos no fueron nunca satisfechos. Han corrido mucho, han dormido bajo distintos cielos y sus ojos se recrearon ante ciudades bellas y opulentas, y gozaron del indescriptible espectáculo de la proteiforme naturaleza, siempre distinta y siempre hermosa. Empero, no han hallado nunca la felicidad tantas veces entrevista, y llega un momento en que las piernas flaquean y el alma se siente cansada de vagar... Entonces aparecen llenos de subyugadores atractivos los rincones quietos y apartados—vistos al pasar —las casitas limpias y frescas, ocultas entre frondosos árboles, las aldeas dormidas en la paz virgiliana de los campos... Son los encantadores oasis del camino que, como las sirenas a los navegantes en las deliciosas fábulas antiguas, pretenden seducir al errante viajero con el brujo sortilegio de su quietud y serena paz...

VI

Un pueblo triste

Por modestos que sean los pueblos del interior, todos dan la sensación de que tienden perennemente a progresar, a ensancharse. Este pueblo triste, no; se muestra estacionario. En sus orígenes debió de abrigar pretensiones de grandeza, pues sus calles son anchas, de cuadras interminables, y su radio no es muy pequeño. Pero pronto debió disminuir su impulso inicial y hoy semeja uno de esos edificios inconclusos, a cuya simple vista se advierte que no han de ser terminados jamás.

Las calles de este pueblo, sin adoquinar, se llenan cuando llueve de un obscuro y pegajoso barro que las hace intransitables... Para cruzarlas en tales instantes, es menester servirse de las pesadas tablas tendidas en las esquinas a manera de puentes. Mas las aceras faltan por todas partes, hasta en el centro, frente a los baldíos... Los edificios son bajos y chatos; la mayoría tienen sus frentes sin revocar, mostrando los ladrillos desnudos y descarnados por la acción tenaz de las lluvias. Esto les da un aspecto borroso, triste y desolado.

En el centro del pueblo hay una plaza, con árboles de paseo y bancos de madera, pintados de verde. Escasos faroles de gas envuélvenla de noche en una luz difusa y blanquecina. Los jueves y domingos hay en ella retreta, que hace una modesta murga compuesta por cuatro decididos y heroicos vecinos de la localidad. Casi nadie les escucha, pero esto para ellos debe ser un detalle insignificante. Los intervalos los pasan en un café que existe en una esquina próxima, dejando los instrumentos recostados sobre los pies de los atriles, los cuales quedan solitarios en medio de la desierta plaza... En frente de ésta, mirando al sur existe un salón de biógrafo con una poderosa sirena que anuncia al pueblo las noches que hay función, que suele ser una o dos veces por semana.

VII

Los molinos de viento

Abundan bastante en los pueblos y ciudades del interior, pero la edificación casi les oculta y pasan desapercibidos. Unicamente, en el silencio de la noche, cuando la población duerme sumida en el más completo recogimiento, logran los molinos imponerse con su grave e isócrono són que tienen entonces mucho de liturgia y abracadabra, destacándose en el lúgubre concierto que forma el graznar de los pájaros nocturnos y el ladrido lastimero de los perros.

Es en el campo, en plena pampa abierta, donde aparecen imponentes y sugeridores con sus solitarias siluetas que se recortan con precisión en el lejano azul del cielo. En su girar incesante, los aspados molinos pregonan en pleno campo el valor de los obscuros héroes que fecundizan la tierra virgen, y cantan el épico y eglógico poema del arado y de las mieses.

La reflexión del loro

Un loro se detiene frente un fonógrafo.

El loro medita.

El loro está irritado.

—¡Qué injusticia!—exclama finalmente—¿Qué hice yo, Dios mío, yo que soy un excelente obrero, para que viniera esta máquina a estropearme el oficio?

PARA LA GENTE DE CAMPO

EL GUSANO DE SEDA

Instrucciones para su cría

Conservación de la semilla.—Póngase mucho cuidado en la conservación de la semilla antes de ponerla en incubación, pues puede echarse a perder a causa de la humedad o de un brusco cambio de temperatura durante el invierno, principalmente al acercarse la primavera. Procúrese colocarla bien desparramada en una pieza donde no haya corrientes de aire y donde pueda ser inspeccionada frecuentemente hasta llegar el momento de ponerla en incubación.

Local y accesorios para la instalación.—El local destinado a criadero debe ser bien aireado, porque el aire es indispensable al gusano desde su nacimiento hasta la formación del capullo. Ha de circular libremente, pero, como se ha dicho, evitando las corrientes bruscas. Un sericicultor debe recordar que el aire equivale al alimento. Las paredes y cielorrasos habrá que blanquearlos con lechada de cal fresca; hay que lavar el piso con una solución de agua que contenga un poco de cloruro de cal o lavandina, siendo indispensable lavar todos los accesorios con la misma solución antes de empezar la cría. El cloruro de cal se tendrá en un recipiente en el local destinado a criadero. Esta práctica higiénica es de gran importancia para el buen resultado de la cría del gusano.

Incubación. — El sericicultor debe elegir con mucho acierto el tiempo propicio: que no sea temprano ni tarde. Habrá que calcular el tiempo en que la morera está con suficiente cantidad de hojas, para hacer la incubación, que en nuestro clima ocurre, en general, en los últimos días de septiembre. Deberá también elegir el mejor entre los muchos y variados sistemas usados para adelantar el nacimiento del gusanito. Es un pésimo sistema el de provocar aquél con el calor del cuerpo humano, recurriendo a los colchones de la cama, porque con tal procedimiento la temperatura no puede mantenerse constante, lo que ocasiona mucho daño a los gusanitos que están naciendo. Estos procedimientos de incubación deben ser totalmente desechados y a la vez prohibidos por los propietarios. El mejor y único sistema de incubación es el de servirse de un local que tenga buena ventilación y que disponga de un medio seguro para proporcionar calor. Llegada la época de la incubación, el sericicultor se proveerá de cajitas de cartón, largas y bajas, donde esparcirá la semilla en capa muy delgada, colocándolas luego en los telares destinados a tal objeto. Se hará aumentar el calor gradualmente, partiendo del grado en que se hubiera conservado la semilla. Si al tiempo de conservación hubiera 9°, se deberá empezar la incubación con 10°, después, día a día, se irá aumentando la temperatura de 1 grado a fin de terminar con 16 ó 17 grados, límite que se mantendrá estacionario hasta que aparezca el primer gusanito, aumentándose entonces hasta 18 grados. En esta operación conviene tener todos los cuidados posibles a fin de evitar cambios de temperatura que debilitan al gusanito. Al acercarse el nacimiento, la semilla ofrece a la vista una diferencia de color bastante evidente; pierde su primitivo color gris y se pone blanquecina. Al nacer los primeros gusanitos debe extenderse encima de la semilla una hoja de papel agujereado a propósito, que esté en contacto con aquélla. Los gusanos que aparezcan pasarán por los agujeritos e irán a distribuirse en las hojas (alimento), que al efecto se pondrán sobre el referido papel. Es conveniente separar los nacidos en un día de los que nazcan en los días sucesivos, a fin de igualarlos en su crecimiento.

Cuidados.—Nacidos los gusanos expuestos en los telares, es conveniente tener todos los cuidados posibles, observándose las siguientes reglas: 1.°—Que la temperatura en la primera edad sea lo más constante posible y que se aproxime a la que había durante la incubación. 2.°—Que no falte nunca, a ninguna edad, una continua y constante renovación de aire. 3.°—Que el alimento, especialmente en la primera edad, sea frecuente, lo menos cada tres horas, procurando al mismo tiempo que la cantidad de hojas suministradas sea tal, que pueda ser comida por todos los gusanos. 4.—°Que estén lo más rato posible, cosa indispensable para que el aire; formando corriente, no afecte directamente al gusano. La renovación del aire puede efectuarse a la hora en que se da el alimento. Serán de óptimos resultados las emanaciones de una cierta cantidad de cloruro, aumentándose la dosis en la hora de la alimentación y al hacerse el cambio de camas. Sobre este particular, el sericicultor debe cuidar que los gusanos no permanezcan nunca con una gran cantidad de basuras, pues esto causa muchas enfermedades, debido a que el aire se contamina con esas impurezas. Otro punto importante que el sericicultor debe tener en cuenta, es el de las mudas, que generalmente son cuatro y duran de 24 a 48 horas. El sericicultor debe procurar que todos los gusanos duerman el mismo tiempo, ya que muchos tienen la costumbre de no dar alimento alguno hasta que todos hayan cambiado la piel. Esta primera práctica es de gran importancia, puesto que los primeros que mudan, por el largo tiempo que están sin alimentarse, pueden debilitarse mucho, con malos resultados para el futuro. También debe tenerse en cuenta que bajo ningún concepto es conveniente moverlos de su posición, porque se sabe que antes de dormirse, los gusanos extienden sus hilos de seda para abandonar la piel con mayor facilidad, y la ruptura de aquellos hilos es causa mucha veces de que el gusano muera destrozado al no poder cambiar de piel.

De la cuarta muda a la formación del capullo. — El período de mayor trabajo, de mayor consumo y de mayor peligro, es el que media entre la cuarta muda y la formación del capullo. Un error involuntario, un descuido cualquiera, puede arruinar la obra del sericicultor y destruir en un instante todas sus esperanzas. Salidos todos los gusanos para la formación del capullo, se necesitan todavía cuidados consecutivos; en la gusanera, el aire se renovará constantemente para evitar la humedad que pueda producirse; en el local, se mantendrá la temperatura uniforme, hasta que los gusanos estén perfectamente encerrados en los capullos; y por fin, se tendrá cuidado de trasladar a otro lugar apropiado para hacer su capullo. Transcuridos de 7 a 8 días, el sericicultor podrá recoger los capullos para hacer la venta en los mercados.

UNA NUEVA INVENCION

Después del reciente diluvio, un inventor ha imaginado un nuevo sistema de paraguas, para tener una probabilidad de no mojarse.

HAY QUE DAR SUFICIENTE ESPACIO A LOS ARBOLES

Conviene dar a los árboles todo el espacio que necesitan, ora sean frutales o umbrosos. Durante todo el tiempo que he vivido en el campo, he notado los grandes errores que a este respecto han hecho mis vecinos. Una vez tuve un vecino que la emprendió en el cultivo de la fruta pequeña y también estableció un huerto. Le fué bien con la fruta pequeña, pero muy mal con los palos frutales, por razón de haberlos plantado muy inmediatos unos de otros. Contaba solamente con unos cuantos acres de tierra y quería sacar de ellos todo el partido que fuese posible y por esa razón plantó sus árboles a distancias de poco más de cinco metros unos de otros. Crecieron muy bien y llenos de follaje y hasta la gente que pasaba a caballo o en carruaje cerca del lugar prorrumpía en exclamaciones de admiración al contemplar el hermoso aspecto de huerto y lo umbroso que estaba. Pero precisamente ese era el mal; que los árboles se habían dado muy bien y un manzano que asume las características de un árbol umbroso tiene muy poco valor en cuanto a la producción de manzanas, pues que pasa el tiempo muy ocupado echando follaje y más follaje.

Mi vecino se sintió muy desilusionado con su huerto y pocos años después, cuando debía de estar recogiendo fruta, lo contemplé echando abajo algunos árboles; pero los árboles ya se habían echado a perder con los malos hábitos adquiridos y se mostraron perezosos y más aún luego que fué necesario darles una buena poda en las ramas, pero al fin, aunque tarde, comenzaron a dar el fruto que se esperaba de ellos. Toda la madera que produjeron los primeros árboles constituyó una pérdida seria por lo que respecta a la producción de manzanas.

He visto que la experiencia que todos tienen, recomienda el no escatimarles el terreno a los árboles. Hay que darle a cada árbol todo el terreno que necesita si se quiere que dé fruta.

FRAY MOCHO SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre . . „ 5.00		Semestre. . „ 6.00
Año. . . . . „ 9.00	Semestre. „ „ 4.00	Año. . . . „ 11.00
N.° suelto . 20 cts.		N.° suelto . 25 cts.
N.° atrasado. 40 „	Año. . . „ „ 8.00	N.° atrasado. 50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Administración: PASEO COLON, 1266
U. T. 184, Avenida

A los coleccionistas de "FRAY MOCHO"

Habiendo sufrido un alza el valor de los materiales empleados en las tapas para la encuadernación de los ejemplares de nuestra revista, anotamos a continuación los precios que regirán en lo sucesivo:

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande.	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico.	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande.	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico.	„ „	„ 6.—	1.50

LA ADMINISTRACION.



BAULITO

TANGO-MILONGA

Por el maestro F. Scolati Almeyda

Piano

FIN

ten.

ten.

Da 𝄋 a ⊕ e Segue

1ª

2ª

D.C. a FIN

Talleres Heliográficos Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266 — Buenos Aires


El Chocolate La Productora Americana
tiene, en la instintiva preferencia de todos los niños, la más elocuente demostración de su sabor exquisito y de las delicias que promete al paladar.
La calidad insuperable de este producto, mantenida por la constante selección de sus materias primas; y el moderno sistema de fabricación que se emplea para elaborarlo, constituyen la base del honroso prestigio con que se destaca entre sus similares, y que, al mismo tiempo, enaltece a la industria argentina.
E. PARODI y Cía.
Rivadavia 620
Buenos Aires